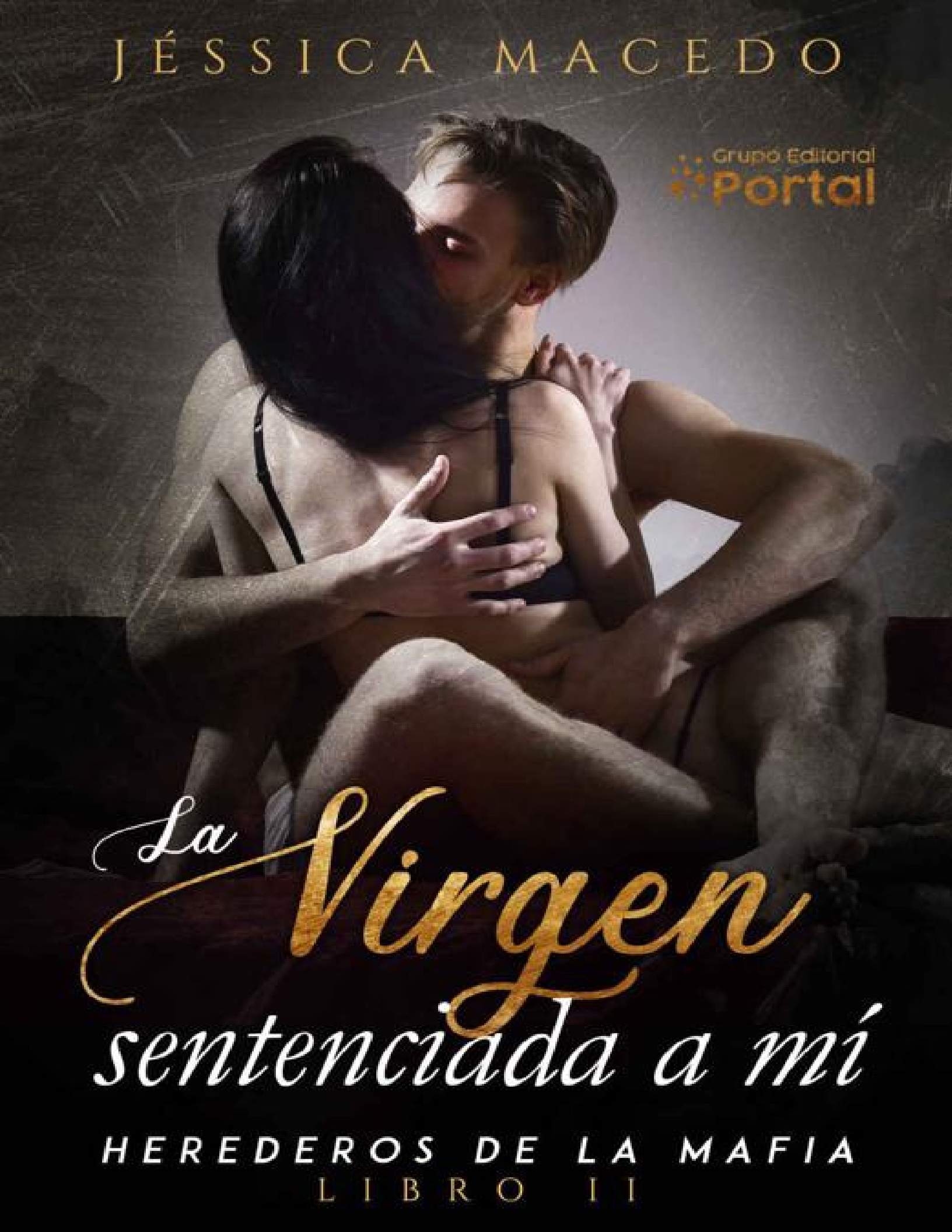
JÉSSICA MACEDO



Grupo Editorial Portal

La Virgen sentenciada a mí

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO II

La Virgen sentenciada a mí

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO II

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Epílogo
Sobre la autora

Sinopsis

Steven Lansky es el capo de Nueva York, jefe de la mafia italiana en Estados Unidos. Asumió el legado de su padre y descubrió que ser fiel a la mafia exige sacrificios mayores que matar o morir. Aceptó una unión de conveniencia con la princesa de los italianos, un matrimonio que fortalecería a su familia. Sin embargo, la novia eligió a otra persona, lo que hirió su ego e hizo que se enfadara con la familia Bellucci.

Manuela es hija de Theo Bellucci, consigliere de la mafia italiana. Llegó a creer que no se vería arrastrada a un matrimonio arreglado, pero cuando su prima se casó con el jefe de la mafia rusa, a ella le tocó mantener la alianza con los estadounidenses.

Steven y Manuela no querían casarse, pero se vieron obligados a unirse por el bien de sus familias. Una pareja de perros y gatos que se odian. En su vida matrimonial han demostrado ser enemigos declarados, pero están condenados a encontrar la forma de amarse o acabarán destruyéndose mutuamente.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamientos inapropiados de los personajes.

En este libro no se expresan las opiniones políticas ni religiosas de la autora.

La autora ni apoya ni está de acuerdo con el dudoso comportamiento de los personajes.

Esta es una obra de ficción y no retrata la realidad de la mafia italiana o rusa.

A pesar de la mafia de fondo, no se trata de una novela negra, así que si esperas escenas de abusos sexuales, este libro no estará a la altura de tus expectativas.

Para los amantes de los hermanos Bellucci
y a mi querida Rosimeire, madre de mi corazón y madre de mis mafiosos.



Steven

Prólogo

Hace unos meses atrás...

Ajusté el nudo de mi corbata que apretaba mi cuello. No me gustaba mucho hacer vida social, pero este era un acontecimiento que requería que me vistiera como un pingüino. Los italianos siempre han sido muy tradicionales, y estar en su territorio me exigía actuar en consecuencia.

Si pudiera elegir, probablemente no estaría allí, pero para mantenerse en lo alto de la cadena de poder hay que hacer sacrificios. Mi padre había intentado enseñármelo desde niño y ahí estaba yo, haciendo de las mías. Para reforzar nuestros lazos con Italia, había aceptado casarme con una de las hijas de Marco Bellucci, Pietra.

Me esforzaba por el bien de mi propia posición, ya que mi padre me había traspasado el título de jefe. Casarme con alguien como ella traería influencia, además de que Pietra era una mujer hermosa.

Levanté la cabeza cuando oí el ruido de pasos en la escalera. Junto a su hermana, vestida de negro, estaba Pietra, con un vestido de encaje blanco que se amoldaba perfectamente a las delicadas curvas de su cuerpo, casi como un anticipo de cómo iría vestida en nuestra boda. Era angelical y muy hermosa, lo que me hizo pensar que no sería un gran sacrificio pasar el resto de mi vida con ella.

Nos llevábamos ocho años, no mucho en comparación con otros matrimonios concertados como el nuestro.

Las gemelas se acercan primero a sus padres. Marco Bellucci sonrió ampliamente al mirarlas, parecía orgulloso.

—Mis hijas.

—Papá —dijeron las dos juntas.

—Están preciosas. —Se inclinó y besó a cada una.

—Gracias.

Marco se apartó, llevando a su esposa consigo, y nos presentó a mí y a Luca Mancini, el jefe de los sicilianos que se casaba con la otra gemela.

Perla esbozó una enorme sonrisa en cuanto se encontró con su prometido, pero cuando busqué la mirada de Pietra, no encontré la misma receptividad y eso me molestó. Creía tener tanto poder e influencia como el hombre que tenía al lado y merecía la misma emoción. Además, yo era más joven y más guapo.

Intenté no enfadarme, mi padre me habría aconsejado mantener un aire político. También consideré que la situación en su conjunto podría haber asustado a Pietra, al fin y al cabo éramos desconocidos.

—Luca. —Perla sonrió y dio un paso adelante.

—Hola, novia mía. —El siciliano se inclinó y besó el dorso de su mano, atrayéndola hacia sí.

—Pietra... —susurré su nombre, atrayendo su atención hacia mí.

—Steven. —Levantó la cabeza y me miró. Pasó unos segundos observándome y esperé una sonrisa que no llegó.

Cerré la mano derecha en un puño, pero intenté mantener la compostura. Sin embargo, no sabía si sería capaz de actuar así durante mucho más tiempo si ella seguía sin mostrar interés.

Ella tuvo suerte. Yo era un hombre joven, que aún no había cumplido los treinta. Rubio, con ojos azules y un cuerpo que me esforzaba por mantener. Pietra debería haberse alegrado mucho de casarse conmigo en lugar de con cualquier otro viejo capo caído en desgracia por el bien de la mafia. Pero no mostró ninguna emoción, me miró como si yo fuera la última persona del mundo a la que quisiera ver.

—Estás preciosa. —Intenté hacerle un cumplido con la esperanza de que el horrible ambiente se disipara.

Era la segunda vez que veía a mi prometida y, aunque aún teníamos mucho que conocernos, esperaba que la atracción física contara a mi favor.

—Gracias.

—Tengo algo para ti. —Me metí la mano en el bolsillo y saqué la caja de terciopelo que contenía el anillo de compromiso.

Noté que su hermana vibraba de emoción cuando revelé el diamante que había costado casi un millón de dólares. Una joya digna de una princesa. La otra gemela parecía mucho más contenta con el anillo que mi prometida.

Apreté los dientes e intenté mantener la sonrisa mientras los ojos de Pietra estaban en cualquier otro lugar de la habitación menos en los míos.

—Pietra... —Hice mi tono un poco más firme y grueso, haciendo que me mirara fijamente.

Sabía muy bien que todo ese teatro era fundamental para la mafia y para el poder y la influencia que tenía en Estados Unidos, pero no sabía si podría soportar esa indiferencia durante mucho más tiempo.

—Te ves extraña. ¿No te gusta el anillo? —La cortesía en las palabras era algo que mi

madrastra me había enseñado bien, pero hasta qué punto mi paciencia la toleraría era otra historia.

—Sí... —tartamudeó, torpemente—. Me gustó.

—¡Pietra! —Marco se impuso cuando se dio cuenta de cómo se comportaba su hija conmigo. Al menos notó que yo merecía un poco más de respeto del que estaba recibiendo.

—Hola... —Parpadeó con sus ojos marrones, como hipnotizada.

—La mano —insistió Marco.

Pietra tragó saliva y me la tendió. Sudaba frío y le temblaban los dedos.

Le puse el anillo en el dedo y me incliné para besarle el dorso, procurando ser delicado mientras Marco y el resto de la familia nos observaban.

Levantó la cabeza y volvió a recorrer la habitación con la mirada, observando a los invitados que llenaban el enorme salón de la mansión Bellucci.

—Pietra —volví a llamarla.

—Lo siento. —Intentó sonreír.

—No pareces entusiasmada por tenerme aquí.

—Todavía me estoy haciendo la idea.

—No eres la única, pero no quiero ser una pesadilla para ti. Así que podrías sonreír un poco más. —Fui cortés en mi tono, pero firme. Si se esforzaba por ser una buena esposa para mí, aquel matrimonio no tendría por qué ser una condena para los dos.

Sabía muy bien que, de todas las opciones, yo era el mejor prometido que ella podía tener.

—Lo siento.

—¿Por qué no vienes a bailar conmigo? —Suavicé un poco mi tono mientras le ofrecía la mano.

Gruñir tampoco la haría menos temerosa de mi presencia.

—Por supuesto. —Me sonrió y puso su mano sobre la mía, aceptando que la condujera al centro de la sala.

Pietra apoyó las manos en mis hombros y yo la atraje hacia mí, apretando su pequeño y delicado cuerpo contra el mío. Era frágil e inofensiva ante el volumen y la presión de mis músculos.

—No soy buena bailando. —Soltó una risita torpe.

—Yo tampoco. —Le devolví la sonrisa, imaginando que así podríamos encontrar algún tipo de conexión—. Solo hay que moverse. Dos pasos a un lado, dos al otro. Creo que así disimularemos lo mal que bailamos.

—Buena idea, pero imagino que peleas bien.

—Entreno mucho. —Fui modesto.

—Creo que bastante.

—Podría ser.

Sus ojos volvieron a huir de los míos y traté de entablar conversación y averiguar qué

podía hacerla comportar así.

—Imagino que no soy exactamente lo que esperabas.

—¿A qué te refieres?

—No pareces tan entusiasmada conmigo como tu hermana lo está con su prometido.

—Perdóname si te he dado una mala impresión. Por favor, discúlpeme.

—Yo tampoco soy muy partidario de la idea de casarme con una mujer que no conozco, pero al igual que yo, imagino que sabes de las obligaciones que tenemos con nuestras familias y con toda la mafia. —Le recordé por qué estábamos los dos allí.

No fue por pasión, no fue por elección, nos casábamos por nuestro deber.

Igual que mi padre se había casado con mi madre, yo me casaría con una italiana.

—Lo sé... Steven, no quiero que pienses que no te quiero.

—¿Y me quieres? —pregunté.

Esperaba una respuesta positiva por su parte. Al fin y al cabo, a pesar de los temores que pudiera tener, yo era un hombre que debía llamar su atención.

Pietra levantó la vista, tragó saliva y abrió los labios. Aquello duró una eternidad, y justo cuando pensé que por fin obtendría mi respuesta. Alguien chocó conmigo, haciéndome tambalear a un lado y alejarme de ella.

—¡Eh! —gruñí—. Mira por dónde vas.

Seguí al hombre con la mirada hasta que se mezcló con los invitados. Había espacio

suficiente a nuestro alrededor para que no chocara conmigo y estaba seguro de que había sido deliberado.

Iba a preguntarle a Pietra quién era cuando ella se apartó de mí.

—Tengo que ir al baño. —No me dio la oportunidad de preguntar o decir algo más, simplemente se dirigió en la misma dirección en la que se había ido el tipo.

No era idiota, la astucia siempre había sido un rasgo en mí que me hacía tan bueno en mi trabajo. Pietra no tenía ojos para mí porque ya parecía muy atenta a otra persona.

Puede que yo no hubiera elegido a aquella novia, ni fuera decisión mía casarme, pero no pude evitar sentirme irritado y ofendido por la secuencia de acontecimientos que tuvieron lugar aquella noche.

Fui a Italia para volver con una esposa, pero lo único que conseguí fue humillación y rechazo. Mi padre podía decir cualquier cosa de esa familia, pero yo quería alejarme de los Bellucci.



Steven

Capítulo uno

En la actualidad...

Moví la mirada siguiendo la línea del tacón de aguja hasta la suela roja del zapato, subiendo por sus pantorrillas hasta la cintura. Su culo perfectamente redondo estaba al descubierto, ya que la tanga solo estaba allí para añadir un poco de encanto. Su espalda desnuda estaba cubierta por su larga y ondulada melena rubia, de la que tiré, haciendo que inclinara aún más la cabeza y que mi miembro rozara su garganta.

—Chupa más fuerte. —Ordené a la mujer arrodillada entre mis piernas.

No emitió ningún sonido, porque le costaba tener que tragarme, pero aumentó la estimulación, chupando cada vez más rápido mientras sus delicados dedos masajeaban mis huevos, haciéndome sentir aún más placer.

Otro par de delicadas manos recorrieron mi espalda y se posaron en mis hombros, iniciando un masaje al sentir el roce de los pezones. Cerré los ojos y me dejé llevar por el momento de ser doblemente atendido. Lo disfruté, sintiendo el roce, los besos y las caricias sobre mí.

Tiré de la rubia, haciendo que dejara de chupármela y ella me dedicó una sonrisa, relamiéndose los labios mientras me miraba fijamente.

—Quiero a los dos a cuatro patas. —Indiqué la cama.

—Sí, jefe. —Asintieron, obedeciendo inmediatamente mi orden.

Las vi agacharse como gatos astutos, hinchando el culo como sabían que me gustaba.

Me acerqué a la cama, dándome cuenta de que el colchón se hundía con el peso de mi cuerpo, y me acomodé detrás de ellas. Con una mano en cada una de ellas, recorrí sus culos, sintiendo lo suaves y redondos que eran, y los abofeteé, haciéndolos crujir y vibrar al mismo tiempo. Gimieron, pero permanecieron en el mismo sitio, a merced de mi voluntad.

Me coloqué detrás de la morena, utilicé ambas manos para arrancarle las finas bragas de un tirón y examiné su vagina. Ya estaba húmeda y lista para mí sin que yo la hubiera tocado todavía.

La rubia se dio la vuelta, frotando el culo contra mi muslo, suplicando más atención y recibió otra bofetada.

—Soy yo quien decide. —Tomé un condón, rompí el envoltorio con el diente y me lo puse en mi erección.

Ella soltó un chillido, pero no dijo nada más mientras yo tiraba de la morena por la cintura, deslizándola dentro de mí con un apretón firme, y entonces ella empezó a rodar sobre mi verga, frotando su culo contra mi pelvis.

—¡Ven aquí! —Tiré de la rubia por el pelo, haciendo que se levantara y me mirara.

Su expresión estaba entumecida, quería más mientras me miraba penetrar a la otra chica.

—¿Quieres que te recompense por tu mamada?

Sacudió la cabeza, asintiendo con la mirada.

Tiré de su cabeza para que mi boca se uniera a la suya. Mientras mi lengua la dominaba, ella me subió las manos por el cuello, agarrándome del pelo y besándome con avidez. Su determinación me llevó a darle placer, y pasé una de mis manos por el interior de su muslo y toqué directamente su clítoris. Estaba tan mojada que el líquido ya había goteado y empapado su entrepierna. Vibró cuando mi dedo empezó a recorrer su punto más placentero.

Con una mano sobre ella, utilicé la otra para sujetar la cintura de la morena mientras se revolcaba sobre mí con locura. Me di cuenta de que estaba disfrutando por la forma en que los músculos de su canal presionaban contra mí y se la metía cada vez más fuerte. Nuestras pieles crujían con cada impacto.

La rubia gimió contra mi boca y me di cuenta de que estaba llegando al clímax, así que moví el dedo más deprisa hasta hacerla acabar. En cuanto cayó de espaldas, solté la cintura de la morena.

—Ambas arrodillense frente a mí.

Respondieron sin preguntar y me quité el condón, entregándoles mi verga y animándoles a que la lamieran juntas. Yo ya estaba a punto de llegar al clímax y sus lenguas y dedos no tardaron en encontrarme.

Las acaricié a las dos al mismo tiempo, como recompensa por seguir chupándomela incluso después de haber eyaculado. Necesitaría algo de tiempo para recuperarme, pero aún tenía planes para disfrutar de ambas durante el resto de la noche.

Puse los ojos en blanco cuando vi vibrar mi móvil en la mesita de noche. No quería que me interrumpieran. Había advertido a mi hermano y a mi primo que no me llamaran a menos que fuera extremadamente importante.

—¿Vas a contestar? —preguntó la rubia, relamiéndose los labios.

Estiré el cuello para ver mejor el número y moví la cabeza afirmativamente. Entonces tomó el teléfono y me lo pasó.

—Espero que sea importante —respondí en tono áspero.

—Tenemos que vernos. —La voz al otro lado de la línea habló sin rodeos—. Tengo un asunto que creo que es de absoluto interés para ti.

—¿Dónde?

—¿Puede ser en el mismo sitio de siempre?

—Sí.

—Estaré allí en una hora.

—De acuerdo.

Colgué la llamada y me levanté de la cama.

—¿Vas a salir? —Me miraron con expresión llorosa.

—Tengo un asunto importante que tratar.

—Es una pena.

—Quédense aquí el resto de la noche, pueden pedir servicio de habitaciones si quieren. Tal vez vuelva.

No dije ni una palabra más antes de buscar mi ropa y vestirme.

Los asuntos de la mafia estaban por encima de todo, incluido de mi placer.

Salí de la habitación, dejando a mis acompañasntes desnudas sobre la arrugada sábana blanca, y cerré la puerta. Seguí por el pasillo bien iluminado y llamé a la puerta de la habitación contigua. El New York Stars era uno de los muchos hoteles de lujo que mi familia y yo poseíamos en la ciudad para blanquear dinero, pero el lugar también se utilizaba para reuniones, tanto de negocios como de placer.

—¡Jefe! —Bill abrió la puerta. Aquel hombre bajito pero truculento era mi sombra. Le

confié mi vida en varias ocasiones y él dirigía a mis soldados.

—Tenemos que irnos.

—¿Necesitas putas que lo hagan mejor? —bromeó, y si no hubiera sido mi amigo, le habría arrancado la lengua.

—Estuvo perfecto, pero he recibido una llamada importante.

—Llamaré a los demás.

—¡Adelante!

Bill entró en la habitación y vi a los soldados sentados alrededor de una mesa jugando a las cartas y a otros dos frente al televisor, viendo la repetición de un partido de fútbol americano. Estaban allí para ofrecerme seguridad en caso de que alguien intentara tomar medidas contra el jefe de la mafia neoyorquina mientras yo tenía literalmente los pantalones bajados.

Salieron de la habitación y me siguieron por el pasillo. Bajamos al aparcamiento del hotel, donde habíamos dejado las motos, y yo me acerqué a la mía. Subí la cremallera de mi chaleco de cuero antibalas y me puse el casco.

Pronto nos dirigimos a toda velocidad hacia un terreno abandonado del Bronx donde solía reunirme con gente que no debía ser vista conmigo.

Zigzagueando a toda velocidad entre los coches, me abría paso entre el tráfico. Mi padre me había enseñado que conducir para la mafia era como estar al mando de una moto a ciento cincuenta kilómetros por hora, cualquier error podía ser catastrófico y costarme la vida.

Me había hecho cargo de la mafia hacía unos meses y creía estar haciendo un buen trabajo desde entonces.

Me acerqué al lugar desierto, sin más luces que los faros de las motos, y aminoré la marcha, acercándome a un vehículo negro que se iba revelando en la penumbra. Aparqué la moto, apoyé el pie izquierdo en el suelo y la apagué.

Mis hombres permanecieron en sus puestos, observando desde lejos. Estaban listos para reaccionar si algo se salía de control, garantizarían mi seguridad más allá de mi propia capacidad para protegerme.

Caminé despacio hasta el coche y abrí la puerta trasera, sentándome en el asiento y volviéndome hacia el hombre canoso del traje que ya estaba allí.

—Steven Lansky.

—Felix Turner —dije su nombre en tono imponente.

—Es un placer volver a ver al nuevo jefe.

—No sé si puedo decir eso del director del FBI.

Frunció el ceño y seguí observándole.

—Imagino que tenías algo importante para traerme aquí que no te hizo llamar simplemente a Fernanda. Aunque mi padre me ha cedido el control, mi madrastra sigue siendo nuestro contacto con los federales.

—Como es algo que me preocupa mucho, creo que será mejor que me dirija directamente al jefe.

—¿De qué se trata?

Metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de plástico. Dentro había tres pastillas azules que brillaban como si fueran de neón.

—¿De dónde lo has sacado? —Lo tomé para examinarlo mejor.

—Unos agentes la incautaron ayer en una redada contra pandilleros en Edenwald. Pensé que te interesaría saberlo, a menos que hayan sido ustedes los que pusieron esta mierda en las calles.

—¡Esta droga no es nuestra!

—Lo pensé. Después de todo, ¿por qué querrían matar a sus consumidores? Esa mierda es diez veces más adictiva y cinco veces más mortal que el crack.

—¿Cuántos murieron?

—Treinta hasta ahora. Va a aumentar si esta basura sigue esparciéndose por Nueva York, perturbando tu negocio y el mío. Lo llaman píldora de Marte y pronto estará en las noticias.

—Detengan a los medios.

—Hago lo mejor que puedo. Pero ya sabes cómo son estos bastardos. Les encanta crear el caos.

—Averiguaré quién vende esta mierda en mi territorio sin mi autorización y tú mantendrás el asunto en secreto.

—Tienes que actuar pronto antes de que el alcalde me exija un grupo de trabajo.

—Es mi ciudad. Yo decido quién hace las cosas aquí.

—Pensé que ibas a decirme eso. Tu padre mantuvo Nueva York bajo control y espero que tú hagas lo mismo.

—No tienes por qué tener dudas. —Abrí la puerta del coche para salir—. Me llevaré eso.

—Me metí las pastillas en el bolsillo.

—Avísame si averiguas algo.

—Lo mismo digo. —Me despedí del director del FBI con un movimiento de cabeza y volví a subirme a la moto, alejándome a toda velocidad.



Manuela

Capítulo dos

Me agaché para lanzar una patada baja y Thiago saltó, moviendo el cuerpo hacia atrás, esquivando fácilmente mi golpe. No me dejé vencer por su agilidad e intenté lanzar un puñetazo, que mi hermano amortiguó fácilmente con el dorso de la mano. Aunque era un año menor que yo, él siempre estaba en compañía de mi padre y de los demás hombres de la familia, aprendiendo y mejorando, y la mayoría de las veces yo no podía ir con ellos, no importaba cuántas caras feas pusiera.

Thiago intentó golpearme con un puñetazo en el estómago y yo salté hacia atrás, tambaleándome hasta recuperar el equilibrio, pero esquivé su golpe y descargué otro, que mi hermano evitó con el brazo.

—Lo estás haciendo bien.

—Mentiroso. —Fui por él y Thiago evitó cada uno de mis intentos de golpearle.

—Ah, Manu, deberías estar bordando con la abuela o haciendo algo femenino con lo que no te hicieras daño.

—¡Cállate! —Me abalancé sobre él aún más furiosa y conseguí golpearle en el estómago, pero lo único que obtuve de mi hermano fue una carcajada.

Tal vez si entrenaba más duro y me volvía más rápida y letal, dejaría de ser una muñequita de porcelana en casa y podría participar en la acción real con los hombres de la familia. Sin embargo, parecía estar bastante lejos de estar a la altura de ellos, y también estaba claro que ellos no querían que eso ocurriera.

—Te vas a hacer daño. —Thiago me dio una bofetada en la frente con la mano abierta,

sin intención de hacerme daño, pero fue suficiente para hacerme tambalear hacia atrás.

—No me pasará nada.

—Ve a pintar cuadros como Perla.

—¿Te estoy pidiendo opciones de qué hacer?

—Sólo me preocupo por ti.

—Puedo ser tan buena como todos ustedes.

—Pero no hace falta. —Mi hermano dejó de intentar atacarme para sujetarme por los hombros y hacerme mirar sus ojos vibrantes como dos charcos de miel.

Moví la cabeza negativamente y le empujé en el pecho, haciendo que mi hermano me soltara. No era con pintura con lo que quería mancharme los dedos.

—Siempre nos tendrás a Lorenzo y a mí para protegerte. —Me tocó la cara, pero le aparté la mano de un manotazo. Estaba enfadada y se me notaba en la postura.

—¿Has pensado alguna vez que quiero cuidar de mí misma?

—Lo diré otra vez, no tienes que hacerlo.

Antes de que pudiera volver a discutir con mi hermano, adoptó un aspecto más rígido e hinchó el pecho, casi en postura militar. Vi a mi padre reflejado en los ojos de Thiago, así que me di la vuelta.

Theo Bellucci estaba en la entrada del cobertizo y se acercó a nosotros, alternando su mirada entre mi hermano y yo antes de decir algo.

—Thiago.

—Papá.

—Tenemos una misión para ti. Ve a ver a Rómulo y él te dará la información.

—De acuerdo. —Asintió y se fue sin decir otra palabra.

A eso me refería. Sabía que mi hermano saldría y mataría o apalearía a alguien que hubiera actuado contra nosotros y eso era exactamente lo que yo quería hacer, pero aún así parecía estar atrapada bajo el excesivo cuidado de aquella casa.

—¿Manuela?

—Hola, papá. —Levanté la cabeza y miré sus ojos verdes y su pelo gris, que indicaban que se estaba haciendo mayor.

—Deberías estar estudiando.

—Ya he entregado mis ejercicios de la universidad.

—Sabes que podrías acabar herida.

—¡Ay, papá! Soy más fuerte que eso.

—Tenemos que hablar. —Cruzó los brazos en una postura más firme e hinchó el pecho.

—Papá, por favor, no me digas que tengo que parar.

—Ven conmigo, Manuela. —Dio media vuelta y me indicó el camino para que le siguiera. Tragué saliva, previendo que me echaría bronca.

Mi padre siempre fue muy cariñoso conmigo, pero también estricto a veces, como le exigía el mundo en el que vivíamos.

Caminé a su lado, abriéndome paso por el jardín hasta que llegamos a un banco de hierro cerca de una hermosa fuente que decoraba nuestro jardín. Papá se sentó y le dio una palmada para que yo hiciera lo mismo.

—Hija, sabes que todos tenemos que hacer sacrificios en nombre de la familia. Mantenernos vivos y fuertes siempre ha sido nuestra prioridad.

—Lo sé, papá. Si confiaras en mí, estoy segura de que no te defraudaría en una misión. Puedo ser tan útil a la mafia como Thiago y Lorenzo.

—Tengo una misión para ti.

—¿Es en serio? —Mis ojos brillaron ante la posibilidad de actuar.

—Sí. Te vas a casar con Steven Lansky.

—¿Cómo? —Sus palabras me golpearon como una bomba que no pude digerir bien.

—He hablado con tus tíos y hemos decidido que te unas a los americanos.

—¡No! —Salté como si me hubieran pellizcado—. Me prometiste que no tendría que pasar por esto. —Miré a mi padre con una mezcla de tristeza e indignación.

—Te dije que no tenía intención de casarte con nadie, y por mucho que no sea la noticia que quieres oír, por el bien de la familia vas a tener que casarte. Después de que Pietra se casara con el ruso, nuestra relación con los americanos se tambaleó.

—¿Tengo que casarme porque Pietra se ha escapado? —resoplé indignada.

—Hija, sé que...

—¡No, papá! —Me froté los ojos, intentando contener las lágrimas que habían empezado a caer—. Dile al tío Marco que no me harás esto. No tengo por qué pagar el precio de que su hija se haya casado con el hombre que quería.

—Manuela, siéntate aquí. —Mi padre me agarró del brazo y tiró de mí hacia el banco, haciendo que me golpeara el trasero contra la superficie.

Ante su expresión seria, tuve que tragarme las lágrimas.

—Sé que no es lo que querías, ni es mi mayor deseo verte mudarte al otro lado del océano. Si dependiera solo de mí, te mantendría cerca, donde pueda cuidarte y protegerte, pero la alianza con los americanos es importante para la familia.

—El tío Marco debería haberlo pensado antes de dejar que Pietra huyera a Rusia. ¡Es culpa suya!

—¡Querida, escucha! Puede parecer solo un final feliz, y espero que lo fuera, pero te equivocas si crees que tu tío aceptó entregar a su hija a un ruso pensando solo en lo que ella quería. No teníamos elección. Cualquier otra decisión nos habría metido en una guerra. Si hubiéramos matado a Mikhail Orlov mientras estaba aquí, nos habríamos echado a toda Rusia encima. Sin su ayuda, tu prima habría muerto en territorio enemigo, porque no habríamos podido entrar a rescatarla. Con ella muerta, Orlov nos culparía, vendría a por nosotros y la alianza con los americanos se rompería de la misma manera.

—Debería haber otra forma —murmuré, todavía llorando.

—Me gustaría decir que sí.

—Háganlo con Nina...

—Es solo una niña. —Mi padre me cortó con firmeza—. Tú ya tienes edad para casarte. Lansky es un buen novio.

—Voy a tener que mudarme a Estados Unidos.

—Lo siento, hija.

Moví la cabeza negativamente mientras las lágrimas seguían brotando. No quería casarme, no quería la misma vida que el resto de las mujeres de la familia, condenadas a vivir con un desconocido.

—¿Puedo volver a entrenar? —Me froté los ojos para contener las lágrimas, porque me había dado cuenta de que, dijera lo que dijera, mi padre no cambiaría de opinión sobre condenarme a un marido que ni siquiera conocía.

Sólo había visto al tipo una vez, en el compromiso de mi prima, donde la secuestraron y después de eso todo fue un caos.

—Te ayudaré a mejorar tu puntería. ¿Te gustaría ir al campo de tiro conmigo?

—Sí. —Esbocé una discreta sonrisa.

Era como si mi padre me diera un dulce después de haberme dado el peor golpe de mi vida.



Steven

Capítulo tres

Bajé del coche e intercambié miradas con mi primo Otto antes de caminar hasta el final de la calle y adentrarnos en un callejón.

Desde mi conversación con el director del FBI, había estado rastreando la píldora de Marte por las calles de Nueva York. Mucha gente hablaba de esta nueva droga, pero pocos parecían tener suficiente información relevante como para llevarme a una pista concreta. Por la mañana había estado en un burdel, había hablado con algunas prostitutas y una de ellas me había dado una pista sobre un posible traficante que vendía las pastillas en aquel callejón.

—El tipo está allí. —Señaló Otto.

En cuanto mi primo habló, vimos a un tipo delgado con sudadera y jeans rotos de pie bajo una pequeña marquesina. Sacó algo del bolsillo y se lo entregó a un hombre en cuanto recibió el dinero.

Nos miró y cuando me vio, al instante abrió mucho los ojos y se puso pálido. Sabía quién era yo y la posible amenaza que podía suponer para su negocio. Empujó al cliente y salió corriendo, sin esperar a que dijéramos nada.

—Quiero al traficante vivo —les dije a mi primo y a los otros hombres que estaban con nosotros.

Asintieron y salimos corriendo tras el matón.

Si el tipo pensaba que le iba a dejar escapar antes de hacerle las preguntas que necesitaba, estaba muy equivocado.

Tenía aliento suficiente para una persecución e iba a aprovecharlo al máximo. Corrí callejón abajo, pisando un charco de agua por el camino y llegué a una barandilla que cerraba el lugar. Empecé a trepar por ella cuando el traficante cayó al otro lado y rodó unos metros hasta quedar de pie. Trepé rápidamente, utilizando los agujeros de la barandilla, y salté, cayendo de pie y haciendo ruido al golpear el suelo. Seguí corriendo, sin esperar a que los demás se me unieran.

Doblé la esquina cuando el tipo hizo lo mismo, corriendo por una calle con muchos carteles en chino. Estábamos en China Town, pero el tipo al que perseguía no parecía tener rasgos asiáticos.

Entró en una tienda y lo seguí, empujando a un hombre que apareció en mi camino e ignorándole cuando empezó a insultarme en un idioma que desconocía. Apoyé las manos en el mostrador de cristal y salté al otro lado, dirigiéndome hacia el almacén. Pasé entre las estanterías, guiado por el sonido de los pasos, hasta que oí el primer disparo.

Me puse a cubierto detrás de una estantería para agarrar mi arma. Disparé, solo para amenazar. Quería al bastardo vivo para poder averiguar de dónde había sacado esas drogas.

Sobrepasé una de las estanterías y di un paso atrás cuando me di cuenta de que otra se caía y me esquivaba por poco. Salté y la superé.

Seguí corriendo.

El traficante no era muy bueno con las armas y no podía disparar y correr al mismo tiempo, así que eligió la opción que parecía aumentar sus posibilidades de supervivencia. Pero para su desgracia, yo era más rápido.

Salió de la tienda y se metió por la calle de atrás, otro pequeño callejón con enormes cubos de basura, ratas que se asustaban con nuestro movimiento y un terrible olor a cloaca.

El hombre siguió corriendo, pero se topó con un enorme muro que no podía saltar. Se volvió hacia mí y me apuntó con la pistola, pero antes de que pudiera disparar, golpeé la

empuñadura del revólver y el impacto obligó al narcotraficante a soltarla. Guardé la mía en la funda y me acerqué, y mi primo llegó a mi lado unos instantes después.

—¿Vas a matarme? —preguntó el traficante.

—Probablemente, pero no será rápido. —Antes de que pudiera decir nada más, le di un puñetazo en la cara y lo dejé inconsciente.

Pronto oí el chirrido de los neumáticos y los soldados detuvieron los autos para que nos fuéramos. Dejé que Bill y otra persona agarraran al traficante y lo metieran en el maletero.

Me subí al asiento trasero y mi primo se acomodó conmigo.

—¿Qué crees que sabe?

—Pronto lo sabremos. Nadie vende drogas en Nueva York sin comprarnos a nosotros. Si cree que puede ser más listo que nosotros, se equivoca.

—Le haré saber a River que tenemos a uno de los chicos.

—Déjalo para más tarde, mi hermano se fue al otro lado de la ciudad a buscar a otro tipo que puede darnos información.

—Bien.

Giré la cabeza, mirando al exterior, mientras el coche se acercaba a una fábrica abandonada que utilizábamos para reuniones e interrogatorios.

Fui el último en bajar del vehículo en cuanto aparcó frente a las viejas y oxidadas puertas de acero. Observé cómo el viento agitaba la maleza y la hacía oscilar de un lado a otro antes de entrar en el espacio que olía a polvo.

Vi cómo Bill arrastraba al tipo y lo arrojaba sobre una silla, atándolo a los brazos metálicos. Todavía desmayado, el hombre mantuvo la cabeza agachada todo el tiempo.

—Trae la mesa —ordené a mi secuaz.

—Sí, jefe.

Me quedé de pie con los brazos cruzados, observando la respiración superficial del crupier mientras movía el pecho arriba y abajo. En cuanto oí el sonido de las ruedas chirriando por la falta de grasa, giré la cabeza y Bill detuvo la mesa a mi lado.

Tomé el cubo, que estaba lleno de agua turbia, y se lo tiré a la cara, despertándolo.

—¿Aún no me has matado?

—Te dije que no sería tan rápido.

—Será mejor que me mates pronto, no tengo nada que decirte.

—Lo veremos en unos minutos.

—Crees que gobiernas Nueva York, pero te equivocas.

—No creo que sea la persona equivocada aquí. —Miré a la mesa y tomé un rollo de plástico de cocina.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Mi primo podría metértela por el culo, pero lo que hace él es más divertido —se burló Otto. Aún era joven y quizá necesitara más tiempo para darse cuenta de la gravedad del momento.

—¿Quién te vendió la píldora de Marte? —pregunté con firmeza al vendedor ambulante.

El tipo que tenía delante era un pez pequeño, pero iba a utilizarlo para llegar a quien estaba realmente detrás de la trama.

—Tu madre.

—¿Crees que puedes jugar conmigo? —La expresión de mi cara le hizo estremecerse.

Abrí el envoltorio de plástico y se lo envolví alrededor de la cabeza, comprimiéndole la boca y la nariz para que ya no pudiera respirar. Vi cómo agonizaba en la silla, con la boca abierta, desesperado por la falta de aire.

Pasé la uña por el plástico que cubría su boca y él aspiró profundamente, aliviándose.

—Te lo preguntaré de nuevo, quizás la falta de aire en tu cerebro te haya ayudado a pensar con claridad. ¿Quién vendió las pastillas?

—Crees que no moriré si lo cuento... —Envolví su boca en plástico otra vez.

Se agitaba en la silla con agonía y yo me quedé mirando con los brazos cruzados. Cuando me di cuenta de que estaba a punto de perder el conocimiento, perforé el plástico una vez más e inhaló profundamente.

—Puedes morir rápida o lentamente. La elección es tuya. Honestamente, me divertiría mucho pasar horas asfixiándote. Puedo hacerlo hasta mañana, estoy seguro de que no morirás ni dormido.

—Por favor, no...

—Si crees que no tengo poder en Nueva York, no te has dado cuenta de quién decide quién vive o muere.

—Estrangúlalo otra vez —instó Otto. Mi primo parecía estar disfrutando de la situación.

Abrí el plástico y su tensión crepitó en el aire.

—¡No! ¡Hablaré!

—Adelante.

—No sé el nombre del tipo. Se me acercó cuando estaba en la calle vendiendo heroína. Dijo que tenía un plan para hacerme ganar mucho más dinero y me dio unas pastillas. Mis clientes se volvieron locos. Cuanto más vendo, más quieren.

—¿Y cuántos de ellos murieron?

—¡No lo sé! No me importa quién viva o muera. —Se encogió de hombros—. Pero teniendo en cuenta los que no volvieron para comprar más, calculo que unos cinco.

—¿Cinco personas en cuánto tiempo?

—Poco menos de una semana.

Esa mierda era tan letal como me había advertido el director del FBI.

—Quiero un nombre. —Volví a estirar el plástico.

—Te lo dije, no lo sé.

—Sí, lo sabes.

—No habló. —El hombre empezó a llorar.

—¿Puedes siquiera describir al bastardo?

El comerciante sacudió la cabeza, asintiendo.

—¿Ahora llamo a River? —Otto se tocó el bolsillo.

—Puedes decirle que venga. Necesitaremos su talento como ilustrador.

Oí a mi primo hablar por teléfono con mi hermano mientras miraba fijamente al tipo que me miraba con expresión aterrorizada. Acababa de descubrir que desafiarme no era el camino a seguir.



Manuela

Capítulo cuatro

Entré en mi habitación y cerré la puerta. Me tambaleé y me tiré de frente, hundiendo la cara en la almohada. No quería llorar más, me esforzaba por hacerlo y creía que podría ser lo suficientemente fuerte, o tal vez si rezaba lo suficiente, el buen Dios del que tanto hablaba mi abuela me sacaría de este lío.

Oí que llamaban a la puerta e intenté ignorarlo. Hundí más la cabeza en la almohada y la utilicé para taparme los oídos, pero la persona del otro lado insistía.

—Manu.

—¿Mamá?

—¿Puedo pasar?

—Adelante. —Levanté la cabeza y me senté en la cama, frotándome los ojos. Quería dejar de llorar, pero seguro que solo conseguía enrojecerlos más.

—Ay, mi amor. —Entró en la habitación y me rodeó con sus acogedores brazos.

De mi padre había aprendido a ser valiente y fuerte, pero mi madre me había enseñado que todo podía tener un poco de gracia y delicadeza.

Hundí la cabeza en su pecho, ocultando mi rostro y sofocando mis sollozos.

—Tu padre me lo dijo.

—Quiero quedarme aquí.

—También me encantaría que pudieras quedarte. —Me acarició el pelo mientras mi llanto volvía a ser fuerte.

—Díselo, pídele a papá que cambie de opinión. Te escuchará, mamá. Por favor, mamá.

—Querida. —Mi madre me tiró de la cara y me obligó a mirarla. Sus suaves dedos se deslizaron por mi mejilla, apartando los mechones de pelo que se habían quedado pegados al camino dejado por las lágrimas. —Mi matrimonio tampoco fue fácil.

—Papá te ama.

—No siempre fue así. Su padre mató a mi hermano y eso me hizo odiarle. Superar ese sentimiento fue el mayor reto al que me enfrenté.

—No quiero tener que alejarme de ti.

—A mí tampoco me entusiasma la idea de perder a mi pequeña. —Mamá me acarició la mejilla con cariño, haciendo que siguiera mirándola—. Pero puedes construir tu propia familia.

—¿Con un hombre que ni siquiera conozco?

—No eres la primera mafiosa que pasa por esto y no serás la última. Por aterrador que sea, recuerda siempre que eres la hija de Theo Bellucci. —Me señaló el pecho—. Eres lo bastante valiente para enfrentarte a cualquier obstáculo y confío en que serás capaz de manejar este.

—Pero, ¿cómo será sin ustedes?

—Iremos a visitarte.

—¿Me lo prometes? —Levanté la cabeza, tragándome las lágrimas que parecían más fáciles de soportar.

—Te lo prometo. —Mamá se agachó y me besó en la frente.

La acerqué más a mí, me acurruqué en su pecho y me quedé allí todo el tiempo que ella me permitió.

No quería casarme, no quería tener que cruzar el océano, y mucho menos abandonar a todos los que eran tan importantes para mí. Sin embargo, había nacido en un mundo en el que mi voluntad no era suficiente, sobre todo cuando eras mujer.

Pietra había escapado del matrimonio con Steven Lansky cuando se enamoró del ruso, pero esa carga acabó convirtiéndose en la mía, por desgracia no tenía un candidato más poderoso e influyente que el *capo* americano para cambiar esa partida.



Steven

Capítulo cinco

Me froté las manos mientras veía correr la sangre por el desagüe, me froté los dedos para deshacerme de lo que se había secado y levanté la cabeza, mirándome los ojos azules en el espejo. Respiré hondo mientras sacaba la toallita para secarme en ella.

Salí del cuarto de baño y me topé con mi padre en el pasillo. Bajó los ojos y me analizó antes de hacer algún comentario.

—Tu hermano me dijo que habían capturado a uno de los traficantes que vendía las nuevas drogas.

Asentí y me metí las manos en los bolsillos.

—El tipo era un pez chico, consiguió la droga de alguien y empezó a venderla en el punto que ya frecuentaba. River dibujó a quien supuestamente vendía las pastillas, pero es una posibilidad remota porque no sabemos quién es ni de dónde viene.

—Harás un buen trabajo averiguándolo.

—Eso espero. —Me quedé serio.

Mi padre evitaba hablar de los asuntos de la mafia, solo hablaba de los más críticos, como esa droga peligrosa. Cuando decidió dejar el imperio familiar en mis manos, trató de demostrarme su confianza en que yo podría ocuparme bien de todo y hasta ahora no le había defraudado.

—Tenemos que hablar, Steven. —Rompió el silencio.

—Voy a acabar con el bastardo que puso esta droga en nuestro territorio, papá. No te preocupes.

—No se trata de eso, hijo.

—¿Entonces de qué se trata?

—Los Bellucci.

—Nuestra relación con ellos terminó cuando Pietra se casó con otro hombre. Creo que esos malditos italianos nos habían humillado lo suficiente haciéndonos participar en aquel circo como para que la situación acabara como acabó.

Mi padre asintió y me guió hasta el despacho, que ahora era mío. Lucian ya no tenía la misma autoridad en la mafia, pues había decidido pasármela a mí, pero seguía siendo mi padre y yo le respetaba, por mucho que el tema me cabreara.

Entramos en la habitación y mi padre cerró la puerta antes de volverse hacia mí.

—Sé que estás enfadado.

—¿Enfadado? —Puse los ojos en blanco con disgusto y me reí nerviosamente—. Lo que nos hicieron fue una gran ofensa. Estuve de acuerdo con ese maldito matrimonio solo para que se dieran la vuelta y la dejaran casarse con un puto ruso.

—Fue humillante, lo sé.

—Me alegro de que lo sepas. Pues ya está. —Di un paso hacia la puerta para salir, pero mi padre me agarró del brazo, deteniéndome.

—No, Steven. Los Bellucci son nuestros mejores aliados.

—¿Nos maltratan así y sigues pensando que tenemos que agachar la cabeza ante ellos? Que se jodan los italianos, papá. Esto es Estados Unidos y aquí mandan los Lansky.

—Las alianzas son cruciales para la mafia.

—¿Qué quieres que haga? —Me crucé de brazos con evidente descontento—. ¿Que le dé la mano a Marco Bellucci y le diga que todo irá bien entre nosotros después de que me prometiera a su hija y cambiara de opinión? ¿Crees que tengo que tragarme este maltrato en nombre de la mafia?

Me cabreaba, me enfurecía pensar en aquella historia y en la ofensa que me habían hecho. Quería que esos italianos se pudrieran en el infierno o en la mejor definición de sufrimiento que pudieran encontrar. Por muy grandes que fueran nuestros lazos con el viejo continente, tenían que entender que no éramos peones que agachábamos la cabeza y lo aceptábamos todo en silencio. Teníamos nuestro propio territorio, poder y reglas.

—Comprenden la gravedad de la situación. Se dan cuenta de que no han actuado de la mejor manera con nosotros.

—Me alegro de que lo entiendan. Tal vez acepte una disculpa si viene con una tonelada de cocaína.

—Tienen otra prometida para ti.

—¿Otra prometida? ¿Me estás tomando el pelo? —Apreté los dientes.

—Casarte con una Bellucci sería muy importante para ti, no solo reforzaría nuestra relación con ellos, sino también tu poder.

—Prefiero casarme con una puta que con una Bellucci.

—No digas eso.

—Aunque arranquen a Pietra del ruso, ya no la quiero. La ofensa ya está hecha.

—No es Pietra.

—¿Van a defraudar a alguien más, y esta vez será Mancini?

—El compromiso de Perla con el siciliano continuará. Te han ofrecido a Manuela.

—Marco solo tiene dos hijas.

—Manuela es la hija de Theo.

—Así que ella es un premio consuelo ya que el jefe no tiene más hijas para darme.

—Manuela sigue siendo una Bellucci y Theo es el *consigliere*, tiene tanta influencia en Italia como el propio Marco.

—Me importa un carajo, no me voy a casar con ella.

—Steven, es una boda importante. Tu madre ni siquiera era una Bellucci, pero la unión fue crucial para mí.

—Ahora te va muy bien con Fernanda.

—Las circunstancias eran diferentes. —Entrecerró los ojos, intentaba convencerme, pero mi padre sabía muy bien de quién había heredado su forma de actuar tan dura.

Ese era un mal innegable para todo Lansky, si te ponías algo en la cabeza, nadie te lo quitaba.

—Podré elegir esposa cuando esté listo para casarme. Por ahora me gusta tener más de una en mi cama.

—Steven.

—Papá, dile a los italianos que se vayan a la mierda.

—Sabes que no podemos hacer eso.

Me mordí el labio inferior y apreté los dientes; mi irritación no parecía bastar para que mi padre dejara de insistir en el tema.

Había crecido oyendo hablar de los italianos, no había persona en el mundo de la mafia que no conociera el apellido Bellucci. Eran de la realeza en nuestro mundo, más que poder, tenían estatus y por muy enfadado que estuviera, la parte racional de mí intentaba llamar mi atención sobre ello.

—No voy a agachar la cabeza ante ellos y fingir que no ha pasado nada.

—Son conscientes de los problemas que nos han causado.

—Eso no es suficiente —resoplé.

—¿Puedo confirmar nuestro compromiso?

—No.

—¡Steven!

—No voy a ir allí a montar ese teatro otra vez. Solo iré allí para casarme y traeré a mi esposa aquí el mismo día. Si no, no me casaré.

—¿Es un requisito?

—Sí. Lo mínimo después de lo que nos han hecho pasar.

—Se lo haré saber.

—Bien.

—Hijo, esta boda es importante.

—Por eso me caso, pero solo bajo mis condiciones. No voy a hacer el ridículo otra vez.

—Esa es una buena actitud para un jefe.

—Gracias, papá.

Él asintió con la cabeza y yo tiré del picaporte de la puerta. Me moría de hambre, así que iría a la cocina a por algo de comer y buscaría a mi hermano, para que junto con nuestro primo pudiéramos continuar nuestra misión, que era mucho más importante.



Manuela

Capítulo seis

El pelo recogido en una coleta me colgaba por la espalda mientras saltaba cada vez que la cuerda tocaba el suelo. El sudor me chorreaba por la cara, me resbalaba por el cuello y empapaba el top que llevaba puesto. Había empezado el día haciendo ejercicio y esperaba que mover el cuerpo me hiciera pensar menos.

—¿Es cierto?

—¿Qué cosa? —Puse los dos pies en el suelo y agarré la cuerda mientras giraba el cuerpo y veía que mi hermano estaba detrás de mí.

Lorenzo seguía analizándome mientras yo me agachaba para tomar una botella de agua que había dejado en el suelo del jardín y bebía unos sorbos.

—¿Te vas a casar?

—¿Quién te lo ha dicho? —Me pasé las manos por la cara, arrojando el sudor en la hierba, e hinché el pecho para mantener la postura.

Me había pasado toda la noche llorando, pero no quería que la gente me viera como la chica débil que no podía hacer frente a las responsabilidades de haber nacido en aquella familia.

—Escuché a papá hablando con Thiago.

—Sí, parece que me mudo a Estados Unidos.

—Eso no es justo.

Tragué saliva y seguí hinchando el pecho. A mí tampoco me parecía justo, pero lo que

pensaba ya no parecía crucial para la situación.

—Todos estamos al servicio de la familia.

—No quiero que te vayas.

—Te las arreglarás bien sin mí.

—Thiago no podrá arreglárselas bien.

—¿Thiago? —Alcé una ceja y solté una pequeña carcajada.

—Puede que yo tampoco.

—Estarán bien, Lorenzo.

—Espero que tú también lo estés.

Moví la cabeza afirmativamente y me esforcé por sonreír. Recordé las palabras de mi madre, era la hija de Theo Bellucci y podía asumir cualquier reto, por desalentador que fuera.

—Lo estaré. —Puse la mano en mi cuerda y salté de nuevo.

Me tragué las lágrimas que querían caer. No me ayudarían en ese momento.

—¿Manu?

—¿Sí, Lorenzo?

—¿Por qué no te das una ducha y nos vamos a tomar un helado?

—No les gusta que salgamos.

—La casa está llena de soldados. Papá está encerrado en el estudio con el tío Marco, creo que Rómulo puede acompañarnos con algunos hombres más.

—Podría ser. —Dejé de saltar de nuevo y enrollé mi cuerda.

—¿Vas a venir?

—Después de la ducha.

—¡Genial! Hablaré con Rómulo y te esperaremos.

Moví la cabeza afirmativamente y dejé a mi hermano pequeño en el jardín. Seguí un camino de piedra hasta el interior de la casa y pasé por una puerta trasera. Crucé la cocina y pretendía hacer lo mismo en el salón para subir las escaleras al piso superior de la mansión cuando mi abuela me llamó.

—¿Tienes prisa, Manuela?

—Voy a darme un baño, abuela. —Giré sobre mis talones para verla sentada en el sofá.

La matriarca de los Bellucci bajó el bordado y me miró con detalle.

—¿Cansada?

—Solo sudorosa.

—¿Quieres jugar a las cartas conmigo?

—Le prometí a Lorenzo que iríamos juntos a tomar un helado. Iba a ducharme mientras él arreglaba con los soldados.

—Es estupendo pasar tiempo con tu hermano. No hay nada más importante que la

familia.

—Sí, la familia —repetí con un sabor amargo en la boca ante la idea de tener que estar lejos de los míos.

—¿Puedo ir con ustedes?

—Oh. —Me sorprendió—. Claro que sí.

—Me hará bien salir un rato de esta casa. Ve a bañarte y vuelve aquí a buscar a tu abuela.

—De acuerdo.

Subí las escaleras a toda prisa, pero antes de llegar a mi habitación me topé con Perla. Tenía unas cuantas manchas de pintura y el pelo recogido en un moño, probablemente pintando uno de sus muchos cuadros.

—Manuela.

—Hola, Perla. —Intenté mantener la voz neutra, pero no estaba segura de haberlo hecho bien.

—Me he enterado.

Mi cuerpo se tensó e inmediatamente adopté una postura defensiva.

—Las noticias vuelan en esta casa.

—Tal vez.

—Espero que seas feliz.

—Espero que tu hermana lo esté. —Mantuve mi postura y hablé en un tono más serio. Por mucho que Perla no tuviera la culpa de lo que me estaba pasando, en cierto modo si tenía que elegir un bando no sería el mío. No es que la juzgara por ello, porque no dudaba que yo decidiría por mis hermanos, pero la actitud de Pietra terminó por ponerme en esa situación.

—Está donde quería estar.

—Al menos una de nosotras pudo elegir. —Me reí, pero había una mirada triste bajo la sonrisa.

—No significa que estemos condenadas a una mala vida.

—Espero que no. —Me encogí de hombros—. Si me disculpas, tengo que ducharme porque estoy empapada de sudor.

—¡Adelante! —Se hizo a un lado y me dejó pasar.

Recorrí el pasillo y entré en mi habitación. En cuanto cerré la puerta, apreté los puños y los labios para contener las ganas de gritar. Mantener la postura de que todo iría bien era mucho más difícil de lo que parecía.

Me duché, me cambié la ropa de gimnasia por un vestido azul marino limpio y bajé al salón, donde encontré a mi hermano esperando junto a mi abuela.

—¿Preparada? —me preguntó Lorenzo.

Afirmé con la cabeza.

—¡Vamos abuela! —Hizo un gesto a la señora para que nos siguiera.

—¿Cuál es tu helado favorito? —le preguntó a su nieto.

—Me gusta el chocolate, pero también hay sabores especiales que están muy buenos.

—¿Y tú, Manuela? —La abuela movió la cabeza para encontrarse con mi mirada.

—Creo que frutos rojos.

—¿Cómo que “crees”?

—No lo recuerdo con seguridad.

—Entonces lo recordarás cuando estemos en la heladería.

Estaba entusiasmada con el paseo. Me haría muy bien congelarme el cerebro con algo bastante frío y no pensar en nada más, pero antes de que pudiéramos salir de la habitación, apareció mi padre.

—¿Manuela? —dijo con su voz firme e imponente.

—Hola, papá. —Lorenzo le sonrió mientras yo seguía en el mismo sitio, sin atreverme a decir nada.

—Vamos a la heladería, hijo. —La abuela se llevó las manos a la cintura. Era la única a la que no parecía afectarle su amenazadora presencia.

—Necesito hablar con Manuela.

—¿No puedes esperar? —Ella intentó evitar que interrumpieran nuestros planes.

—No.

—Pero, Theo...

—Es un tema importante, mamá.

—¿Podemos esperarla para irnos? —Lorenzo miró suplicante a nuestro padre, que cambió su mirada entre nosotros dos antes de asentir.

—No creo que tarde mucho. —Me indicó el camino y le seguí sin decir una palabra y mucho menos atreverme a discutir. Conocía la autoridad de mi padre y era mi deber respetarla.

Caminamos hasta el despacho del tío Marco, donde el jefe de la familia y de la mafia estaba sentado tras un escritorio de madera oscura, haciendo girar un puro entre sus dedos. Al verme, guardó el objeto en una caja y enderezó la postura.

—Manuela.

—Hola, tío.

Sería mentira si dijera que en el fondo no estaba enfadada con él, pero decirlo en voz alta no cambiaría nada. Había un dicho que me decía mucho la abuela y que se aplicaba a mí en aquel momento: *manda quien puede y obedece quien tiene juicio.*

—Tu padre ya te ha hablado de la boda.

Moví la cabeza afirmativamente, aunque era una afirmación y no una pregunta.

—¿Cuándo ocurrirá? —Tuve el descaro de dejar escapar la pregunta.

—Ya tienes veintiún años, eres mayor de edad y debido a los acontecimientos queremos remediar la situación con los Lansky lo antes posible.

Respiré hondo, no podía llorar delante de mi tío, por muy segura que estuviera de que no me quedaría mucho tiempo.

—Tengo que prepararme para el compromiso, entonces.

—No habrá fiesta de compromiso.

—¿Por qué no? —Me sorprendió.

Imaginaba que la fiesta me daría un poco más de tiempo o al menos la oportunidad de conocer mejor a mi futuro marido antes de intercambiar los votos.

—Steven solo vendrá para la boda y después te irás con él a Estados Unidos.

Giré la cabeza, buscando los ojos de mi padre, sabiendo que los míos estaban llenos de una mezcla de conmoción e indignación.

—Dado lo sucedido, es una condición que tuvimos que aceptar. —Mi padre me aclaró, pero no lo hizo más fácil.

—¿No lo veré antes de casarme?

—Desgraciadamente, no.

—¿Ni siquiera hablaré con él? Supongo.

—Podrán aclarar las cosas cuando se celebre la boda. —El tío Marco se mostró firme, como si fuera así de sencillo, pero yo sabía que no tenía margen para discutir.

—¿La boda tendrá lugar aquí, al menos?

—Sí, en la misma iglesia donde todos los Bellucci se han casado durante siglos.

—¿Cuándo?

—En quince días.

—Necesitaré un vestido.

—El estilista vendrá a verte mañana —me indicó mi padre—. Todo lo necesario para la ceremonia estará dispuesto.

Moví la cabeza afirmativamente, sintiendo como si se me hubiera formado una bola en la garganta, no podía hablar bien y respirar me parecía aún peor, pero luchaba por mantener la compostura.

—Gracias.

Se miraron y asintieron. Habría esperado un “disculpa por haberte metido en esto”, pero lo que tenía que decir ya se había dicho.

—¿Puedo irme ya?

Mi padre esperó a que mi tío asintiera con la cabeza antes de decir simplemente:

—Sí puedes.

Salí de la oficina con una sentencia: en poco más de quince días se acabaría mi vida con mi familia y con todas las personas que más quería para obligarme a vivir con un desconocido.



Steven

Capítulo siete

Bajé del coche y giré la cabeza, observando cómo River murmuraba algo hasta que me di cuenta de que mi hermano me hablaba a mí. A diferencia de mí, que había adoptado los rasgos de mi padre, River se parecía mucho más a mi madrastra, con los ojos y el pelo castaños. Aunque era un buen luchador y estratega, tenía un aire mucho más relajado y una postura menos seria que yo, pero como subjefe, podía ser menos rígido que yo.

—¿Emocionado por la boda?

—No es un tema que debas sacar ahora.

—Al menos es bonita. El intercambio no ha sido tan malo, me atrevería a decir que incluso has sacado beneficio.

—¿Cómo lo sabes si ni siquiera la has visto? —Fruncí el ceño mientras me volvía hacia él con expresión poco amistosa.

—No personalmente, pero bastaron unos minutos de búsqueda en Internet para encontrar una foto de Manuela Bellucci.

—¿Has estado espiando a mi prometida?

—Ni siquiera era tu prometida todavía.

—¿Dónde está la foto? —Le tendí la mano.

—No creí que te interesara —se burló el menor, pero no era un buen día para hacerlo.

—Enséñame la puta foto.

—Como quieras, jefe. —Tardó un rato en abrir su móvil y entregármelo—. Aquí la tienes.

Podría haberme tropezado con ella en alguno de los pasillos de la mansión o incluso en mi fiesta de compromiso, pero reconozco que no me había fijado en nada ni en nadie, solo quería que acabara el momento y no acabó de la mejor manera.

Miré fijamente la pantalla del móvil de mi hermano y vi la imagen de Manuela Bellucci, mi futura esposa si su familia cumplía su palabra. Era mayor que Pietra, se notaba en sus rasgos, pero aún más joven que yo. Sus ojos y su pelo eran tan oscuros como una noche sin estrellas, pero su piel era pálida y su boca ligeramente roja.

—Bonita. —Le devolví el aparato a mi hermano.

—¿Solo bonita?

—He tenido sexo con mujeres más interesantes.

—Si quieres, puedo encargarme de ella.

Apreté los dientes y mi hermano se encogió, arrepentido de lo que había dicho.

—Sólo bromeaba.

—Tratemos un tema más importante.

—Sí, jefe. —Buscó a tientas su funda para asegurarse de que el arma estaba allí y adoptó una postura más firme mientras nos acercábamos con los soldados a la entrada de la discoteca Queens. La cola estaba llena de jóvenes que ya estaban bebiendo incluso antes de entrar en el local, podía oler las hierbas que yo mismo me encargaba de poner en las calles, pero de momento

no había nada fuera de lo normal.

Después de hacer algunas preguntas con el dibujo de River, había conseguido una pista de que un tipo con esa descripción frecuentaba el lugar. Podía haber enviado a mi hermano o a mi primo a comprobarlo, pero si quería resolver el asunto de manera adecuada, era mejor que lo manejara yo mismo.

Al acercarnos, los guardias de seguridad se nos quedaron mirando, pero en cuanto me vieron, dieron un paso atrás, asombrados.

—Lan... Lansky...

—Apártense de mi camino —ordené con la voz autoritaria que tan bien había aprendido, y los hombres no se lo pensaron dos veces antes de hacernos un gesto para que entráramos.

—Bienvenido.

No contesté, seguí caminando y los hombres que me acompañaban me siguieron. Los clientes que ya estaban dentro de la discoteca empezaron a mirarnos, algunos con curiosidad, el resto, que estaban seguros de quién era yo, fueron lo bastante listos como para dar un paso atrás.

Oí un disparo, antes de que el impacto me hiciera caer ante la intensa presión que sentía en el pecho. Antes de darme cuenta de que me habían disparado, mi hermano y mis hombres empezaron a moverse y sacaron sus armas.

Tardé un rato en recuperarme del impacto, pero gruñí mientras me levantaba y sacaba la bala que se me había incrustado en la chaqueta. A veces sudaba dentro de aquel grueso tejido, pero era una garantía de que no acabaría muerto si me sorprendían así.

La gente empezó a correr y a gritar desesperada ante los disparos. Se dirigieron hacia la salida de la discoteca, intentando escapar de la línea de fuego, pero acabaron pisoteándose unos a otros y los gritos y la desesperación se hicieron aún más fuertes.

Miré entre los sillones y las mesas para ver quién disparaba. Había tres hombres que se habían escondido detrás de los respaldos para no ser blancos fáciles.

Antes de que me alcanzara otra bala, corrí y salté por encima de la barra del bar, apartando al camarero. Ni siquiera refunfuñó, se limitó a acobardarse en el espacio inferior donde creía estar a salvo y se tapó los oídos con las manos, esperando a que terminaran los disparos.

Intentaron dispararme de nuevo, pero lo único que consiguieron fue reventar algunas de las botellas que había detrás de mí, esparciendo alcohol y cristales en todas direcciones.

Aproveché que uno de ellos había apoyado la cabeza en el respaldo para ver mejor y fui más rápido, dándole justo entre los ojos.

La adrenalina que corría por mi sangre me hacía estar alerta y responder a cada disparo. Me habían dado con la guardia baja, pero eso no volvería a ocurrir.

Bill alcanzó a uno de los tipos, dejando solo a otro que pronto cayó ante un disparo de otro de mis soldados.

Los disparos cesaron, pero no los gritos de desesperación de los clientes de la discoteca. No sabía si alguno de ellos había sido alcanzado, pero esa no era mi principal preocupación en ese momento. Pronto llegarían los paramédicos y también la policía, pero primero tenía que salir de allí si no quería problemas innecesarios.

Salté de detrás del mostrador cuando mis hombres se detuvieron delante de mí.

—¿Cómo estás? —pregunté a River, no quería hacerle pasar un mal rato a Fernanda si llegaba a casa con mi hermano falto de una pieza.

—Estoy bien, fue a ti a quien dispararon.

—La chaqueta lo absorbió.

—Estupendo.

Me limpié los trozos de cristal y las salpicaduras de alcohol de los pantalones negros y me dirigí hacia los hombres que habían iniciado el tiroteo.

Bill tiró de uno de ellos por el hombro y lo tiró al suelo.

—¿Les resulta familiar?

—Ese es el tipo que dibujé —comentó River.

—No creo que tenga mucho de qué hablar muerto. —Bill pateó el cadáver para asegurarse de que no reaccionaría.

—¡Maldita sea! —refunfuñé mientras me arrodillaba.

Registré los bolsillos del muerto hasta que encontré una bolsa que contenía las mismas píldoras de Marte que me había dado el director del FBI.

—Creo que tenemos al tipo —dijo mi hermano cuando me levanté—. Problema resuelto.

No dije nada, me limité a dar la espalda y salir de la discoteca cuando oí el sonido de las sirenas. Teníamos que irnos antes de que llegara la policía, porque no quería darles ninguna satisfacción. Sin embargo, tenía la sensación de que este asunto estaba muy lejos de resolverse.



Manuela

Capítulo ocho

—Eres una novia muy hermosa. —Oí decir a la abuela cuando entró en la habitación y me vio deslizar los dedos por la tela del vestido.

Era la tercera y última vez que iba a probármelo, porque ese día se iba a celebrar la boda. No podía negar que había meditado la idea y pensado en huir varias veces durante los días previos a ese momento.

Sin embargo, a diferencia de Pietra, yo no tenía a dónde ir ni a nadie lo bastante poderoso como para darle la vuelta a la tortilla. No quería pensar en lo mucho más fácil que debía de ser para ella, ni en la posibilidad de que yo estuviera completamente equivocada y mi prima estuviera sufriendo una de las atrocidades de las que oíamos hablar cuando se trataba de los rusos.

Pietra había tomado su camino en la vida y allí estaba yo tomando el mío. Quería asegurar que si no hubiera sido por lo que había pasado nunca me habría casado con nadie a instancias de mi padre, pero sabía cómo funcionaba la mafia...

—¡Manuela! —gritó mi madre, sacándome de mi ensoñación.

—¿Sí?

—Tu abuela te elogió.

—Ah, gracias por el cumplido.

—Mi nieta. —Mi abuela me tomó la mano entre las suyas arrugadas y me hizo mirarla directamente—. Eres tan hermosa.

—Gracias, abuela.

—No dejes que tu prometido lo olvide.

Negué con la cabeza. Parecía mucho más fácil mientras hablábamos de ello. Porque en el fondo intentaba que no me entrara el pánico por el hecho de que no tenía ni idea de lo que me pasaría después de aquel día.

—Te voy a echar de menos. —Le rodeé el cuello con los brazos, conteniendo las lágrimas para no estropearme el maquillaje.

—Siempre estaremos aquí para ti.

—Gracias.

Me tomó la cara y me la acarició con cariño, y su sonrisa me hizo sentir más tranquila.

—Se va a casar otra nieta, pronto mi casa volverá a estar vacía.

—Aquí todavía hay mucha gente para hacer líos, mamá.

—El tiempo pasa muy deprisa.

Estaba muy segura de ello en las últimas semanas, pero no dije nada.

—Te deseo toda la felicidad del mundo.

—Gracias, abuela.

—Ah, ¡mi hija! —Mamá me abrazó por detrás y disfruté hasta la última gota de ese momento con las mujeres más importantes de mi vida porque no sabía si ese momento volvería a repetirse.

Nos alejamos cuando oímos que llamaban a la puerta.

—¿Theo? —preguntó mi madre.

—Sí. —Abrió la puerta y miró entre las tres.

Ver la expresión seria de mi padre hizo que mi corazón se apretara un poco más. Él sabía, yo, mi abuela y mi madre también. Tenía que hacerlo por el bien de todos, pero seguía siendo un sacrificio enorme.

—¿Nos vamos, Manuela?

—¿Ya es hora? —preguntó mi madre.

—Sí, tenemos que irnos.

—Pero si...

—Tatiane. —Mi padre hizo que mi madre se callara y no cuestionara más el momento.

Sus delicados dedos subieron por mis hombros y me los masajeó antes de que me apartara para aceptar el brazo que me ofrecía mi padre.

—Estás muy bonita. —Comentó mientras caminábamos uno al lado del otro por el pasillo.

—Gracias, papá.

—Manu… —Me dio la vuelta para que estuviera frente a él.

—¿Sí?

—Puede parecer que te vas y que nos vas a perder, pero no es verdad. Estés donde estés, pase lo que pase, siempre serás una Bellucci y nunca dejarás de ser mi hija. Sabes mi número de teléfono y si me necesitas iré a rescatarte estés donde estés.

—¡Gracias, papá! —No pude contener el impulso de abrazarle y tampoco pude contener las lágrimas, en ese momento mi maquillaje no parecía tan importante.

Estuvimos así un buen rato hasta que mi padre rompió el abrazo y me secó la cara con la punta de los dedos.

—Cabeza arriba, siempre. —Me tocó el mentón y me lo levantó.

Asentí con la cabeza, como un soldado que acepta su misión.



Steven

Capítulo nueve

Afortunadamente, el clima era fresco y no pasaba calor con el traje azul real que llevaba. De pie ante el altar, con los brazos cruzados delante de mí, deambulé por los bancos de la iglesia, llenos de invitados que no conocía. Había muchos *capos* de distintas ciudades del país que respondían a los Bellucci.

Entre las personas allí reunidas, no encontré a Pietra ni al ruso con el que se había casado. Imaginé que su presencia allí era una provocación que podía evitarse. Darían alguna excusa a quien les preguntara por qué no habían acudido al acto.

Miré a mi padre y movió la cabeza afirmativamente, apoyando mi presencia allí. Sin embargo, yo desconfiaba y estaba en alerta. Seguía barajando la posibilidad de que la boda no se celebrara hasta que el cura dijera que estábamos unidos en matrimonio.

La religión nunca había sido mi fuerte y yo había sido mi propio amo, sobre todo después de que el poder cayera en mis manos. Sin embargo, los italianos eran muy tradicionales y la ceremonia debía celebrarse según las costumbres de la Ciudad del Vaticano.

Incluso me preguntaba si eso les eximía de todos los delitos que cometían.

Mis ojos seguían zigzagueando por el recinto hasta que la marcha nupcial atrajo mi atención hacia la entrada de la iglesia. Las puertas dobles se abrieron y vi a Theo Bellucci bajando a grandes zancadas por la alfombra roja del brazo de la que yo llamaba *mi premio consuelo.* De no haber sido por toda la insistencia de mi padre me habría negado, no necesitaba una segunda opción. Tenía suficiente poder y belleza para disfrutar de la mujer que quisiera, pero aun así tenía que tragarme una imposición de los italianos.

La novia llevaba un velo que le cubría toda la cara y no podía verla, así que tuve la

sensación de que podrían haberla cambiado de nuevo. No importaba lo que dijeran o cuánto se disculparan, yo seguía sospechando.

Theo se detuvo cerca del altar y yo me acerqué unos pasos a ellos.

—Cuida bien de mi hija.

—Lo haré lo mejor que pueda —dije completamente de labios para afuera y tomé su mano. Sus dedos estaban fríos y se deslizaron por mi brazo.

La llevé conmigo y la presenté ante el celebrante.

—¿Manuela? —La llamé por su nombre solo para confirmar.

—Sí.

Me coloqué frente a ella y agarré la base de su velo, tirando de él hacia atrás y echándolo por encima de la brillante tiara. En cuanto unos ojos oscuros como jaboticabas se encontraron con los míos, tuve la certeza de que era la misma mujer de la foto que me había enseñado mi hermano.

—Esta vez eres tú.

—Sí, soy yo. —Tragó saliva.

—¿Novios? —gritó el cura y nos volvimos hacia él.

Comenzó la ceremonia y mi mente voló inmediatamente al hecho de que esta vez la boda se estaba celebrando de verdad. Sin el compromiso que la había precedido y en las condiciones que yo había exigido.

Le dije que sí cuando me preguntó si era por mi propia voluntad que nos casábamos. La

voluntad era completamente irrelevante en la mafia. Aunque mi padre y mi tío se habían casado según un sentimiento que muchos llamaban *amor*. No se aplicaba a mí. No amaba a Manuela, ni siquiera la quería cerca. La aguantaba porque era lo que tenía que hacer por mi posición. Ser el jefe de Nueva York requería sacrificios que tenía que estar dispuesto a hacer.

Su sí tampoco me convenció, Manuela apenas me miraba a los ojos y sinceramente estaba harto de la dejadez de las mujeres Bellucci. No sabía qué rumbo tomaría la boda, solo esperaba evitar una guerra con su familia.

Tomé su mano cuando el cura me entregó el anillo y lo deslicé por su dedo como quien marca una propiedad. Nos gustara o no, desde ese momento era mía.

Manuela temblaba y le costaba ponerme el anillo. Pensé en ayudarla, pero me limité a alargar el dedo hasta que ella pudiera hacerlo.

Yo solo quería que aquel momento acabara pronto y con cada nueva palabra que decía el cura ponía los ojos en blanco, esperando que se quedara mudo. Cuando por fin nos declaró casados, la traje hacia mí y Manuela dejó escapar un suspiro ante la fuerza de mis brazos previo a que la besara.

Nuestros labios no permanecieron pegados mucho tiempo, ya que sentí una extraña descarga que me hizo soltarla.

Estaba hecho, me había casado con una Bellucci, solo que no podía aguardar las consecuencias que me esperaban.



Manuela

Capítulo diez

Quería que la fiesta durara para siempre, que nunca tuviera que abandonar el cálido abrazo de mi familia y que mi estancia en Italia fuera eterna. El país siempre sería mi hogar y el lugar de todo lo que más amaba, y sin embargo me estaban arrancando de ahí.

Steven no quiso esperar hasta el día siguiente, ni aceptó la oferta de pasar nuestra noche de bodas en uno de los muchos hoteles de lujo de la familia. Aunque me entristecía tener que irme de casa, una parte de mí se alegraba de poder postergar ese momento de acostarme con él.

Quería ser valiente y dura, como lo era mi padre, pero me aterrorizaba lo que pudiera ocurrir cuando estuviéramos solos.

Oí un golpe en el asiento de al lado y di un sobresalto cuando me di cuenta de que Steven estaba arrojando una maleta. Estábamos en su jet y le seguí con la mirada hasta que se dirigió a la parte trasera, donde había otros miembros de su familia.

No había intercambiado ni media docena de palabras conmigo desde que nos casamos y su expresión solo hizo que se me revolviera aún más el estómago.

El avión pronto despegaría hacia Estados Unidos y yo estaba a punto de perder todo el apoyo, la protección y los cuidados que tenía de mi familia.

—Me alegro de que esperaran a que te quitaras el vestido de novia, esas faldas son insoportables.

Sacudí la cabeza al ver que se me acercaba una mujer morena de unos cincuenta años.

—Sí, los pantalones son más cómodos.

—Sí. —Sonrió.

—Fernanda, ¿verdad? —Me atreví a preguntar porque recordaba haber oído su nombre cuando me saludó después de la boda.

—Exactamente. —Ella permaneció gentil—. Soy la madrastra de Steven. Más bien una madre. —Me guiñó un ojo.

—Estupendo.

—¿Tienes sed? Estás un poco pálida.

—Tomaré un poco de agua.

—Te la traeré.

—Gracias. —Me pasé una mano por la cara y me recogí el pelo detrás de la oreja.

Me alegré de que al menos una persona del lugar me tratara con un poco de amabilidad.

Quería decir que era fuerte, que podía soportarlo todo, pero el miedo me revolvía las entrañas. Tendría que mantenerme firme, no podía pensar en el derecho ni en la posibilidad de llamar a casa llorando para pedirle a mi padre que me rescatara. En la mafia no existía el divorcio, al menos no para los italianos, y me gustara o no, estaba atada a Steven para el resto de mi vida, igual que él lo estaba a mí.

—Aquí está. —Fernanda me tendió un vaso translúcido y bebí unos sorbos. Me temblaban las manos e intenté controlarme todo lo posible para que no fuera tan evidente.

Llevaba mucho tiempo pidiéndole a mi padre que me pusiera en una misión, tenía que ser valiente en la primera que me dio.

—Gracias. —Le devolví el vaso a la mujer cuando terminé mi bebida.

—¿Quieres más?

—No, gracias.

—¿Tienes hambre?

—No. Comí algunos aperitivos en la fiesta.

—Avísame si me necesitas.

—Gracias.

—Te traeré una manta para que puedas descansar. Tenemos un largo camino por delante antes de llegar a nuestro hogar.

Hogar... Esa palabra resonó en mi cabeza y me hizo sentir aún más incómoda. Iba a un lugar que nunca había pisado antes, una tierra desconocida donde la gente hablaba un idioma diferente y actuaba de forma distinta a mi tierra natal. ¿Cómo podía llamar hogar al entorno al que me trasladaba?

—Te mantendrá caliente durante el viaje.

—Muchas gracias. —Sonreí a la mujer que me trataba con cariño, me recordaba a mi madre o incluso a mi abuela, lo cual era muy agradable en aquel momento.

Se acercó a su marido y volvió a dejarme sola. Me tapé los hombros con la manta y me acurruqué bajo ella. El calor me hacía sentir un poco mejor y esperaba que la sensación de bienestar durara más.

No sé cuánto tardé ni cuánto tiempo dormí, pero solo me di cuenta de que me había

dormido cuando sentí una mano en el hombro.

Levanté la cabeza y me sobresalté al ver que Steven me estaba mirando y era él quien me había tocado.

—¿Qué ocurre? —tartamudeé, aún situándome en el espacio y el momento en que me encontraba.

—Ya llegamos, levántate. —Dio un paso atrás.

—Bueno... —Aparté la manta y la dejé en el sillón mientras me agachaba para tomar la maleta, pero antes de que pudiera tocarla, uno de los soldados la agarró.

—Permítame, señora.

—Gracias.

—Ven conmigo. —Steven le hizo una señal para que lo siguiera.

Bajamos por la escalerilla delantera del avión hasta la pista. El cielo estaba oscuro, señal de que aún era de noche, o de madrugada, porque no sabía cuántas horas eran ni cuánto había durado el vuelo.

A lo lejos vi las luces que señalaban la pista y en el horizonte muchos edificios altos e iluminados. Aunque el amanecer no me permitía ver mucho, el contorno tenía un aspecto muy diferente al de Roma. La ciudad donde había nacido y crecido mezclaba muy bien la arquitectura antigua con trazos de modernidad, pero aquí todo era mucho más reciente.

—Vamos. —Steven sujetó la puerta de una de las camionetas aparcadas no lejos del avión y me hizo un gesto para que subiera.

Me acomodé en el asiento de cuero y mi marido se sentó a mi lado. El hombre al volante

arrancó el coche y pronto circulamos. Me asomé a la ventanilla y vi a la gente por las calles, los coches, los edificios, los carteles y las luces. Todo estaba muy animado y vibrante y tuve la sensación de que en aquella ciudad nunca se dormía.

Tardamos al menos media hora en salir del aeropuerto y llegar a la entrada de una mansión. A pesar de la diferente arquitectura, era espaciosa, pero ni de lejos tan grande como la casa de mi familia.

Familia... solo de pensar en ellos se me oprimía el pecho, apenas había llegado y ya sentía nostalgia. Quería poder abrazar a mi madre y apoyar la cabeza en sus piernas cuando más la necesitara. También quería entrenar con mi padre y mis hermanos.

No tenía ni idea de cuál sería mi rutina ni de cómo sería mi vida allí, y eso sin duda me aterrorizaba aún más.

Los coches pararon en el garaje y Steven salió cuando nos abrieron la puerta y yo lo seguí fuera del coche. Nuestro camino hasta la entrada de la casa estaba muy bien iluminado y él no me dijo ni una palabra cuando se dio cuenta de que solo lo seguía.

La sala estaba vacía, su familia había ido a Italia para asistir a la boda, pero se habían dispersado desde que llegamos. Era como si estuviera extrañamente sola con Steven y eso me hizo sentir aún más incómoda.

—Por ahí. —Señaló las escaleras y esperó a que empezara a subir antes de venir detrás de mí.

A cada paso que daba hacia el piso donde probablemente se encontraban los dormitorios, el corazón se me apretaba más y luchaba por mantenerlo latiendo.

Me sudaban las manos y sabía que iba a ser mucho más difícil mantener la compostura de lo que había imaginado.

No podíamos entregarnos a nadie, no teníamos derecho a coquetear y yo ni siquiera había besado a nadie en la boca. Todo para que fuéramos exclusivamente de nuestros maridos, como una propiedad. Era molesto al mismo tiempo que no podía hacer nada al respecto, porque había acabado con el mismo destino que todas las demás mujeres que habían nacido en las mismas condiciones que yo.

Después de veintiún años, había llegado el momento en que alguien tendría derecho a tocar mi cuerpo y mi alma misma. Solo esperaba que no fuera demasiado violento cuando ocurriera.

—Es por aquí. —Abrió una puerta y me hizo pasar a la habitación.

—¿Es este tu dormitorio? —Miré la cama hecha, una toalla doblada sobre ella y un pequeño armario en la pared. La habitación parecía cómoda, pero no fue eso lo que me llamó tanto la atención, sino la falta de objetos personales.

—No —respondió en tono firme—. Es tu habitación.

—¿Dormimos separados?

—Sí, puedes alojarte aquí. La habitación tiene baño y estarás muy cómoda. Espera a que Bill te traiga tus cosas.

—¿Adónde vas? —Seguí su mirada mientras daba un paso hacia el pasillo.

—A descansar, estoy agotado.

Abrí la boca varias veces, pero la mezcla de conmoción y sorpresa hizo que no emitiera ningún sonido. Tampoco sabía qué decir. Imaginaba que iba a violarme como a un animal, pero simplemente desapareció por otra puerta.

Crucé la habitación y me senté en el borde de la cama. Me froté las manos,

completamente inquieta.

Después de que el soldado me trajera las maletas y yo cerrara la puerta, pudiendo ducharme y acomodarme en la mullida cama, estaba aún más segura de que no estaba preparada para el rumbo que iba a tomar esta boda.



Steven

Capítulo once

Mi misión con mi padre y los italianos estaba cumplida, al menos eso pensé después de traer a una de ellos a mi casa. Podría mantenerla allí segura y no preocuparme más por el asunto.

Me eché agua en la cara y me froté la piel. Estaba agotado, pero tenía compromisos esperándome y no podía pasarme el día en la cama. Después de mi estancia en Italia, tenía que asegurarme de que las cosas que realmente me importaban estaban al día.

Después de lavarme los dientes, agarré una toalla y me sequé la cara antes de salir de la habitación. Me puse un polo negro de camino al pasillo, pero antes de que pudiera bajar a desayunar, oí la voz de mi padre llamándome. En teoría, Otto debía ser mi consejero, pero aunque mi padre me había cedido el control de la mafia, seguía estando ahí para guiar mis pasos.

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo está Manuela?

—Durmiendo, supongo.

—¿Supones? —Alzó una de sus rubias cejas, que ya se acercaba al blanco—. ¿No lo has comprobado?

—La dejé ayer en una de las habitaciones de invitados. Hoy es día de recepción, así que puedes pedirle a Fernanda que vaya a ver a la italiana.

—¿No la llevaste a tu cama?

Me reí ante la pregunta de mi padre.

—¿Por qué?

—Es tu mujer.

—Podría equivocarme, pero no creo que esté interesada en acostarse, y mucho menos en tener sexo conmigo.

Tragó saliva.

—Tienes que arreglar esta situación.

—¿Cómo? Hice lo que querían de mí, me casé con una Bellucci. Le daré todo el dinero que quiera si se comporta, y eso es todo.

—¿Solo eso?

—Sí, papá. Eso es todo. —Le di una palmada en el hombro—. Ahora déjame ir porque tengo trabajo que hacer. Ve a llamar al tío Logan para jugar al golf o lleva a Fernanda a dar un paseo por Central Park.

—Que tengas un buen día, hijo.

—Tú también.

No conocía a la chica, ni siquiera habíamos hablado. No esperaba que nos convirtiéramos en pareja como mi padre y Fernanda. Siempre fue y sería un matrimonio de conveniencia. Ella me aportaría el anillo y el estatus de su familia, yo le daría protección y toda la fortuna digna de una reina.

Si Manuela estuviera tranquila y fuera obediente, no tendría que preocuparme de nada más y seguiría con mi vida exactamente igual que antes.

Llamé a la puerta de la habitación de mi hermano.

—Levántate, tenemos trabajo que hacer.

En cuanto le oí refunfuñar al otro lado, bajé a desayunar. Me comí el panqueque de un bocado y me tomé un buen vaso de café que me mantendría alerta durante todo el día.



Manuela

Capítulo doce

Me desperté cuando los rayos del sol tocaron la cama donde estaba acostada. El cansancio me había bastado para pasar una noche sin sueños ni pesadillas. Quizá estaba en una y no había conseguido despertarme.

Me senté en la cama y me abracé las piernas, tenía los hombros agarrotados y notaba cómo se me tensaban con el movimiento. Esperaba que un poco de ejercicio bastara para deshacerme de toda aquella tensión.

Me levanté, me cambié y fui al baño, me eché agua en la cara y me lavé los dientes. Había dormido razonablemente bien, a pesar de todo, pero seguía sintiéndome cansada.

De vuelta a mi habitación, fui al bolso y saqué el móvil para enviar un mensaje a alguien de mi familia, pero no había cobertura. Desde luego, mi número italiano no funcionaba en Estados Unidos. Tendría que conseguir otra tarjeta SIM si quería comunicarme con mi casa.

Miré hacia la puerta y consideré la posibilidad de salir y preguntarle a alguien, pero el estómago se me revolvió en el mismo instante. ¿Cómo sería si lo encontrara?

Estaba casada con un hombre, pero su presencia era como un campo de minas. Tenía que tener cuidado y saber cómo actuar, y lo peor era que no tenía ni idea. Steven ni siquiera me hablaba, y mucho menos se molestaba en tocarme. Esperaba una situación, pero me encontré con todo lo contrario.

Finalmente, recordé lo que había dicho mi madre: yo no era una chica miedosa. La sangre Bellucci corría por mis venas y eso debería bastarme para afrontar aquel desafío. No podía dejar que me tratara así y fingir que no me molestaba.

Salí de la habitación y moví la cabeza de un lado a otro, mirando por el pasillo vacío

hasta que alguien subió las escaleras y me miró directamente. Era una adolescente de la edad de mi prima Nina. La chica alternaba su mirada entre mí y mi teléfono móvil, que no había soltado.

—Hola —saludó.

—Hola. —Sonreí sin moverme.

—¿Necesitas la contraseña de internet? —Señaló mi teléfono móvil.

Afirmé con la cabeza. Solucionaría las cosas para que al menos pudiera usar las aplicaciones de mi teléfono.

—Es Lansky al revés seguido de una arroba y un asterisco.

—Gracias. —Agaché la cabeza para teclear en el móvil. En cuanto el teléfono encontró la señal wifi, empezó a vibrar salvajemente con los mensajes que empezaban a llegar.

—De nada. —Se encogió de hombros.

—¿Cómo te llamas?

—Diana.

—Encantada de conocerte, Diana. —Le tendí la mano—. Soy Manuela.

—La mujer que se casó con mi primo. Todo el mundo lo sabe.

Fruncí el ceño ante su comentario y le dediqué una sonrisa forzada.

Me rugió el estómago y la chica siguió riéndose de mí.

—No has desayunado, ¿verdad?

Me limité a negar con la cabeza.

—Te mostraré dónde está el comedor.

—Gracias.

Seguí a Diana escaleras abajo y luego entramos en un pasillo que conducía a la mesa preparada para el desayuno. Había comida suficiente para alimentar a todo un ejército, igual que en mi casa. Sin embargo, había una diferencia: la familia no estaba reunida para comer. Por muchos platos que hubieran volcado, no había rastro de nadie.

—¿Has comido ya? —le pregunté a Diana.

—No.

—¿Quiere sentarse a comer conmigo? —Le indiqué una silla.

—¡Claro que sí!

—¿Y todos viven aquí?

—Mis padres tienen un piso, pero pasamos la mayor parte del tiempo aquí. Sobre todo cuando están de viaje y los soldados nos vigilan.

—También pasaba eso en mi casa.

—Te entiendo.

—Disculpa... —Saqué el móvil y miré todos los mensajes que había recibido—. ¿Te molesta si leo mis mensajes?

—¡Ah, adelante! —Se encogió de hombros y tomó una uva del plato.

Había varios mensajes, pero di prioridad a los de mi madre antes de contestar a los de mis hermanos y mi prima Nina.

Mamá:

Cariño, ¿cómo estás? ¿Estás bien luego de tu viaje?

Estoy preocupada.

Manuela:

Estoy bien, mamá.

Mamá:

Vaya, me alegro tanto de que hayas contestado. Estaba tan angustiada que iba a llamar para ver cómo estabas.

Manuela:

Mi móvil no tiene señal aquí, así que tendré que conseguir una nueva tarjeta SIM. Te avisaré en cuanto consiga un número local.

Mamá:

¡Genial! Pídele a Steven que te compre una nueva tarjeta SIM.

Manuela:

Lo haré.

Mamá:

¿Qué tal la velada?

Tragué saliva y pensé en cómo respondería a la pregunta de mi madre. No quería mentirle, pero al mismo tiempo pensé que sería mejor que no dijera nada, aunque el matrimonio que tanto deseaba mi familia parecía estar al borde de la catástrofe.

Manuela:

Estuvo bien . 😊

No era una gran mentira, la cama en la que había dormido era cómoda y pude descansar del ajetreo del día anterior.

Mamá:

¿Fue amable?

Manuela:

Sí.

Considerando el hecho de que Steven no había hecho nada, ni siquiera me había tocado.

Podría ser el mayor acto de bondad que esperaba de mi marido.

Me parecía imposible no pensar en lo que había sido para mi madre y para tantas otras mujeres que habían pasado por una situación así.

Mamá:

Estoy aquí para ti.

Manuela:

Gracias. Mándale un beso a papá y a mis hermanos de mi parte.

Mamá:

Lo haré y les diré que estás bien.

Manuela:

¡Te quiero, mamá!

Mamá:

Yo también te quiero, Manu.

—¿Va todo bien en casa? —Diana apartó su rebanada de pan tostado para volver a hablar conmigo cuando me guardé el móvil en el bolsillo.

—Eso parece.

—¡Qué bien!

—¿Sabes si hay un gimnasio en la casa?

—¿De pesas? —Frunció el ceño, sorprendida por mi pregunta.

Afirmé con la cabeza.

—Lo hay, pero suelen ser los hombres los que lo usan, yo solo he pasado por la puerta unas cuantas veces.

—¿Qué haces para pasar el tiempo?

—Me gusta bailar. Hay videojuegos muy buenos. Cuando no estoy estudiando, paso mucho tiempo con mis amigos y bailo.

—¡Genial! ¿Tienes amigos?

—Sarah y Kimberly.

—Debe ser bueno.

—La mayor parte del tiempo. —Se ríe—. Otras veces creo que solo quieren volverme loca.

—Debe ser parte de ello.

—¿No tienes amigos?

—Vivía con mis primos. Uno debe tener más o menos tu edad.

—¿No fuiste a la escuela o a la universidad?

—Yo recibía clases en casa, mi familia siempre pensó que era demasiado arriesgado exponernos así. Tenemos muchos enemigos.

—Dios sabe que odio a los guardias de seguridad vigilándome todo el tiempo, pero al menos puedo ir a la escuela.

—Qué suerte tienes. —Recogí algunas fresas.

—Quizá si hablas con él amablemente, Steven te deje ir a la universidad o algo así.

—No parece el tipo de persona con la que hablar amablemente.

—Steven era menos idiota antes de convertirse en jefe.

Me reí al ver cómo torcía los labios y hablaba con desprecio.

—Creo que la mafia le hace eso a la gente.

—Menos mal que no tenemos que meternos en el negocio familiar —celebró mientras seguía comiendo.

—Es cierto... —vacilé.

No estaba tan segura de poder celebrarlo. El hecho de que estuviera allí casada con el jefe americano ya era suficiente implicación. Me habían puesto en una situación delicada, simplemente no me habían dejado participar en la acción.



Steven

Capítulo trece

Me coloqué detrás de mi hermano, con los brazos cruzados y una mirada analítica mientras él pasaba los billetes entregados por un dispositivo de conteo. En cuanto el mecanismo se detuvo, River movió la cabeza y me miró, y luego al jefe de la banda, de pie frente a nosotros.

—Aquí faltan mil dólares.

—Cuenta de nuevo, tu cachivache debe estar roto.

—¿Te atreves a decir que mi hermano no sabe hacer su trabajo? —Levanté la vista mientras imponía mi voz en el ambiente, haciendo que resonara por todo el viejo galpón.

—Eso es lo que pasa cuando pones a niños a cargo del trabajo de hombres.

—¿Niños? —Di un paso hacia el hombre y bajé los brazos, pero él no fue lo bastante prudente como para retroceder.

—No soy el único que piensa que no era hora de que tu padre se jubilara.

Le agarré por el cuello de la camisa y le levanté en el aire. Su valentía se disolvió por completo cuando su expresión me reveló que se había dado cuenta de que había cometido un error.

—¿Te atreves a pensar que no soy capaz de hacer mi trabajo?

—No... No... No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Tu hermano, que todavía es un niño.

—¿Y crees que puedes usar eso como excusa para sacar lo mejor de nosotros? Tomarme el pelo no es la mejor alternativa, idiota. ¿Dónde está el resto del dinero?

—Cuentalo...

Lo bajé del suelo y le di un puñetazo en la cara antes de que pudiera terminar la frase. Sabía muy bien que la máquina había contado el dinero correcto.

—Te lo preguntaré una vez más, ¿dónde está el resto?

—Nosotros no... —Tragó saliva, masajeándose la nariz que mi puñetazo podría haberle roto.

—¿Creíste que podrías sacar lo mejor de mí culpando a mi hermano?

—Si me das dos días más...

—¿Por qué no puedes conseguir el dinero en el tiempo que te he dado? —Apreté los dientes y él abrió aún más los ojos.

No había nada más importante en la mafia que ser temido y yo creía que estaba cumpliendo muy bien ese papel.

—Sólo dos días más, jefe, por favor...

—River, dame esos alicates. —Indiqué el objeto en un mueble detrás de nosotros.

—¿La de cortar candados?

—Así es.

Mi hermano se levantó de la silla y se acercó al mueble, entregándome después la herramienta. Avancé ágilmente y agarré la mano del hombre antes de que pudiera esquivarla. Acerqué el objeto a su dedo índice derecho y lo aplasté sin piedad.

El tipo empezó a gritar cuando su dedo tocó el suelo y le devolví los alicates a River, que se reía de lo que acababa de hacer.

La sangre salpicó mi camisa y mi mano, pero no me molesté, seguí mirando al hombre con una expresión seria que no debía ser desafiada. Pateé con el dedo cerca de su pie antes de volver a hablar.

—Quizás si llegas a un hospital puedan cosértelo de nuevo, pero si no traes el doble de dinero para mañana me aseguraré de perder algo más que unos dedos. ¿Puedes entenderlo?

Lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza.

—Ahora sal de mi vista.

El tipo se agachó, le agarró el dedo y salió corriendo en compañía de su banda. Si no me había explicado con suficiente claridad, pronto me demostraría que desafiarme era la peor opción posible.

—La próxima vez puedo cortar yo. —River vibró a mi lado.

—Creo que tu madre me matará si se entera de que te permitiría hacer eso.

—Ni siquiera necesita saberlo. —Se encogió de hombros.

Moví la cabeza negativamente, pero acabé riéndome.

—Vámonos. Necesito una ducha.

Mi hermano estuvo de acuerdo y agarramos el dinero recaudado para volver a casa.



Manuela

Capítulo catorce

Aunque yo era mucho mayor que Diana, fue un placer conocerla. Si no hubiera tenido a alguien con quien hablar, probablemente me habría asustado en mi primer día en aquella casa. Estaba acostumbrada a los espacios de la mansión Bellucci, a cada detalle, incluidos los sirvientes, pero allí todo era completamente nuevo.

—Ese programa es una estupidez —refunfuñó Diana mirando la televisión.

No estaba prestando atención, así que solo solté un gruñido.

Me había pasado el día con el móvil, entre mensajes con mi familia y alguna conversación al azar con Diana. Aún no había visto a Steven, pero mis ojos se fijaron directamente en él cuando entró seguido de su hermano.

—Quiero ver a los idiotas intentar aprovecharse de nosotros. —Podía oír lo que decía el más joven, pero no le estaba prestando atención.

Mi atención se centró por completo en mi marido. Llevaba unos jeans y una camisa gris, aunque eran más oscuros, podía ver la sangre que los había salpicado, ya que también le había manchado la mano y el mentón. Aunque admitir que había herido a alguien me hizo tragar saliva, no era la primera vez que veía a alguien cercano en ese estado y no sería la última.

—¡Hola, chicos! —Diana saludó a sus primos como si no se hubiera sobresaltado.

—Hola, Diana. —Steven la miró, pero acabó mirándome a mí también.

Sus ojos azules se clavaron en los míos durante unos segundos, pero no dijo nada. No esperaba que me hiciera declaraciones de amor, no estábamos enamorados, pero el hecho de que no me hablara, como si yo fuera demasiado insignificante, me enfureció.

Yo era una Bellucci, mi familia gobernaba Italia y quizá debería recordárselo a él y a mí misma.

—Hola, Steven —impuse mi tono de voz.

—¡Hola!

—¿Estás herido?

—No deberías preocuparte por eso.

—Quién sabe si desearé que mueras la próxima vez, entonces —dije con voz desafiante. Si no quería que lo apoyara, quizá lo que se merecía era ir en su contra.

—¡Dios mío! —exclamó River estupefacto ante mi comentario, que ni él ni su hermano se habían esperado.

—Haz lo que quieras. —Steven me ignoró y subió las escaleras.

Apreté los dientes y los puños, enfadándome aún más. La presión sobre mis manos era tan intensa que notaba cómo las uñas se me clavaban en las palmas.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Diana cuando los hombres se perdieron de vista.

—Estoy bien. —Levanté la cabeza porque no quería que pensara que me había sacudido.

—Si intentan matarse, avísame para que pueda escapar. —Se rió, pero quizá había mucha más verdad en sus palabras.

Estábamos casados, pero a años luz de ser íntimos y mi intento de al menos fingir que me importaba no fue bien recibido. Puede que estuviera honrando a mi familia, pero ese matrimonio tenía cada vez más probabilidades de arrastrarme hacia el abismo.



Steven

Capítulo quince

Subí a mi habitación y mi hermano vino detrás de mí, sin detenerse hasta que me enfrenté a él.

—¿Qué pasa, River?

—Te pregunto, ¿qué fue todo eso?

—Aparentemente es tan molesta como el resto de los italianos.

—Pero es tu mujer.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—Pensé que al menos se llevarían bien.

—No tienes que pensar nada, hermanito.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

—Mantenerla en la casa como un problema manejable.

—¿Como un problema?

—Sí, ¿alguna objeción?

—Bueno, es tu vida. —Se lavó las manos como si prefiriera no discutir conmigo por ello.

Quizás yo estaba dirigiendo mi ira contra los Bellucci hacia Manuela, pero no tenía ninguna intención de que aquel matrimonio funcionara. Toleraría su presencia y nada más.

—Voy a darme una ducha. —Sujeté la puerta de mi habitación y miré seriamente a mi hermano, dándole a entender que el asunto había terminado de una vez por todas.

—Yo también voy a hacerlo.

Di un portazo y dejé a River fuera, en el pasillo.

Sólo salía de la habitación cuando tenía hambre. Bajé con la esperanza de que la cena ya estuviera servida y, para mi sorpresa, todos estaban reunidos alrededor de la mesa. Incluyendo al tío Logan y a la tía Lauren.

Mi mirada se desplazó a lo largo de la mesa hasta chocar con la de Manuela. Sentí chispas y repulsión, como si fuéramos los polos de un mismo imán. Quizás yo no era la única persona imponente y dura en aquel matrimonio. El problema era que si Manuela intentaba imponerse a mí, solo atraería malas consecuencias para ella.

Antes de que una tormenta azotara la sala, dejé de mirarla y empecé a hablar con mi tío.

—No sabía que iban a regresar de viaje hoy.

—Regresamos hace una hora. —Clavó el tenedor en una salchicha de su plato.

—Hemos venido a recoger a Diana y ver si todo estaba bien con ustedes —añadió la tía Lauren.

—Perfectamente. —Volví a cruzar miradas con Manuela y ambos apartamos la vista en el mismo momento.

—¡Genial!

—Deberían haber pasado más tiempo en Italia —dijo Diana a sus padres.

—Te he echado de menos, monita —bromeó la tía Lauren.

—¡Mamá!

—¿Vas a decir que no nos extrañaste?

—Iba a sobrevivir sin ustedes. —Mi prima hizo puchero, lo que provocó la risa de todos.

—Felicidades por la boda —dijo la tía Lauren.

—Gracias, gracias. —Sólo contestó Manuela, apretando los dientes cuando me quedé mudo.

Al darse cuenta del estado de ánimo, mi tía trató inmediatamente de cambiar de tema.

—Me encantó visitar el Coliseo. Ya había estado en Roma varias veces, pero era la primera vez que podía entrar.

—Mi ciudad tiene lugares increíbles. —Manuela tenía una emoción en los ojos que me molestó.

—Tu ciudad es ahora Nueva York —impuse.

—Mi ciudad siempre será Roma. —Me miró como si rechazara mi autoridad. Si estaba dispuesta a jugar con fuego, iba a quemarse.

Puse las manos sobre la mesa, pero antes de que pudiera abrir la boca, mi madrastra fue más rápida.

—¿Dónde está la tostada? —terminó el pleito antes de que mi discusión con Manuela

fuera más allá de miradas enfadadas.

—Esperemos a la sirvienta —dijo la tía Lauren.

—Manuela, ¿por qué no vienes a buscarlas conmigo? —Fernanda se levantó y se llevó a mi mujer fuera de la habitación con ella.

Mi padre me miró y movió la cabeza negativamente, como si desaprobara mi actitud. Lo ignoré y volví a comer.

Pronto Fernanda regresó con Manuela, llevando la cesta, y volvieron a sentarse a la mesa.

Después de cenar, subimos a nuestras habitaciones, mi mujer y yo volvimos a tropezarnos en el pasillo, pero antes de que pudiera decir nada, para provocarla o no, Manuela me cerró la puerta en las narices.

Resoplando, di un paso hacia el picaporte, pero la voz de mi padre me detuvo.

—Yo no haría eso si fuera tú.

—¡Tiene que respetarme!

—No controlas un matrimonio como controlas a la mafia.

—Si cree que puede enfrentarse a mí, se equivoca. —Estaba resoplando como un toro.

—Ella no es tu subordinada, hijo. Tiene que ser tu aliada.

—No creo que sea posible. —Pasé junto a mi padre y fui a mi habitación.

Pensé que iba a venir por mí para seguir con el tema, pero me dejó en paz.

Creía que podría librarme del problema aceptando casarme con ella, pero podría haberme traído un problema aún mayor.



Manuela

Capítulo dieciséis

Si él creía que iba a mandarme y tratarme como quisiera sin que yo hiciera nada, estaba muy equivocado. Tenía que casarme con él porque era lo que mi familia esperaba de mí, pero no iba a dejar que me convirtiera en una alfombra que pisotear.

Me fui a la cama enfadada, pero me desperté aún más decidida. Iba a hacerle recordar y cumplir la séptima regla. Era su mujer y tenía que respetarme. Puede que Steven no fuera italiano, pero yo sí lo era y exigiría que me tratara como tal.

Podría haber seguido llorando, las lágrimas seguían acumulándose en mi garganta, pero me lo tomé como una misión. Si no podía huir de la boda, iba a enfrentarme a ella.

Me levanté por la mañana y bajé a comer, pues ya conocía el camino.

—¡Buenos días, Manuela! —Fernanda me recibió con una sonrisa.

—Buenos días. —Acerqué una silla y me acomodé.

—¿Dormiste bien?

—Sí.

—Si necesitas algo, dímelo.

—En realidad, hay algo. Mi número italiano no funciona aquí, necesitaré otro.

—Lo solucionaré para ti. También te conseguiré una tarjeta para que puedas comprar cosas por internet.

—¡Sería genial! —Saqué un plato y empecé a servirme—. Muchas gracias.

—Steven, ¿por qué no llevas a Manuela a Time Square?

Estaba distraída y no lo vi acercarse, pero en cuanto oí su nombre, giré la cabeza y vi entrar en la habitación al hombre al que debía llamar marido. Llevaba una chaqueta de cuero y unos jeans oscuros, y bajó los ojos para mirarme fijamente. Resoplé y me di cuenta de que él hacía lo mismo, parecíamos dos perros gruñéndose.

—Tengo una cita esta noche. —Sacudió la cabeza para dejar de mirarme.

—¿Toda la noche? —insistió Fernanda.

—Sí, toda la noche. —Su tono dejó claro que no necesitaba ser muy astuta para entender a qué se refería.

Si creía que iba a permitirle que me hiciera eso, se equivocaba.

—¿Otro día, entonces? —Fernanda seguía intentando aliviar la tensión entre los dos.

—Tal vez. —Tomó un panecillo y se lo metió en la boca, indicándole a su madrastra que no quería hablar más del tema.

Fernanda intentaba contener a su hijastro, pero fracasaba estrepitosamente. No entendía por qué, pero con cada acto, parecía que Steven quería que lo odiara.

—Hermano, ¿nos vamos? —River apareció en la puerta llamándolo.

—Estoy terminando de comer.

—Tenemos que ocuparnos de ese asunto.

—Seguro que tendrá nuestro dinero, no querrá quedarse sin el resto de sus dedos.

—Te espero en el coche. —River tomó una manzana.

—Tómate bien el café, hijo mío. —Fernanda regañó al menor.

—No tengo hambre, mamá.

—¡River!

—Sólo un vaso de leche. —Se sentó a la mesa, obedeciendo su mirada furiosa.

—Come bien.

—¡Mamá!

No era mi intención, pero volví a mirar a Steven y él me devolvió la mirada. Nos quedamos así hasta que se levantó y le dio una palmada en el hombro a su hermano.

En cuanto se perdieron de vista, me volví hacia Fernanda.

—¿Adónde van?

—A resolver asuntos de la mafia.

—¿Todo el día?

—Cariño, no tienes que preocuparte por eso.

—No voy a quedarme encerrada en esta casa mientras él me trata como a una idiota. —Apreté los dientes.

—No quiero que te hagan daño, Manuela.

—Puedo cuidar de mí mismo.

Mis palabras la hicieron sonreír.

—¿Sabes disparar?

Sacudí la cabeza, asintiendo.



Steven

Capítulo diecisiete

No fui a casa a ducharme, lo hice en uno de nuestros hoteles y fui a un famoso club nocturno de Manhattan. El lugar atraía a muchas de las personas más ilustres y adineradas de Nueva York, pero también tenía su lado oscuro: llevábamos años vendiendo drogas allí.

Decirle a mi madrastra que tenía una cita solo había sido una provocación, pero se convirtió en verdad cuando una persona que me llamó me dijo que había visto que vendían píldoras de Marte en la tienda. Mi caza de ratas no había tenido el efecto esperado y esa mierda seguía extendiéndose por las calles de mi ciudad.

Cuando descubriera quién era el verdadero responsable, me aseguraría de que se tomara su tiempo para morir, pero el muy cabrón era lo bastante listo como para esconderse detrás de muchos peones.

Entré en el club oyendo los ritmos de la música que resonaban en mi cabeza. La presión aumentó cuando entré en la sala. Mi hermano y mi primo estaban conmigo, así como varios hombres para garantizar nuestra protección. Esta vez no caminé por delante para evitar que me sorprendieran con otro disparo.

—Estate atento por si venden algo.

—Ah, estoy viendo muchas cosas interesantes. —Mi hermano soltó una risita cuando vio a una bailarina semidesnuda en una barra de polidanza encima de uno de los mostradores.

—Tenemos una misión —le recordé.

—Puedo hacerles algunas preguntas y averiguar si saben algo.

—Va a ser difícil que hablen si tienen tu verga en la boca —se burló Otto.

—Un mero detalle, primo.

Ambos estallaron en carcajadas mientras mis ojos seguían recorriendo el lugar. Vi a algunas personas comprando droga, pero los traficantes eran conocidos, gente que nos compraba a nosotros y les permitíamos seguir en la calle.

—Hola —me di la vuelta cuando sentí unas manos delicadas trepando por la solapa de mi chaqueta.

Era una mujer pelirroja que se apretujaba en un vestido negro de tirantes cuya falda, de tan pequeña, dejaba medio trasero al aire. Mentiría si dijera que no me gustaba. Tras el anuncio de mi compromiso y la fatídica boda, hacía tiempo que no tenía relaciones sexuales y mi erección palpitaba dentro del pantalón.

Tenía una misión que cumplir, pero tal vez podría hacer algunas preguntas como había sugerido mi hermano.

—Creo que te conozco —susurró la mujer.

—Puede que sí.

Estaba a punto de ponerle la mano en el trasero, pero antes de que pudiera, sentí una fuerte bofetada que me apartó. No podía predecir quién se atrevería a hacer eso hasta que la vi.

—¡Estás casado!

—Manuela…

La vi resoplando, con el pelo negro suelto y un vestido brillante como si estuviera vestida para una fiesta.

—¿Qué haces aquí? —Me enfureció notar tu presencia.

—Deberías hacerte la misma pregunta.

—No sé cómo has llegado hasta aquí, pero ahora tienes que irte a casa.

—Si crees que voy a dejarte aquí para que disfrutes mientras me encierras en esa casa, te equivocas.

—Sí que puedo.

—No, no puedes. —Se echó el pelo hacia atrás con confianza y todo el mundo se nos quedó mirando, contemplando el espectáculo que yo no quería darles.

—Ve a casa, Manuela.

—Si tú vas a quedarte aquí, yo también. —Se apartó de mí y siguió dándose la vuelta, lo justo para atraer la atención hacia su trasero. Me encantaba ver vestidos de ese tamaño en otras mujeres, pero odiaba notarlo en mi mujer.

Manuela paró a un tipo, le dio un golpecito en el hombro y el tipo se volvió hacia ella, dedicándole una enorme sonrisa al verla.

—¡Hola!

—¿Bailamos? —Ella echó los brazos por encima del hombro del chico y él le rodeó la cintura con los suyos, pero antes de que pudiera tocarle el trasero, le empujé, haciéndole tambalearse hacia atrás, y me agarré al cuello de Manuela, girándola para que me mirara.

Sus ojos oscuros se abrieron de par en par cuando mi mujer se estremeció bajo la presión de mis dedos.

—No me tomes el pelo… —le dije, sin dejar de apretarle la nuca con los dedos, pero ella no parecía amenazada.

—¿O qué?

—No estás preparado para lo que puedo hacer.

Manuela estaba jugando con el peligro y no tenía ni idea de los riesgos ni de las consecuencias que podía atraerse.

—Quizá estoy dudando demasiado de mí mismo.

Seguí mirándola fijamente, esperando que mi mirada la hiciera bajar la cresta y la hiciera entrar en razón, pero lo único que hizo Manuela fue devolverme la mirada, descaradamente. Debería haberme tenido miedo, pero no lo demostró con la mirada.

Se me secó la boca y me vi incapaz de reaccionar. Había decenas de personas a mi alrededor, pero era como si no viera a nadie más.

—Eres mi mujer —le recordé mi autoridad.

—¡Entonces respétame!

Ella no se inmutó, no retrocedió, y eso me sacó de mis casillas. No pensaba con claridad cuando me di cuenta de que mi boca la había silenciado. Dejé de presionar su nuca y apreté sus labios, invadiendo su boca con mi lengua en un esfuerzo por recuperar el control de la situación. Chilló, pero no dejé que se apartara, la rodeé con mis brazos e hice que chocara contra mi pecho con la fuerza con la que la atraía hacia mí. Si ella quería que la tocara, eso fue exactamente lo que hice. Mis manos fueron directas a su trasero y lo apreté, descubriendo lo terriblemente fino que era el vestido.

Mi verga se puso aún más dura al descubrir que su boca sabía mucho mejor de lo que

había previsto. Sin controlarme, exploré cada rincón de su boca con la lengua. Quería dejarla sin aliento, sin habla y sin respuesta, pero estaba teniendo el mismo efecto en mí.

Mordisqueé su labio inferior para recuperar el aliento mientras presionaba su culo con más fuerza y frotaba su clítoris contra mi duro miembro. Manuela no era mucho más baja que yo, lo que me permitía presionar exactamente donde quería. Estaba a punto de volver a meterle la lengua en la boca, pero antes de que pudiera, me sorprendió otra bofetada en la cara que me agarró desprevenido.

—¡No te dejé hacer eso! —Me gruñó.

—No deberías haberme provocado.

Todavía me palpitaba la cara por la bofetada, Manuela era más fuerte de lo que había previsto, pero dado el momento, ese era el último efecto que había tenido sobre mí que me preocupaba.

Me miró fijamente mientras jadeaba y me gustó cómo le había robado el aliento.

La gente seguía mirándome y yo no les hacía caso hasta que Manuela me empujó el pecho y salió corriendo.

Me quedé allí, viéndola desaparecer entre la multitud.

—¿Quieres que vaya tras ella? —Al escuchar a mi hermano, me di cuenta de que lo había estado observando todo.

—Averigua cómo ha llegado Manuela y asegúrate de que vuelva a casa entera. No quiero que nadie le ponga las manos encima.

—Sin problemas. —River siguió el rastro de mi esposa.

—Solo tus manos, imagino. —Mi primo soltó una risita.

—¡Cállate, Otto! —gruñí, haciendo que se arrepintiera de cualquier comentario.

—Creo que será mejor que nos vayamos, Steven, ya hemos llamado demasiado la atención.

Sacudí la cabeza, dándole la razón a mi primo. Manuela había echado a perder mi misión y mi juicio.



Manuela

Capítulo dieciocho

Subí al coche con piernas temblorosas, sin aliento y completamente sedienta. Ningún ejercicio físico que hubiera hecho en mi vida había vertido tanta adrenalina en mi torrente sanguíneo y provocado todos esos efectos.

—¿Te encuentras bien? —Fernanda bajó la ventanilla y me preguntó desde dentro del coche.

Me limité a asentir.

—¿Has encontrado a Steven?

—¿Tienes agua ahí?

—¿Agua? —Fernanda frunció el ceño, sorprendida por mi petición.

—Sí, tengo sed.

—Tenemos que volver allí y comprar para ti. —Me indicó la entrada de la discoteca, pero negué con la cabeza.

—¿Podemos irnos?

—Sube al coche. —Me indicó el asiento del copiloto, esperando a que me subiera—. ¿Has visto a Steven?

Apreté los dientes al recordar lo que había pasado. Todavía tenía el corazón acelerado, me temblaban las piernas y no podía con todos los efectos.

—¡Es un idiota, un troglodita, un imbécil!

—¿Qué ha pasado?

—Me besó.

Fernanda se echó a reír. Se puso la mano en el estómago y empezó a retorcerse como si hubiera oído el chiste del siglo, lo que me enfureció aún más.

—No tiene gracia. —Hice puchero, inflando el pecho.

—Lo siento. —Fernanda se recompuso.

—¿Puedes llevarme de vuelta?

—Por supuesto.

Tocó la llave del coche, pero antes de que pudiera arrancarlo, me sorprendió alguien dando golpecitos en la ventanilla.

—¡Te encontré!

Me di la vuelta y vi a River apoyado, mirándonos fijamente.

—¿Mamá? —Se sorprendió al darse cuenta de quién me había llevado allí.

Fernanda bajó la ventanilla para que pudiéramos hablar directamente.

—Hola, hijo. —Sonrió a River como si no tuviera ningún problema con que estuviéramos allí.

—¿Trajiste a Manuela?

—Tu cuñada quería dar un paseo.

—Steven está muy enojado.

—Tu hermano es lo suficientemente mayor como para manejar algunos desacuerdos. ¿Quieres que te lleve a casa?

—¿Vas a cuidar de Manuela? —River me miró y luego volvió a mirar a mamá.

—Por supuesto.

—Entonces volveré a ver si Steven me necesita.

—No te quedes hasta tarde y ten cuidado.

—¡Mamá, basta!

—Buenas noches, cariño. —Fernanda saludó a su hijo y aceleró el coche, haciendo que River saliera del vehículo mientras nos alejábamos.

Miré a Fernanda y ella me devolvió la mirada. Pensé que iba a hacer muchas preguntas, pero se limitó a una sola.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que sí.

Ella asintió y se centró en la dirección, llevándome de vuelta a la casa de los Lansky. Todavía estaba asimilando lo que había sucedido, una mezcla muy intensa de ira y perversión. Quería a Steven lejos de mí tanto como lo quería cerca.



Steven

Capítulo diecinueve

Mi hermano me había dicho que había sido su madre quien había llevado a mi mujer a la discoteca. Por muy enfadado que estuviera, no me sorprendió. Fernanda estaba acostumbrada a poner a prueba los límites, no solo los de mi padre. Quería a mi madrastra, sobre todo porque había sido mi madre, ya que yo había perdido a la mía muy pronto. Sin embargo, en aquel momento estaba furioso con ella. No había nada más estúpido que llevar a Manuela al lugar donde yo estaba. Había perdido la cabeza y por poco la situación no empeoró aún más.

No me quedé allí mucho más tiempo, todo el mundo seguía mirándome y comentando lo que había pasado. Con mi rabia inflada, podía provocar accidentes letales si alguien se atrevía a hacer un comentario malicioso. Sin embargo, esa noche tampoco me fui a casa.

No recuerdo exactamente cómo acabé en un viejo gimnasio de boxeo de Brooklyn, pero cuando me desperté, estaba apoyado en una máquina de pesas.

—El poderoso jefe de Nueva York perdió el camino a casa, ¿verdad?

Moví la cabeza, todavía un poco somnoliento, y me di cuenta de que Philip, el dueño del local, me hablaba. Era un señor de unos sesenta años y llevaba vendiendo droga en la zona desde que mi padre se hizo cargo de la mafia.

Me topaba con él durante las colectas, pero más que un simple traficante, se había convertido en un viejo sabio que a veces intervenía en mi vida, sobre todo cuando me prestaba a entrenar allí o a ver alguno de los campeonatos.

—Quería dormir en un sitio diferente esta noche.

—Seguro que hay lugares más cómodos que éste.

—Probablemente, pero en ninguno de ellos puedo despertarme e ir a hacer ejercicio. —Esbocé una sonrisa sin ganas mientras me frotaba los ojos.

—Seguro que los hay, incluso en tu propia casa. —Se movió por la sala y se dirigió a un baúl desgastado, sacó un par de guantes de boxeo y me los lanzó.

—No quería tener que pelearme con mi madrastra y que mi padre se enfadara conmigo.

—Pensé que te caía bien.

—Me cae bien.

—¿Entonces, cuál es el problema?

—Larga historia. —Me encogí de hombros mientras empezaba a moverlos para calentarlos.

—Ponte los guantes.

—No sé si quiero entrenar ahora.

—Si no hubieras querido, no habrías venido aquí.

Me atrapó y me hizo tragar saliva.

—Sí, supongo que tienes razón. —Me puse los que tenía y Philip hizo lo mismo, mostrándome el camino al ring.

—¿Te ha pasado algo?

—Siempre pasa algo. —Salté a un lado para esquivar una cruz que me lanzó.

—Esta vez parece diferente.

—¿Has visto a mis hombres? —Cambié completamente de tema, porque no quería responder a esa pregunta.

—Están fuera.

—Pensé que me habían abandonado. —Me reí.

—No creo que estén tan locos como para hacer eso.

Moví la cabeza de un lado a otro, crujiéndome el cuello, y salté hacia atrás unas cuantas veces para calentar el cuerpo, que aún estaba somnoliento. Me entrenaba a menudo, no solo en boxeo, sino también en otras artes marciales para mantenerme en forma y prepararme para cualquier desafío. No solían ser pocos en una posición como la mía.

Jab, recto y cruzado, moví mi cuerpo de un lado a otro, esquivando cada uno de los golpes de Philip. Puede que fuera viejo, pero aún tenía buena pegada y podía atacar con agilidad.

—¡Vamos, muchacho!

—¡No soy un niño! —Me abalancé sobre él y le golpeé en la cabeza, haciéndole tambalearse hacia atrás.

—Te estás desempeñando bien.

—Eso es lo que mi padre espera de mí.

—Quizá espera mucho menos de ti de lo que tú esperas de ti mismo.

—Soy el jefe.

—Todos lo sabemos. Eso no es lo que te preocupa, ¿verdad?

—Me vuelve loco. —Lancé otro golpe y esta vez Philip lo esquivó fácilmente.

—¿Ella? —Frunció el ceño, encontrando extrañas mis palabras—. ¿Tu madrastra?

—No, mi mujer.

—Oh, te casaste. Con una italiana, ¿verdad? He oído que es muy hermosa.

Hermosa... La palabra resonó en mi cabeza y me recordó a ella con aquel diminuto vestido en la discoteca. Manuela era aún más hermosa de lo que debería, y esa apariencia podía meterme en más problemas.

—No quiero hablar de ello.

—¿Pero es eso lo que te preocupa?

—¿Eres boxeador o terapeuta?

—A veces un poco de ambas cosas.

—Descarto tu consulta. —Le golpeé en la cara, haciéndolo callar.

—Como quieras.

—¡Mejor así!

—Sube la guardia o te golpearán.

Recibí un gancho que me mareó ligeramente.

—Me agarraste desprevenido.

Respondí a sus golpes, empecé a lanzar los míos, que Philip bloqueó, hasta que conseguí meter unos cuantos y darle hasta que cayó indefenso a la lona, golpeando su guante contra el suelo para detener nuestra pelea.

Jadeaba mientras el sudor me caía por la cara. Deseaba que todo en mi vida pudiera resolverse con la fuerza de mis puños.



Manuela

Capítulo veinte

Cuando llegamos a casa después de la discoteca, me fui a mi habitación, pero no podía dormir. Di vueltas en la cama toda la noche, fijándome en todos los ruidos, pero ninguno indicaba que Steven hubiera vuelto a casa. En el desayuno, entre algunos comentarios y su ausencia, me di cuenta de que había pasado la noche fuera de casa.

No había importado que lo interrumpiera, había acabado disfrutando de la velada en brazos de otra y, después de cómo me había besado, estaba aún más furiosa. No me respetaba como Bellucci, y mucho menos como su esposa.

Me quedaba todo el día en mi habitación, alternando mis actividades entre responder a los mensajes del móvil y estudiar en el ordenador. Como tampoco podía salir cuando estaba en mi casa en Roma, las clases en línea que estaba tomando para sacarme el título de Educación Física también podía hacerlas en Estados Unidos.

Era media tarde cuando mi estómago rugió y me recordó que tenía que comer. Cerré la tapa de la laptop, la dejé sobre la cómoda y salí de la habitación. Mi intención era ir a la cocina a buscar algo de comer, pero mi camino quedó bloqueado cuando vi a Steven saliendo de la escalera.

Apreté los dientes y apreté los puños cuando nuestras miradas se cruzaron y mi respiración se aceleró. Estaba enfadada y ese sentimiento rezumaba por mis poros.

—Por fin has vuelto a casa —dije entre dientes.

—Tuve una noche y una mañana más interesantes en otra parte. —Su tono desenfrenado y su sonrisa divertida provocaron aún más mi ira.

—Es una lástima que todavía estés respirando.

Steven dio unos pasos hacia mí y acortó la distancia entre nosotros, haciéndola peligrosa. Cualquier chispa nos haría saltar por los aires.

—¿Por qué tienes tantas ganas de que muera?

—No puedo volver a casa como divorciada, pero puedo ser viuda.

Steven me agarró por los hombros y me apretó contra la pared. El impacto de mi espalda contra la dura superficie me hizo abrir los ojos de par en par.

—Si crees que vas a librarte de mí tan fácilmente, estás muy equivocada. —Bajó la cabeza y su nariz se acercó a milímetros de la mía. Nuestras respiraciones empezaron a mezclarse y la mía se hizo aún más rápida.

—Solo tienes que quedarte con tus putas.

—¿Es eso lo que crees que he estado haciendo toda la noche?

—No quiero detalles. —Volví la cara. No quería seguir mirándole ni hablar de ello, porque me enfadaba muchísimo.

Tenía que honrarme, estábamos casados, pero en lugar de eso pasó la noche con otras mujeres y se empeñó en echármelo en cara.

—¿Estás segura? —Acercó su boca a mi oreja, que estaba frente a él, y tuve que contenerme para que los espasmos de mi cuerpo no delataran que me había puesto la piel de gallina. Sin embargo, si Steven se fijaba en mi pelo, se daría cuenta.

—¡Eres un estúpido! —Hinché el pecho para hablar, tratando por todos los medios de mostrarme firme. No me doblegaría ante él.

—No es lo que gimen cuando están conmigo. —Sus manos seguían en mis hombros, pero

se deslizaron hasta mis brazos. El calor que provocaban en mí era anormal y me hacía sentir aún más angustiada.

—Porque son putas.

—No siempre.

—¡Suéltame! —Giré la cara y estaba tan cerca que mi nariz se detuvo en la suya.

—¿Y si no quiero?

—¿Eres lo suficientemente idiota?

Estaba perdiendo la cabeza y necesitaba que se alejara de mí lo antes posible. Era como si estuviéramos goteando gasolina cerca de un cable de alta tensión.

—¿Es eso exactamente lo que crees que soy?

—Sí. —Le apreté el pecho, tratando de alejarlo, mientras cada impulso de mi cuerpo era todo lo contrario.

Quería traer a Steven hacia mí y recordar el beso que habíamos intercambiado el día anterior, y eso no hizo fácil apartarlo.

—¡Te odio! —Me llené la boca para hablar, como último recurso para que se apartara de mí, porque todo mi cuerpo me traicionaba. Intenté apartarlo, pero mis manos no me lo permitieron. En lugar de empujar, me limité a deslizar mis manos por su pecho, sintiendo los músculos bajo su camisa.

—No me importa lo que sientes.

Oír eso fue peor que el simple hecho de que dijera que también me odiaba.

Apreté los dientes con furia y le golpeé el pecho con las manos, pero antes de que pudiera empezar a darle puñetazos, Steven me agarró las muñecas y me las aferró a la pared, sujetándolas con fuerza.

—¡Silencio!

—¡Suéltame!

—Sólo si prometes obedecerme.

—Nunca te obedeceré.

—Yo soy el jefe.

—No eres mi jefe.

—¡Cállate! —gruñó, con los ojos encendidos de furia.

Steven me apretó las muñecas con más fuerza y sentí que me dolían. Forcejeé, incapaz de apartar los ojos de él. Cuando me apretó con su cuerpo, sentí el bulto de sus pantalones y me puse en llamas.

—Te mantendré callada.

No debía hacerlo, no podía hacerlo. Negaría mi deseo hasta la muerte, pero mi cuerpo no cooperaría. Cuando Steven apretó con fuerza su boca contra la mía, no pude resistir el impulso de abrir los labios y dejar que su lengua se deslizara hasta tocar la mía.

Mi marido me soltó los brazos y ellos cayeron por su propio peso. Subí las manos hasta sus hombros y presioné con las uñas la tela de su camisa. Si sentía dolor, no lo demostraba.

Sus manos recorrieron mis muslos, apretándolos hasta deslizarse por mi trasero. Yo

llevaba pantalones cortos y Steven metió la mano por debajo, tocándome directamente sin el menor pudor. Mi ira y mi rabia tenían que bastarme para quitarme a aquel hombre de encima. Sin embargo, cuanto más apretaba y apretaba, más deseaba que continuara. El fuego que había despertado en mí era incontrolable y consumía toda mi cordura.

La erección de sus pantalones seguía rozando mi sexo y descubrí el deseo que podía vivir entre mis muslos. Era como si allí mismo hubiera un segundo corazón. Sabía lo que pasaba entre dos adultos, pero aún no había experimentado las sensaciones. Eran demasiado peligrosas.

Steven me mordió la boca, tirando de mi labio inferior hasta que se resquebrajó y solté un gritito.

—Ven aquí, esposa —dijo la última palabra con un poco de desenfreno mientras abría la puerta de mi habitación y me empujaba dentro.

Entré tambaleándome en la habitación y le golpeé el pecho con las manos, empujándolo hacia atrás, pero Steven ni se inmutó, se limitó a cerrar la puerta de un portazo, encerrándonos en la habitación.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Quieres gritarme? Te daré algo por lo que gritar.

No tuve tiempo de contestar, porque me agarró por la cintura y me empujó hacia la cama, haciendo que mi cuerpo rebotara contra el colchón. Lo miré, aún gruñendo, queriendo mostrar mi indignación para no tener que admitir que lo deseaba.

Steven se quitó la camiseta y la tiró al suelo, y su abdomen me dejó sin aliento. Aunque yo quería mirar, él no me dio tiempo. Se abalanzó sobre mí en la cama como un león feroz. Me agarró por la cintura, me bajó la cremallera de mis shorts y me los quitó junto con las bragas. Intenté cubrir mi sexo desnudo con las manos, pero Steven volvió a agarrarme de las muñecas y me inmovilizó contra la cama.

Volvió a besarme, su lengua exploraba cada rincón de mi boca mientras sus dientes castigaban mis labios con mordiscos. Me soltó las muñecas, pero siguió apretando mi cuerpo contra la cama con el suyo. Sus manos bajaron hasta el dobladillo de mi blusa y solo dejó de besarme para quitármela. El sujetador, que se abría por delante, seguía sobre mí, pero Steven tiró de él para cerrarlo y dejar mis pechos al aire.

Apreté los labios para no gritar cuando me agarró un pezón y empezó a chupármelo con fuerza.

Volví a sentir el peso de sus manos mientras recorrían mis muslos. Arqueé la espalda en la cama, luchando contra el deseo y la falta de juicio, sobre todo porque sabía que no podía alejarme de él. En el fondo, no quería y eso me enfurecía aún más. ¿Cómo podía querer que aquel hombre me poseyera tan íntimamente si era un completo idiota conmigo?

Le vi deshacerse de sus pantalones y calzoncillos y me di cuenta de que ambos estábamos desnudos. Su boca se acercó a mi cuello y me mordió. La presión de sus dientes me hizo gritar en una loca mezcla de dolor y excitación. Su peso me inmovilizó contra la cama y no hubo lugar a donde huir cuando Steven se dirigió entre mis piernas.

—¿Quieres gritar? Puedes gritar —se burló mientras me miraba fijamente.

Quería mantenerme firme y no darle ese gusto. Apreté los labios todo lo que pude, pero cuando me invadió de un firme empujón que desgarró mi virginidad, mi grito resonó en la habitación y quizá en toda la casa.

Le clavé las uñas, haciéndole compartir el dolor, pero a mi marido no pareció importarle. Nos miramos fijamente hasta que empezó a moverse dentro de mí.

La falta de control que nos había llevado al sexo no se calmó cuando Steven se apoderó de mi cuerpo.

En busca de un poco de autoridad, le pasé las manos por el cuello hasta agarrarle el pelo

rubio y me tocó morderle en la garganta.

La adrenalina, la rabia y la tensión me hicieron olvidar el dolor y empecé a darme cuenta del poder de su cuerpo frotándose contra el mío. Lo que había sentido antes encontró un nuevo significado que solo podría describir como delicioso. A medida que su miembro se deslizaba dentro y fuera de mí, una bruma de placer me envolvía. Quería más y más hasta el punto de que levanté las caderas, animándole a continuar.

Había oído que era bueno, pero estaban siendo modestos, era maravilloso...

Steven tiró de mí y yo gruñí en señal de protesta. No podía parar, no me dejaba parar.

Sin importarle mis dientes apretados, me agarró de la cintura y me hizo girar sobre la cama, obligándome a tumbarme boca abajo, apoyando las manos en el colchón para no golpearme la cara.

Me dio una bofetada en la nalga izquierda que me dejó ardiendo, pero me hizo revolcarme suplicando otra.

El peso de sus dedos envolvió mis caderas y Steven tiró de mí hacia atrás, uniéndose a mí de nuevo.

Con una mano guiaba los movimientos y con la otra agarraba uno de mis pechos. Podía sentir su aliento en mi nuca y oír sus gemidos mientras ordenaba este acto de puro salvajismo.

Hundí los dedos en el colchón mientras todo mi cuerpo empezaba a temblar. Algo se acercaba. Steven no dejó de moverse dentro y fuera de mí ni siquiera cuando me di cuenta de que había derramado su líquido dentro de mí.

El impacto de su cuerpo sobre el mío reverberó en cada una de mis células y, cuando la tensión finalmente estalló, me desplomé sobre la cama, gimiendo mientras experimentaba la mejor sensación de mi vida. No había nada que hubiera sentido antes que igualara las olas que se

extendían por mi cuerpo.

Hundí la cara en el colchón mientras recuperaba el aliento y el control. Steven se quedó encima de mí, también jadeando. Tardamos unos minutos en darnos cuenta de lo que habíamos hecho.

Cuando los efectos del orgasmo pasaron y empecé a comprender lo que había ocurrido, mi racionalidad volvió en la misma proporción que mi ira.

—¡Vete! —Le empujé, haciendo que se apartara de mí.

Me dio vergüenza darme cuenta del semen que corría por mis muslos, mezclado con un poco de sangre.

—Me gusta tu culo desde ese ángulo. —Se rió, dando a entender que se fijaba en mi cuerpo.

—¡Fuera de aquí! —Giré sobre la cama, me senté en ella y levanté una sábana para protegerme de su peligrosa mirada.

—Lo he visto todo.

Gruñí, acercándome a él y dándole un golpe en el pecho.

—No debería haberlo hecho.

—¿Me dijiste que no querías? —Mantuvo la mirada fija mientras me desafiaba y tocaba exactamente donde no debía.

—No quería —mentí descaradamente.

Steven seguía riéndose y yo quería romperle toda la habitación en la cabeza. Pero

simplemente agarré su ropa y empecé a tirársela.

—¡Fuera!

Me miró una vez más, como si pudiera ver debajo de la sábana, y salió de la habitación llevando su ropa. No pareció importarle que alguien lo viera desnudo en el pasillo.

Decían que la ira hacía que la gente cometiera locuras, pero lo que yo no esperaba era acabar entregándole mi virginidad así. Actuamos como dos bestias furiosas.

Estaba toda dolorida, como si me hubiera pasado un camión por encima, pero lo peor de todo es que estaba desesperada por más.



Steven

Capítulo veintiuno

Tiré la ropa al suelo y entré en mi cuarto de baño. En el espejo vi las marcas de los dientes de Manuela en mi cuello. Mi piel era lo suficientemente clara como para saber que la marca duraría un tiempo. Había sangre seca en mi verga, lo que demostraba que acababa de arrancarle la virginidad a mi mujer.

No esperaba que tuviéramos sexo ni que nos besáramos, no era mi objetivo, pero cuando empezamos a discutir las cosas se nos fueron de las manos muy rápidamente. Eché la cabeza hacia atrás y expulsé el aire con fuerza, empujando unas gotas de agua que caían sobre mi cara.

—¡Mierda!

¿Cómo iba a querer controlar a Manuela si no podía controlarme a mí mismo?

Terminé de ducharme, me envolví en una toalla y salí de mi habitación para ponerme ropa limpia. Toda la tensión que había sentido por la mañana parecía haber desaparecido después de que Manuela y yo nos acostáramos.

Oí que llamaban a la puerta y me sorprendió que pudiera ser ella. No lo admitiría en voz alta, pero quería volver a hacerlo con Manuela. Ella pensaba que había pasado la noche con prostitutas, pero aquel había sido mi primer polvo después de nuestra boda.

—Steven.

Perdí la sonrisa cuando oí a mi padre.

—¿Qué ha pasado? —Abrí la puerta.

—¿Va todo bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Oí gritos.

—La situación estaba bajo control. —Para ser sincero conmigo mismo, lo dudaba, pero no necesitaba confesárselo a mi padre.

—¿Va todo bien con Manuela?

—Deberías preguntarle a ella, no a mí.

—¿Le has hecho daño? —Mi padre apretó los dientes, regañándome con la mirada.

—Tal vez un poco.

—No pensé que cruzarías esa línea.

—Es muy tenue cuando nos gruñimos el uno al otro. —Me pasé la mano por el cuello dolorido, recordándome que nos habíamos comportado como animales. No solo yo, sino también ella.

—No te he criado para eso.

—¿Crees que soy...

—Lucian. —Fernanda apareció en el pasillo y me impidió terminar la frase—. Prometiste llevarme a esa obra de teatro, vamos a llegar tarde.

—Fernanda, no es un buen momento.

—Vámonos. —Ella asintió, ignorando la expresión de mi padre.

—No hemos terminado —me dijo con firmeza y se acercó a su mujer.

—Fernanda, tengo que hacer algo o... —Mi padre empezó a hablar, pero fue interrumpido.

—Deja que se arreglen solos.

—Acabarán matándose.

—Ella es valiente. Será mejor que Steven vigile sus espaldas. —Fernanda se llevó a mi padre y me quedé solo en el pasillo.

Mi madrastra dejó claro a mi padre que este conflicto era algo que Manuela y yo debíamos resolver, o matarnos mutuamente en el proceso. La segunda alternativa parecía mucho más obvia.



Manuela

Capítulo veintidós

Tenía un color rojo en el cuello y otros por el resto del cuerpo. Las marcas de los dedos de Steven seguían en mi trasero y me quedé sin aliento solo de pensar en lo que habíamos hecho.

Había sido una locura. Era como si hubiéramos luchado el uno contra el otro y al final hubiéramos ganado los dos, porque el orgasmo... Sacudí la cabeza para despejar los pensamientos. Mi mente tenía que alejarse de aquellas sensaciones, del contacto y de cómo tener un orgasmo era increíble y me hacía sentir extasiada.

Steven y yo éramos como dos trenes precipitándose el uno hacia el otro y no había forma de que aquella situación acabara bien.

Me tiré en la cama y tomé el móvil. Había mensajes de mi padre y tragué saliva al ver su foto.

Papá:

Princesa, ¿va todo bien?

Manuela:

Te echo de menos.

Papá:

Yo también.

¿Estás disfrutando de Estados Unidos?

Manuela:

Aún no he tenido la oportunidad de conocer mejor la ciudad.

Papá:

Espero que Steven te esté cuidando bien.

Me quedé mirando el mensaje, mi mente vacilaba entre los insultos intercambiados, las ofensas, los besos y, finalmente, el sexo salvaje.

Manuela:

Así es.

Tardé demasiado en contestar e imagino que eso me delató, porque mi padre dejó de mandar mensajes y el teléfono empezó a sonar.

—¡Hija!

—Hola, papá. —Tuve que contener las lágrimas cuando oí su voz.

—¿Ha pasado algo?

No iba a decirle a mi padre que mi matrimonio era un completo desastre y que mi marido y yo probablemente nos mataríamos en algún momento. Siempre sería la niña valiente de Theo Bellucci y no quería que me viera de otra manera. El caos entre Steven y yo era solo mi problema.

—Tengo nostalgia. —No era mentira—. Puedo sentir nostalgia, ¿no?

—Por supuesto. Tu madre, tus hermanos y yo también te echamos mucho de menos. Hoy le he dicho a tu tío que vamos a visitarte a finales de mes.

—¿Vienes? —Estaba muy contenta, pero al mismo tiempo aterrorizada de que mi padre viera lo que realmente estaba pasando allí.

Me había encargado una misión y yo la estaba fracasando.

—Sí.

—¡Va a ser genial!

—Hija, tengo que irme ahora. ¿Hablamos más tarde?

—Sí, papá.

—Te quiero, Manuela.

—Yo también te quiero.

Desconectó la llamada y, en cuanto apoyé el teléfono en mi regazo, empecé a llorar.

Le echaba tanto de menos a él y al resto de la familia. Incluso podía volver a los tiempos en que mis hermanos me tiraban del pelo o me hacían bromas.

Si pudiera elegir cualquier cosa, hacer cualquier petición, lo único que querría sería una máquina del tiempo para poder volver a cuando era una niña pequeña que tenía miedo a la oscuridad, pero que estaba segura de que mi padre me protegería de todo. Era aterrador la mayor parte del tiempo, sobre todo cuando volvía a casa ensangrentado, pero siempre fue mi mayor héroe.

Quería ser como mi padre, intrépido, valiente, fuerte, y deseaba aún más que él me mirara y se sintiera tan orgulloso como yo me sentía de él.

Me empezó a doler el estómago y recordé que tenía hambre. Me puse un jersey de cuello alto y salí del dormitorio. Bajé al salón y pasé por delante de la puerta de la sala de televisión. Steven estaba con su hermano pequeño y jugaban a la videoconsola. Nuestras miradas se cruzaron, pero ninguno de los dos se atrevió a decir una palabra, sabíamos el peligro que representaban.

Vomitábamos odio, decíamos barbaridades y acabábamos estorbándonos mutuamente.

Me apresuré a la cocina y encontré a la empleada preparando la cena.

—Señora Manuela.

—Buenas tardes... Quiero decir, ¡buenas noches! —Sonreí torpemente al darme cuenta de que ya había anochecido.

—¿Todo bien?

—Sí. —Me pasé la mano por el cuello, asegurándome de cubrir las pruebas de la salvajada cometida entre Steven y yo.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Te llamas Mirian, ¿verdad?

—Sí. —Sonrió cuando se dio cuenta de que me había acordado.

—Bueno, Mirian, tengo hambre. —Estaba un poco fuera de mí.

—Estoy preparando la cena, pero he hecho una tarta de chocolate, ¿quieres un trozo?

—Me encantaría.

—Te lo traeré.

—Muchas gracias.

Esperé hasta que la cocinera me sirvió un plato con un buen trozo de tarta y un vaso de jugo de naranja. El tentempié mantendría mi estómago tranquilo hasta la hora de cenar.

Salí de la cocina y volví, solo que esta vez Steven estaba de pie en medio del pasillo y no se apartó para que yo pasara. Le miré y él me devolvió la mirada, y esperé a que diera un paso a un lado, pero no lo hizo. Irritada, choqué con él y mi hombro casi se desplomó.

Pensé que me había librado de él hasta que sentí una palmada en el trasero. Miré hacia atrás cuando me di cuenta de que me había dado un azote, no fuerte, pero lo suficiente para incomodarme y avergonzarme, porque River lo había visto.

Apreté los dientes y Steven se rió.

Di un paso hacia él, pero antes de que pudiéramos chocar, River tiró de su hermano hacia la sala donde estaba.

—Tienes que ver esto.

Intenté normalizar mi respiración y me marché antes de volver a perder el control.



Steven

Capítulo veintitrés

—¿Qué ha pasado? —Me giré hacia River cuando Manuela desapareció de mi vista.

—Se suave con ella, hermano.

—No hice gran cosa. —Me encogí de hombros.

—Es una Bellucci, Steven.

—¿Tú también vas a rendirles homenaje? —Puse los ojos en blanco para que mi hermano se diera cuenta de que era el peor tema que podía haber sacado—. Y no, ya no es una Bellucci, ahora es una Lansky.

El más joven se limitó a negar con la cabeza, pero evitó hacer algún otro comentario.

Antes de que el tema volviera a mi mujer, sonó mi móvil y lo saqué del bolsillo, dando por terminada mi conversación con River de una vez por todas.

—¡Hola!

—Jefe, soy Paul Miller.

—¿Qué es lo que quieres?

Asocié el nombre en mi mente hasta que recordé que el hombre poseía algunos restaurantes y clubes nocturnos en Manhattan y era uno de los principales distribuidores de drogas de la zona.

—He oído que están tras los tipos que venden la píldora de Marte.

—¿Tienes algún dato para mí?

—Mis hombres descubrieron a un traficante vendiéndolo en una esquina cerca de uno de mis restaurantes. Los jóvenes parecen locos por estas cosas.

—¿Dónde está?

—Te enviaré la dirección.

—Iré allí.

—De acuerdo.

Volví a guardar el móvil en el bolsillo y me di cuenta de que mi hermano me estaba observando.

—¿Ha pasado algo?

—Atraparon a otro traficante que vendía la píldora de Marte.

—¿Así que realmente no hemos atrapado al bastardo que está distribuyendo esta mierda?

Negué con la cabeza.

—Es una droga sintética, peor que la metanfetamina. Debe tener un laboratorio en alguna parte, lo suficientemente grande como para producir drogas para abastecer a todo Nueva York.

—¿No crees que podrían ser los japoneses o los rusos tratando de tomar nuestro territorio de nuevo? Llevan años molestándonos.

—Es una posibilidad, pero no lo sé. —Mi móvil vibró y lo saqué, asegurándome de que la dirección había llegado—. Llama a Bill y dile que avise a los soldados de que nos vamos. Dile también a Otto que se reúna con nosotros allí.

—¿Cree que todo esto es necesario?

—No quiero que nos subestimen.

—De acuerdo. —River asintió con la cabeza—. Pero, ¡maldita sea! Justo a la hora de la cena.

—¡Vamos!

No esperó a que le diera otra orden antes de dirigirse por el pasillo hacia donde se reunían los soldados.

Fui a mi habitación, me cambié de ropa y tomé mi arma y munición. No sabía el tamaño del enemigo al que me enfrentaba, pero era mejor estar preparado para cualquier cosa.

En cuanto llegué al garaje, vi a mi hermano con un chaleco antibalas y nos metimos juntos en la parte trasera de una camioneta blindada negra.

Le dije la dirección al soldado antes de reclinarme en el asiento y alternar la mirada entre el interior y el exterior del vehículo.

Pronto salimos por las puertas de la mansión y otros dos coches con soldados nos siguieron para garantizar nuestra seguridad. Incluso en tiempos de paz, la gente en puestos como el mío debe estar siempre preparada para la guerra.

—¿Crees que el FBI no sabe quiénes son? —mi hermano rompió el silencio que se había establecido.

—Si lo hubieran sabido y hubieran pensado que podían resolverlo, no habrían acudido a mí.

—En eso tienes razón.

—Hay límites que los federales no pueden cruzar, los mismos límites que nosotros rompemos todo el tiempo. Ellos tienen reglas, nosotros vivimos según la ley del más fuerte.

—Es verdad. Pero, ¿no crees que sería mejor llamar a nuestro padre y pedirle que se reúna con nosotros? Mi madre puede acompañarnos...

—Nos ha dejado el trabajo a nosotros, River. Deja que nuestro padre disfrute de su jubilación mientras nosotros nos ocupamos de los problemas.

—¿Pero qué pasa si no podemos lidiar con ello? —se aventuró a preguntar.

—Morimos.

Mi hermano tragó saliva y palideció momentáneamente.

River no me hizo más preguntas, simplemente giró la cara y apoyó la cabeza en la ventanilla del coche. Por más que fuera el subjefe, sabía que aún le costaba enfrentar la realidad de nuestras obligaciones. Nunca lo admitiría, pero puede que algunos líderes tuvieran razón, yo ya tenía veintisiete años, pero River solo tenía veinte, estaba en la universidad y, como era el más joven, lo habían mimado mucho.

A diferencia mía, que había perdido a mi mamá a temprana edad, Fernanda siempre había hecho todo por River. Por mí también, no lo podía negar, pero por un tiempo habíamos sido solo mi papá y yo.

—Estamos aquí —dijo uno de los soldados y miré hacia fuera.

El lugar era tranquilo y estaba bien iluminado. A lo lejos podía ver el East River corriendo tranquilamente por el horizonte. Parecía un barrio tranquilo como cualquier otro, y dudaba que la gente corriente fuera consciente de lo que ocurría en los bajos fondos de Nueva York.

Bill abrió la puerta y River bajó primero.

Caminé con mis hombres hasta la entrada de un cobertizo y nos recibió uno de los soldados de Paul Miller, que se hizo a un lado para dejarnos pasar.

Dejé que Bill me guiara mientras examinaba los palés y las numerosas cajas de cartón y madera. Estaban etiquetadas para bebidas y alimentos, pero muchas de ellas contenían armas y drogas.

Llegué al centro del galpón y vi a un hombre atado a una silla mientras otros permanecían de pie detrás de él. Paul se adelantó, destacándose de los demás, y se acercó a mí, estrechándome la mano.

—¡Jefe!

—Paul.

El líder se alejó y yo volví la mirada hacia el tipo de la silla.

—¿Este es el idiota que estaba traficando cerca de tu zona?

—Sí.

—¿Ya le hicieron preguntas?

—Estaba esperando a que llegaras. No le ahorraría la diversión al jefe.

—De acuerdo. —Chasqueé los dedos y me acerqué al tipo. Levantó la cabeza para mirarme directamente—. ¿Para quién trabajas?

—¡No voy a decir nada! —Me escupió en el pie, haciendo que entrecerrara los ojos y mostrara una evidente furia.

—Todo el mundo dice eso hasta que empieza a sangrar.

Giré la cabeza y me di cuenta de que mi primo se había unido a nosotros.

—¡Nueva York no es tuya!

—Sí, es de los Lansky y lo seguirá siendo. —Fui firme—. ¿Quién reparte la píldora de Marte?

—Tu abuela. —Se echó a reír.

—¿Qué te parece si empezamos por arrancarle el dedo? —sugirió mi hermano, haciendo que el tipo abriera los ojos con asombro.

—No sería mala idea. —Sonreí, haciendo que se encogiera aún más.

Levanté el pie y lo coloqué sobre las pelotas del imbécil, apretando lo justo para hacerle saber lo peligroso que era jugar conmigo. No me importaba tener que imponerme para conseguir lo que quería. Me relajaba la posibilidad de un derramamiento de sangre y eso era un hecho que mis enemigos no podían ignorar.

—Te voy a dar a elegir y te pido que decidas con mucho cuidado. Puedo pegarte un tiro en la cabeza en cuanto respondas a lo que te he preguntado, o puedo arrancarte las pelotas una a una y hacer que te las comas. Si sigues sin querer hablar, puedo hacerte sufrir lo suficiente como para que prefieras estar en el infierno.

—¡No! —Forcejeó, intentando apartar el pie que le aplastaba, pero era imposible al estar atado a la silla.

—Responde pronto, se te acaba el tiempo.

—¿Crees que lo sé? —Empezó a llorar.

Al final, todos eran débiles. Pensaban que vendiendo drogas se harían millonarios. Así era, pero solo para los que estaban dispuestos a enfrentarse al mundo y a todas las consecuencias.

—¿A quién compra?

—Un tipo se me acercó y me ofreció las pastillas. No sé su nombre, solo que tendría que reunirme con él mañana para pagar las que tomé.

—¿Dónde?

—En Central Park.

Intercambié miradas con mi hermano y mi primo.

—¿Lo enviamos a buscar al tipo? —preguntó River, analizando la situación.

—¿No crees que es peligroso? —Paul mostró su miedo.

—Es una alternativa —respondí, aún en tono pensativo. No había muchas pistas que seguir. Lo peor era que me sentía como si estuviera corriendo a ciegas.

—Me lo llevo conmigo —le dije a Paul.

—Como quieras. Solo mantén esas pastillas fuera de mi territorio. No quiero competencia para mi negocio e imagino que los demás en mi posición piensan lo mismo.

—Ten la seguridad. Nueva York está bajo mi control y seguirá así.

—¡Estupendo!

—Vámonos. —Asentí a los que estaban conmigo.

Bill se acercó al tipo de la silla y lo liberó, luego lo tomó por los brazos y lo hizo caminar delante de nosotros hasta arrojarlo al maletero de uno de los coches. En aquel momento nos era más útil vivo y yo esperaba que fuera el cebo que necesitaba para atraer a quienquiera que estuviera realmente detrás del plan.

La ciudad había estado bajo el control de mi familia durante décadas y no iba a ser mi momento el que cambiara eso.



Manuela

Capítulo veinticuatro

Steven no estaba en la cena y eso significaba que podía comer un poco más tranquila, pero no sabía cuánto tiempo podría evitarle a él y a las consecuencias a largo plazo de nuestro matrimonio. Él me irritaba, me volvía loca y no tenía ni idea de cómo lidiar con aquel torbellino de sensaciones sin enloquecer.

Quería matarle por darme una palmada en el culo al mismo tiempo que ansiaba volver a sentir el peso de su mano. La gente debería recibir un manual de instrucciones antes de casarse, sobre todo cuando se trata de un matrimonio de conveniencia, como era mi caso.

Di vueltas en la cama, preguntándome si iba a levantarme o a pasar el resto del día en la misma postura. El deseo de quedarme en la ahí y fingir que no pasaba nada parecía tentador, pero en cuanto miré alrededor de la habitación y me di cuenta de que no estaba en Roma, todo el peso volvió a caer sobre mis hombros.

Fernanda me había dado una tarjeta SIM nueva y al menos podía llamar a casa, pero ¿qué iba a decir? Solté un largo suspiro.

Me estiré hasta tocar el cabecero y vi vibrar mi móvil en la mesilla de noche. Lo acerqué y vi un mensaje de mi hermano.

Thiago:

¿Cómo es la vida en Estados Unidos?

¿Has comprado todo lo que querías?

Manuela:

Aún no he tenido la oportunidad, pero imagino que no tardaré.

Thiago:

Siguen disfrutando de tu luna de miel. Ja ja ja.

Manuela:

No voy a hablar de ello contigo.

Thiago:

Ahora que estás casada, imagino que ya no es un tema prohibido.

Manuela:

Nunca lo fue para ti y eso fue muy injusto.

Thiago:

¿De verdad quieres discutir lo sexista que es la mafia ahora por la mañana?

Manuela:

Fuiste tú quien sacó el tema.

Thiago:

Siempre has sido mucho más fuerte que el sistema, hermana.

Manuela:

No estoy tan segura.

Thiago:

¿Te encuentras bien?

Me mordí el labio mientras miraba el móvil y me sentí un poco incómoda al darme cuenta de que, aun sin quererlo, había delatado a mi hermano de que algo iba mal. Aunque Lorenzo siempre había sido el más atento conmigo, Thiago y yo estábamos más unidos. Yo era un año mayor, pero mi hermano siempre fue más maduro que el resto de los hombres de su edad, incluidos mis primos.

Thiago era fuerte, decidido y valiente, como nuestro padre. Por lo que yo sabía, aunque nadie me confirmó este rumor, llevaba matando para la mafia desde los dieciséis años.

Thiago:

¿Manuela?

Manuela:

¿Qué pasa?

Thiago:

No se te da bien mentir, ni siquiera en la aplicación de mensajería.

Manuela:

Te dejé a ti y a mi casa para venir a otro país donde nunca había puesto los pies y ser la esposa de un hombre al que solo había visto en el compromiso de mi prima. Eso es suficiente para enfadarme, ¿no crees?

Por fin había expresado a alguien parte de lo que sentía. Quería gritar y llorar, pero escribir esas palabras me ayudó a aliviarlo.

Thiago:

Iré a buscarte.

Manuela:

Sabes que no puedes hacer eso.

Thiago:

Yo no acepté este matrimonio.

Manuela:

Creo que papá tampoco, pero ¿teníamos elección?

Thiago:

Odio decir que no, pero si te hace daño, córtale la garganta.

Manuela:

Lo recordaré. Ja ja ja.

Thiago:

Te merecías más.

Manuela:

Es un jefe poderoso. Creo que eso fue suficiente.

Thiago:

No me refiero a eso.

Manuela:

Si ni siquiera nuestros padres eligieron estar juntos, fue una tontería por mi parte creer que yo tenía ese derecho.

Thiago:

Ni siquiera sé si Dios me escucha después de todo lo que he hecho, pero rezo para que cuide de ti.

Manuela:

Gracias, hermano.

Thiago:

No dejes que te desanime.

Manuela:

Nunca. Es mi misión y podré manejarla.

Thiago:

¡Bien hecho! No olvides tener una navaja a mano.

Manuela:

No hay problema. Ja ja ja.

Thiago:

Si me necesitas, llámame.

Manuela:

Está bien. Creo que ahora bajaré a tomar un café. Fue agradable hablar contigo.

Thiago:

Yo digo lo mismo. Hasta luego, hermana.

Manuela:

Hasta luego.

Dejé el móvil sobre la mesa y me levanté de la cama. Fui al baño y me preparé para el día, sacándome el pijama y deshaciéndome de mi cara arrugada.

Bajé a desayunar y me encontré a Fernanda y Lucian sentados a la mesa. Se sonreían y hablaban del programa de la noche anterior, pero dejaron de hablar cuando me vieron en la puerta.

Mi mirada recorrió con curiosidad la sala, pero no pude encontrar a Steven. Me sentí incómoda al mismo tiempo que pensé que debería sentirme aliviada de que no estuviera allí, ya que nuestros últimos encuentros habían demostrado lo altamente explosivos que éramos juntos.

—¡Buenos días, Manuela! —Fernanda me sonrió.

—¡Buenos días! —La saludé a ella y a Lucian.

—Toma asiento. —Mi suegro indicó una de las sillas.

—Gracias.

—¿Dormiste bien? —Fernanda se giró para mirarme directamente.

—Sí.

—¡Qué bonito! Estaba pensando en sacarte hoy, ¿qué te parece? Desde que te mudaste a esta casa, no has salido de aquí y Nueva York es una ciudad con muchas opciones de entretenimiento.

—Me encantaría. —Estaba emocionada.

—¡Genial! Podemos ir en un rato.

Afirmé con la cabeza y saqué una tostada para comérmela con mermelada.

Sería perfecto para ver un poco de la ciudad y también me vendría bien dejar de lado a Steven y todas mis preocupaciones sobre nuestra boda.

—Me cambiaré y te esperaré en la sala.

—De acuerdo.

Fernanda me guiñó un ojo y se levantó, saliendo de la habitación y su marido se despidió, yendo directamente tras ella.

Me apresuré a desayunar y me preparé para salir. Si pensaba en todas las personas de esa casa, Fernanda estaba siendo la más amable conmigo y a pesar de ser prácticamente la mamá de Steven, me trataba mucho mejor que él. Parecía que no todo lo que decían de las suegras era realmente cierto.

Bajé las escaleras, poniéndome el bolso cruzado al hombro, y ella se levantó del sofá en cuanto me vio.

—¿Preparada?

Sacudí la cabeza, asintiendo.

—Por fin está aquí.

—¿Qué cosa? —Fruncí el ceño, confusa.

Me entregó una cajita negra y la abrí con curiosidad, viendo dentro una tarjeta de crédito.

—Gracias.

—Puedes hacer tus compras y Steven se encargará de la cuenta —bromeó, arrancándome una sonrisa.

Al menos ese matrimonio me garantizaría el mismo alto nivel de vida que tenía cuando vivía con mis padres.

—¿Vamos?

—¡Sí! —Puse mi tarjeta de crédito en mi bolso.

Fernanda abrió el camino y yo la seguí hasta el garaje. Allí había un coche aparcado y un hombre abrió la puerta para dejarnos pasar.

—Buenos días, Boris. —Fernanda le sonrió amablemente.

—Buenos días, señora. ¿A dónde vamos hoy?

—Time Square. Quiero llevar a mi nuera a hacer un poco de turismo.

—Será un placer acompañarle.

—Gracias.

Nosotras dos nos sentamos en el asiento trasero y Boris y otro hombre en el delantero. El coche salió del garaje y me di cuenta de que nos seguía otro vehículo. Allí no solo se había mantenido el lujo, sino también la seguridad. Al igual que en casa, me di cuenta de que no podía dar un paso sin que me vigilaran. Era para protegerme, lo sabía, pero a veces quería ser libre.

Dejamos el coche en un aparcamiento y caminamos hasta la avenida. Fernanda iba a mi lado y los guardias de seguridad nos seguían de cerca. Seguían nuestros pasos en completo silencio, como auténticas sombras.

En cuanto vi el lugar, mis ojos se dirigieron rápidamente en todas direcciones. Moví la cabeza de un lado a otro, intentando memorizar cada detalle. Era como estar en una película, pero aún más intensa.

Los rótulos de las tiendas eran muy grandes y luminosos. Había gente yendo y viniendo en un gran torrente y muchos turistas.

—¿Te ha gustado? —me preguntó Fernanda.

—Es increíble. ¿Vienes mucho por aquí?

—La verdad es que no. —Se rió.

—¿Por qué?

—Los neoyorquinos no tenemos mucha paciencia para venir a Time Square, siempre vamos con prisas y el flujo de turistas aquí es muy alto. La gente lo mira todo y nos bloquea el paso.

—Lo entiendo, pero es increíble.

—¿Te gusta el chocolate?

—¿A quién no le gusta el chocolate?

—Entonces, ven. —Me agarró de la muñeca y me arrastró a la tienda de M&M.

El espacio era tan grande como el de unos grandes almacenes, pero todo estaba orientado a la marca, con muñecas más grandes que el tamaño humano. Me detuve cerca de una e hice una foto, enviándosela a Lorenzo, a quien le habría parecido increíble.

Había tantos recuerdos y chocolatinas que me sentí como si volviera a ser una niña. Fue la primera vez que me di cuenta de que me había divertido desde que llegué a la ciudad.

—Creo que hay uno de estos en Roma, pero no salí mucho.

—Cuando River y Steven eran pequeños, me encantaba traerlos aquí, pero tenía que pasarme las primeras horas de la mañana cuidando de los dos con dolor de barriga. —Hizo una mueca que me arrancó una carcajada.

—Debió de ser difícil.

—Pero cada vez valía la pena.

—Apuesto a que fuiste una gran madre.

—Sigo intentándolo, pero no siempre cooperan, sobre todo cuando se hacen mayores y menos dependientes. Cuando tengas el tuyo propio, ya verás.

—Sí. —Esbocé una sonrisa y me acerqué a un peluche—. Mira qué bello. —Encontré una excusa para cambiar de tema, porque no quería pensar en hijos si ni siquiera tenía un matrimonio en condiciones.

—Manuela. —Fernanda me tocó el hombro y me hizo mirarla de nuevo, y la forma en que me miró me hizo tragar saliva—. ¿Te encuentras bien?

—¡Estoy bien! ¿Por qué no iba a estarlo?

—Steven... —Acababa de susurrar el nombre de su hijastro y una sensación instantánea de incomodidad me invadió.

—Es un mafioso como todos los hombres de mi familia.

—Es tu marido.

—Sí. Imagino que lo entenderás, no tuve elección.

—En realidad, sí.

Abrí los ojos sorprendida por su respuesta. Estaba acostumbrada a los matrimonios concertados y a los anillos, pero oír a alguien decir algo diferente me llamó la atención.

—¿A qué te refieres?

—No nací en la mafia, de hecho fui agente del FBI.

—¡Vaya! —Me he quedado de piedra. No me lo esperaba—. ¿Trabajabas para la mafia?

—Yo estaba en el otro lado. Mi misión era arrestar a Lucian cuando nos conocimos.

—¿Y cómo acabaste casada con él?

—Hay una delgada línea entre el bien y el mal, los villanos y los buenos. Lucian resultó ser exactamente lo que necesitaba y me enamoré de él de una forma que no esperaba.

—Esto es, cuando menos, inesperado.

—A veces ocurre lo inesperado.

—Sí. —Me encogí de hombros, volviendo a juguetear con los peluches.

No creía que Steven me quisiera, quería que nos lleváramos bien, pero no estábamos ni cerca de eso.

—¿Podemos ir a una tienda de ropa? —Quería cambiar de tema definitivamente—. No pude traer todo mi guardarropa y quiero algunas piezas nuevas.

—¡Claro que sí!

—Gracias.

—¿Te llevas el peluche? —Señaló el que yo tenía en la mano.

—De acuerdo.

Sonrió y me mostró la caja.

Fernanda intentaba ser amable, era una pena que su hijastro no actuara igual conmigo.



Steven

Capítulo veinticinco

Llegué a casa después de pasar la noche discutiendo con mis hombres sobre la operación que íbamos a llevar a cabo cuando se pusiera el sol. Estaba a la caza de pistas sobre quién era el responsable de las malditas drogas y cada vez que no lo conseguía, me enfadaba más.

Me daría una ducha y quizá echaría una siesta antes de ir a Central Park.

River pasó a mi lado y se dirigió a su habitación, pero antes de que yo pudiera hacer lo mismo, me encontré yendo a la habitación de Manuela. La puerta estaba abierta y eso fue probablemente lo que me llamó la atención.

Esperaba verla y estaba preparado para que empezara a gritarme que me fuera. En el fondo, lo estaba deseando. De algún modo, aquel juego del gato y el ratón me atraía más de lo que me gustaría admitir.

Quién sabe, tal vez podría enfurecerla lo suficiente como para volver a poner mis manos sobre su cuerpo.

Mi determinación desapareció cuando me di cuenta de que la habitación estaba vacía. Me apoyé en el marco de la puerta y examiné la habitación, la cama estaba ordenada y no había rastro de ella. Podía estar en la cocina o en otra habitación. Oscilé entre el deseo de buscarla y la repulsión ante la posibilidad de que sospechara de mi ímpetu.

—Salió con Fernanda.

Me di la vuelta y miré a mi padre, que estaba detrás de mí.

—¿Y no me dijeron nada? —Hice gala de mi tono autoritario.

—Tú no estabas aquí y ella está a salvo con Fernanda.

—Creo que no. —Me crucé de brazos.

—¿Por qué?

—Fernanda la llevó a un club nocturno donde yo estaba y podría haberle pasado algo.

—¿Pero algo malo ocurrió?

—Bueno... no. —No quería hablar de nuestro beso ni de mi descontrol al verla allí.

—Entonces no te preocupes.

—No me preocupo. —Me tapé la boca y me encogí de hombros—. Me importa un bledo lo que le pase a Manuela.

—¡Steven! —Mi padre apretó los dientes mientras me reprendía.

—Si muere como resultado de sus propios errores, tanto mejor para mí.

—No digas eso.

—¿Estoy mintiendo?

—Perderla hará que te culpes el resto de tu vida.

—¿Estás hablando de mi mujer o de mi madre?

—No pasa un día sin que piense que podría haber evitado lo que pasó si hubiera protegido mejor a tu madre.

—Eres feliz con Fernanda.

—La felicidad no nos exime de la culpa.

Permanecí en silencio y mi padre se metió las manos en los bolsillos, dispuesto a continuar cuando se dio cuenta de que no iba a decir nada más.

—Sé que las circunstancias en las que se celebró este matrimonio no fueron las mejores y que te ofendiste mucho con Pietra, pero hacer que funcione es lo mejor para ti. Mi matrimonio con tu madre también empezó como un simple acuerdo, pero conectamos y te tuvimos a ti.

—¿Me estás diciendo que la amabas?

—La amaba.

—Pero, ¿y Fernanda?

—La amo, pero son otros momentos. Lidié con el dolor de la muerte de su madre durante tres años antes de elegir otra esposa.

—Con Manuela es diferente.

—Puede ser como quieras.

—Tengo trabajo que hacer. —Esquivé a mi padre, cerrando el tema y yendo a mi habitación.

—¡Steven! —gritó antes de que pudiera encerrarme en mi habitación.

—¿Qué pasa papá?

—Dile a tu mujer que tienes la fiesta del gobernador dentro de unos días. Es una cita

importante como jefe, no lo olvides.

—Lo recordaré, papá. ¿Eso es todo?

Se limitó a afirmar con la cabeza y me fui al dormitorio.

Fui directamente al baño. Iba a ducharme y a marcharme. Pensar en la misión era mucho más fácil que la problemática relación que mantenía con Manuela.

Tenía tantas ganas de hacer que me odiara como de besarla. Pensé que sería más fácil si acabábamos matándonos el uno al otro antes de que pudiéramos hacer que funcionara.

Con pantalones y chaleco antibalas, bajé al garaje y mis hombres estaban allí reunidos, esperándonos para continuar la misión.

—Llama a River —ordené a Bill mientras me apoyaba en el coche negro y sacaba el móvil del bolsillo, comprobando que no hubiera mensajes nuevos.

—Sí.

—¿Está Otto todavía en la casa?

—Como lo pediste.

—Pararemos allí, tomaremos a nuestra carnada y nos dirigiremos al parque.

Bill asintió y fue a buscar a mi hermano. Entré en el coche justo cuando se abría la puerta del garaje. Entraron otras camionetas y una aparcó exactamente al lado del que estaba yo.

Mi atención fue capturada cuando Manuela abrió la puerta. Me sorprendió verla tan arreglada, era posible que ella y mi madrastra hubieran ido a una peluquería. Llevaba el pelo oscuro sin encrespar y le caía sobre los hombros en ondas, y su ligero maquillaje la hacía parecer

aún más guapa. El pintalabios llamaba la atención sobre sus labios y pronto me di cuenta de que había pasado demasiado tiempo fijándome en ellos.

—Vámonos. —River apareció y fue como si la hipnosis se hubiera roto, permitiéndome dejar de mirarla con tanta vehemencia.

—Llegas tarde —refunfuñé.

—Pensé que íbamos a echar una siesta —dijo River.

—Entra.

—De acuerdo, jefe.

Cuando mi hermano se instaló a mi lado, volví a buscar a Manuela, pero ya no estaba.

—¿Ha pasado algo? —River siguió mi mirada y no encontró nada.

—Nada, vámonos.

Di unos golpecitos en el asiento del conductor para que Bill arrancara el coche.

Mantenía la imagen de ella en mi cabeza, su cara, sus labios y su cuerpo apretado en un vestido de seda. Una cosa era cierta, Manuela era una mujer hermosa y eso justificaba toda la excitación que me recorría cuando estábamos cerca. Sin embargo, la belleza no sería suficiente para que nuestra relación funcionara, sobre todo cuando yo no lo deseaba. Mi ego había quedado herido por la negativa de Pietra y creía que me rebajaría si aceptaba a Manuela y era algo parecido a ser feliz con ella.

Nos detuvimos en una casa donde se encontraba uno de nuestros laboratorios. El barrio de las afueras no llamaba la atención y nadie sospechaba que la pareja con dos hijos, una profesora y un ingeniero, ocultaba parte del ecosistema del narcotráfico.

Habíamos dejado al hombre allí hasta la hora de la reunión. Estaba lejos, pero no permitiría que nadie sospechara de nuestros planes.

Aparcamos en la parte trasera de la casa y bajamos al sótano, donde estaba el laboratorio. El hombre estaba sentado de espaldas a la pared, con una bolsa de algodón en la cabeza que le impedía ver.

—Era hora de que me fueras útil. —Le quité la bolsa y lo puse frente a mí.

—Por favor... por favor... —Se le atragantaron las palabras.

—Sabes que será mucho peor si no cooperas.

—Vas a matarme de todos modos.

—Cuando elegiste este camino, Tim, sabías que podía pasar.

—¿Y si te doy a quien quieres? Solo estaba vendiendo unos dulces, amigo. Ni siquiera me di cuenta de que iba a provocar al jefe de la ciudad.

Me eché a reír. Era increíble cómo unas horas de cautiverio hacían que la gente perdiera el miedo a desafiarme.

—Veremos qué tienes para mí primero.

—¿Tenemos un acuerdo?

—¿Crees que hago tratos con gusanos?

Tragó saliva y yo volví a reír.

—No tienes elección y será mejor que lo recuerdes.

El tipo se quedó boquiabierto y movió la cabeza afirmativamente.

Di un paso a un lado y dejé que uno de mis hombres se acercara. Le colocó un discreto micrófono y también una pequeña cámara que nos permitiría verlo y oírlo todo.

—¿Cinco mil? —Tomé un sobre con el dinero—. ¿Eso es lo que tienes que pagar por las drogas?

—Sí.

—Es un préstamo. No creas que puedes quedarte con el dinero, tendrás que devolvérmelo más tarde. —Puse el sobre en una mesa cercana.

—Sí, señor.

—Estamos listos —me dijo mi hombre a cargo del equipo electrónico.

—Hora de dar un paseo. —Mi hermano agarró a nuestro señuelo por el hombro y lo empujó fuera del sótano, haciéndole tambalearse hasta uno de los coches.

Nos dirigimos a Central Park. Durante el paseo no dije nada y River siguió esbozando un dibujo en un pequeño cuaderno que siempre llevaba consigo. Desde pequeño, mi hermano se había interesado por el dibujo y el arte en general, pero eso no le impedía involucrarse en asuntos de la mafia. Ya fuera por sí mismo o para demostrar su valía a nuestro padre, siempre estaba a mi lado.

Se guardó el cuaderno en el bolsillo cuando el coche se detuvo y fue el primero en bajarse.

—Quedémonos en el coche —le dije.

—De acuerdo.

Me acerqué a los otros hombres y Bill empujó mi carnada hacia el centro del círculo.

—Esperarás en el banco, como acordamos —ordené al tipo antes de hablar con mis soldados.

—Quiero que se separen y mantengan los ojos bien abiertos. —Estuvieron de acuerdo—. Yo, mi hermano y Wallace nos quedaremos en el coche para seguir la escucha y la cámara.

Después de que todos estuvieran de acuerdo, me volví hacia el traficante y le agarré del cuello de la camisa, levantándolo en el aire y asustándolo aún más.

—No te atrevas a desafiarme.

—No lo haré.

—Así está mejor. —Lo dejé caer con fuerza al suelo y dio un paso atrás tambaleándose.

Hice un gesto y todos fueron a tomar asiento. River y yo volvimos al interior del coche y empezamos a analizar las imágenes en la pantalla del portátil que Wallace nos mostraba.

Todo parecía demasiado tranquilo y, durante mucho tiempo, Tim no hizo más que frotarse las manos y balancear los pies, mostrando todo su nerviosismo. Yo solo quería que se quedara quieto y que mi objetivo apareciera pronto.

—Si se acobarda, dispárale —le ordené a mi hermano.

—Yo me encargaré.

El cielo se oscureció de naranja a azul oscuro muy rápidamente. Aunque las numerosas lámparas compensaban rápidamente la ausencia del sol, la noche seguía teniendo sus ventajas para los que querían esconderse.

Le seguí hasta que un hombre con traje negro se sentó junto a mi cebo. Parecía vestido como un hombre de negocios, pero al parecer su parte de los beneficios procedía de un ángulo ilegal.

—¿Tienes mi dinero?

—Sí... sí. —Tim empezó a tartamudear e inmediatamente supuse que podía poner en peligro todo el plan.

—¿Dónde está?

La carnada tomó el sobre y le temblaban tanto los dedos que lo dejó caer al suelo.

—¿Qué estás haciendo, maldito idiota? —Le agarró de la camisa e hizo que Tim se aterrorizara aún más.

Me indignaba que un tipo tan débil se arriesgara a pertenecer a mi mundo.

—Nos están... están mirando.

—¿Quién mierda está mirando?

—Nos entregó —River subrayó lo que noté enseguida.

Abrí la puerta del coche con furia y mi hermano vino conmigo. Corrimos hacia el tipo, que se levantó en cuanto nos vio movernos.

River tomó la pistola y disparó a nuestro informador. Su sangre salpicó al sospechoso, que intentó huir, pero Bill le detuvo apuntándole con la pistola.

—¿Quién eres tú? —gruñí, haciendo que me mirara.

—No soy nadie.

—Lo dudo.

Di un paso hacia él y el hombre se echó a reír.

—Yo en tu lugar no lo haría. —Se abrió la chaqueta del traje, mostrando los explosivos que llevaba atados al cuerpo.

—Es una trampa —alcanzó a decir River antes de que lo tirara del brazo y lo hiciera correr conmigo.

Tiré a mi hermano al suelo para protegerlo e hice lo mismo antes de que la bomba explotara, haciendo volar por los aires la mayor parte de lo que había cerca y devolviéndome al punto de partida.

Fuera quien fuera mi enemigo, era muy bueno distrayéndome y yo lo odiaba.



Manuela

Capítulo veintiséis

Estaba viendo la televisión en el salón cuando las noticias mencionaron una bomba que había estallado en Central Park, todo el mundo estaba muy preocupado y sospechaba que se trataba de un atentado terrorista. No tenía ni idea de que podía estar relacionado con nosotros cuando Lucian salió para atender una llamada y Fernanda fue tras él.

Mi curiosidad me hizo prestar atención.

—¿Están todos bien? —La angustia de Fernanda me hizo deducir rápidamente que se trataba de un incidente de la mafia y no de algún terrorista.

—Los están llevando al hospital.

—¿Hospital? —Me levanté del sofá, más preocupada de lo que debería.

Probablemente no debería haberme preocupado, o debería haberlo hecho, pero en ese momento era demasiado confuso, sobre todo cuando mi corazón se tensó y empezó a latir de una forma extraña que me desconcertó y me hizo sentir un sabor amargo en la boca.

—¿Qué ha pasado? —Me detuve junto a Fernanda y Lucian.

Mi mirada era dolorosa y exigía una respuesta.

—Steven y River estaban cerca de donde explotó la bomba.

Tragué saliva y crucé los brazos detrás del cuerpo para disimular que me temblaban las manos.

—¿Están bien?

—Perdieron el conocimiento con el impacto. Los soldados los llevaron al hospital. Iré allí y les traeré más noticias.

—¿Puedo acompañarte? —Me mordí el labio y hablé en voz baja, insegura de si quería que me oyera o no.

Fernanda y Lucian se miraron hasta que él movió la cabeza afirmativamente.

No me molesté en tomar mi bolso, ni el móvil, ni siquiera los documentos. Solo quería ponerme en marcha y asegurarme de que iban a estar bien.

Había visto a mi padre, mis tíos, mis hermanos y mis primos heridos. Eran gajes del oficio cuando se trataba de la mafia, pero no por ello estábamos menos preocupadas. Creo que mi mayor temor y el de las demás mujeres de la familia era que nunca volvieran a casa.

Me metí en el coche con mis suegros y el soldado condujo hasta el hospital donde estaban Steven y su hermano. Parecía que tardábamos una eternidad en llegar y mi corazón latía con fuerza a cada minuto. Por mi mente pasaban las hipótesis más diversas.

Sacudí la cabeza para no castigarme.

El soldado nos dejó en la puerta del hospital y Lucian fue el primero en bajar del coche, Fernanda le siguió de cerca y yo fui la última. Eran sus hijos los que habían resultado heridos y tenían todo el derecho a estar aterrorizados, mucho más que yo.

Una enfermera nos llevó al ascensor y subimos a una de las plantas superiores del hospital. Nadie me dijo nada más y empecé a pensar que los dos podrían estar en una UCI o en una sala de operaciones.

Me metí las manos en los bolsillos de los jeans al darme cuenta de que mi angustia hacía que me entrara un sudor frío. Ya no me molestaba en demostrar si estaba aterrorizada o no.

—Ya están aquí. —Indicó la enfermera mientras abría la puerta de una habitación—. Estaremos disponibles si necesitan algo.

Lucian asintió y Fernanda apartó a los hombres para ser la primera en entrar. Más que una mujer firme o una ex agente del FBI, en aquel momento era solo una madre desesperada.

—¡Mis hijos!

—Estoy bien, mamá. —Oí la voz de River incluso antes de entrar en la habitación.

—Me diste un susto.

Vi al más joven en una cama cerca de la puerta. Llevaba ropa de hospital, pero no parecía herido, más allá de un pequeño corte en la frente.

—Nos han encerrado aquí para hacernos exámenes, pero les he dicho que estoy bien. —River intentó sacarse la vía, pero se detuvo cuando la firme mirada de su madre lo reprendió—. Steven me protegió.

Cuando dijo el nombre de su hermano, mi mirada recorrió la habitación hasta que encontré a Steven tumbado en la cama cerca de la ventana, mirando el cielo a través de ella. Ya había caído la noche, pero la luminosidad de Nueva York era tan intensa que parecía imposible ver alguna estrella.

—¿Steven? —Me acerqué a su cama y mi marido me miró.

Tenía algunos arañazos en la cara, el cuello y los brazos, pero el vendaje alrededor de las costillas demostraba que probablemente le habían herido mucho más en esa zona.

—¿Te encuentras bien? —Contuve la respiración ante la incómoda opresión que afligía mi corazón.

—Esta vez no fue... —Sonrió como burlándose de mí.

—¿Qué cosa no fue? —Alcé las cejas sin entender exactamente lo que había dicho.

—Que te libraste de mí. Sigo vivo y no tengo intención de desaparecer pronto.

¡Idiota! Apreté los dientes, enfadada porque me había hablado así. Temía desesperadamente que se hubiera hecho daño de verdad, pero lo único que consiguió fue sacarme de mis casillas.

Hinché el pecho y crucé los brazos en una postura algo más segura y amenazadora.

—Es una pena, quién sabe la próxima vez.

—¡Manuela! —me reprochó Fernanda.

Resoplé a Steven y él me devolvió el gruñido. Si estaba de humor para burlarse de mí, era porque estaba genial y yo me había estado preocupando por nada. No se merecía mi angustia. Habría sido mejor que se hubiera muerto.

Salí pisando fuerte. No tenía ningún motivo para quedarme en aquella habitación. Solo quería irme y volver a ver la televisión.

Busqué en el bolsillo, maldiciéndome al recordar que ni siquiera había traído el móvil. Podría jugar a algo o chatear con alguien en casa.

Mi hogar... Las palabras resonaban en mi cabeza y me llenaban de nostalgia. Cómo deseaba volver a Roma y estar cerca de mi familia. Echaba de menos los consejos de mi abuela, poder abrazar a mi madre o entrenar con mi padre y mis hermanos. Para ser sincera, incluso quería volver a los programas que mis primos y yo solíamos hacer juntos.

Encontré un banco de espera en el pasillo y me tiré sobre él, deslizando la espalda contra

el respaldo hasta hundirme en el tapizado. Era un hospital sofisticado y al menos los asientos eran cómodos. Además, esperaba no tener que pasar mucho tiempo allí.

Apoyé las manos en las rodillas e incliné el cuerpo hacia delante, mirando hacia el pasillo blanco con suelo de granito. La gente, sobre todo enfermeras y celadores, pasaba de un lado a otro, pero ninguno reparó en mi presencia.

La sensación que tenía era que en algún momento perdería mi esencia y me borraría por completo.

Quería decirle a mi padre que me iba a tomar este desafío con calma, pero cada vez me resultaba más difícil lidiar con él. Cuando sentí que podía acercarme a Steven, hizo todo lo posible por extraer toda la rabia que cabía en mí.

Sentí que una mano me tocaba suavemente la pierna y me di la vuelta para encontrar a Fernanda mirándome atentamente.

—¿Te encuentras bien?

—No fui yo quien salió herido. —Me encogí de hombros.

—Las lesiones no suelen ser solo físicas.

—¡Es un idiota! —escupí las palabras.

Fernanda sonrió, lo que me hizo fruncir el ceño.

—¿Por qué te ríes? —Giré mi cuerpo, encarándola mejor.

—Parecen niños burlándose el uno del otro.

—No soy una niña.

—Tampoco Steven, pero deben recordarlo. Las consecuencias son mucho peores que simplemente un reto de mamá.

—No es culpa mía.

—No estamos buscando culpables, Manuela.

Volví la cara, mirando a los dos médicos que pasaban charlando por el pasillo.

—Sólo fue un susto. Se pondrá bien —dijo Fernanda como si me interesara saberlo y, en el fondo, seguía preocupada.

—Gracias. —Volví a mirarla.

Mi suegra sonrió y me acarició el hombro antes de levantarse y volver al dormitorio. No volví a aventurarme a entrar en la habitación. En aquel momento me pareció mejor mantenerme alejada de las discusiones con Steven.

Les dieron el alta y volvimos a casa en coches separados. La mejor alternativa parecía ser mantener las distancias.



Steven

Capítulo veintisiete

Giré el cuerpo todo lo que pude para mirar a mi espalda. Los fragmentos de la bomba habían sido lo bastante fuertes como para golpear mi chaleco antibalas como disparos y dejar marcas. Eran rojas y algunas incluso a cortar la piel, pero esperaba que con un poco de tiempo y pomadas desaparecieran.

Ya fue una gran suerte que ninguno de ellos me golpeara la cabeza o el cuello, porque podría haber sido fatal.

Esa noche tenía que ir a una fiesta y, afortunadamente, la chaqueta ocultaría todas las heridas y nadie tendría por qué enterarse.

Al formar parte de la mafia, incluso antes de que mi padre me cediera el mando, las lesiones formaban parte de la rutina. Estaba en una posición en la que, además de mucho dinero, también coleccionábamos enemigos.

Iba a asegurarme de que el cargamento de heroína había llegado al puerto esa mañana y luego me iría a casa a preparar el acontecimiento.

Me puse un polo y tomé una chaqueta nueva del armario. Luego salí de la habitación justo cuando Manuela salía de la suya. Apartó la vista en cuanto la miré fijamente.

Después de que volviéramos del hospital el día anterior, no me había dirigido la palabra y se mostraba aún más esquiva que de costumbre. No tener su atención, aunque fuera gritándome, me molestaba.

—¿No vas a preguntarme cómo estoy?

—Si sigues respirando, no tengo por qué preocuparme. —Se encogió de hombros y se dirigió hacia las escaleras, pero antes de que bajara, fui más rápido y la agarré de la muñeca, tirando de ella hacia mí.

—¡Suéltame! —Me golpeó el pecho con la mano.

—No te librarás de mí tan fácilmente.

Ella gruñó, intentando escapar de mi agarre, pero yo era visiblemente más fuerte.

—Puedes retorcerte.

—¡Imbécil!

—Sólo sabes gritar, ¿verdad? —Con una mano le sujeté la muñeca contra la pared y con la otra le rodeé la cara, haciendo que Manuela intentara morderme los dedos.

—¡Suéltame!

Le levanté el mentón y la puse frente a mí. Al sostenernos la mirada, fue como si miles de rayos eléctricos pulsaran a nuestro alrededor, como si estuviéramos llenos de cables desenchufados.

—Di que me odias. —La apreté contra la pared, privándola del aire de sus pulmones con la fuerza de mi pecho.

—¡Te odio! —Se llenó la boca para hablar como si no estuviera siendo influenciada por mi presión.

No podía negar que estar tan cerca de su cuerpo incitaba mis deseos. Estaba excitado y no tuve reparos en frotar mi rígida verga contra ella para que sintiera toda mi erección palpitando dentro de mis jeans.

—Dime que no me quieres. —Me froté más fuerte, haciéndola estremecerse.

—No te quiero.

Bajé la cabeza y mi nariz se acercó a milímetros de la suya. Nuestras respiraciones entrecortadas habían encontrado un ritmo común y mi excitación aumentó aún más al examinar los pechos redondos que asomaban por el escote de su blusa. Se agitaban y quise sacudirlos mientras ella rebotaba en mi regazo.

Acerqué mi boca a su cuello y Manuela inclinó la cabeza hacia atrás y pude ver cómo se estremecía cuando mis labios se acercaron a milímetros de su sensible piel, pero antes de que pudiera besarla allí, me aparté y le dediqué una sonrisa burlona.

—Buena chica.

Le di la espalda, seguro de haber ganado la partida y Manuela tardó unos instantes en darse cuenta de que había dicho exactamente lo que le había ordenado. Ella podría haber creído que nunca sería posible, pero yo había conseguido que me obedeciera.

—¡Cretino! —Me agarró del cuello y sentí un ligero dolor cuando sus uñas se clavaron con firmeza.

Volví a mirarla y vi que resoplaba como un toro furioso.

—Siempre voy a ganar. —Dejé que mi ego hable.

—No siempre. —Mantuvo su mano en mi cuello mientras nos mirábamos fijamente. Manuela jadeó como si hubiera corrido kilómetros cuando sus delicados dedos recorrieron mi mejilla.

—¡Ven aquí!

No protesté cuando tiró de mí hacia ella, lo único que hice fue bajar la cabeza y permitir que nuestras bocas se encontraran. Nunca lo admitiría en voz alta, pero me moría de ganas de volver a besarla.

Volví a presionarla contra la pared y Manuela gimió mientras la inmovilizaba contra mi pecho. Mi lengua se deslizó entre sus labios y empezó a explorar cada rincón de su boca mientras mis manos dominaban su cuerpo, empezando por sus muslos y yendo directamente a su culo.

La parte animal de mí estaba completamente liberada y no me importaba nada más, y menos las razones por las que quería evitar a Manuela a toda costa. En aquel momento, yo era un hombre lleno de deseo y ella una mujer hermosa a la que solo podía pensar en devorar.

Sentía sus uñas en mi espalda, presionando los moratones, pero estaba dispuesto a soportar cualquier dolor con tal de tenerla frotándose contra mí.

Antes de que Manuela se atreviera a apartarse por miedo a que alguien se nos cruzara en el pasillo. La agarré por la cintura y la levanté, abriendo la primera puerta disponible. Era el baño de invitados del pasillo. La cerré de golpe y con llave, atrapando a Manuela en la habitación conmigo.

Nuestras miradas volvieron a cruzarse y no se pronunciaron más palabras. Eran prescindibles. La tomé por la cintura y la senté en la encimera de mármol junto al lavabo. Volví a inclinar mi cuerpo sobre el suyo y mi boca se apoderó de su cuello, dejando mordiscos y chupetones mientras mis manos apretaban sus firmes muslos. La calentura despertó una fiera en mí y me hizo actuar mucho más allá de lo racional.

Le subí la blusa y Manuela solo tuvo tiempo de levantar los brazos para que cayera en un rincón del cuarto de baño. Le abrí el sujetador por la espalda y también lo tiré al suelo. Los pezones de sus pechos estaban duros y rodeé uno de ellos con la lengua. Chupé y mordisqueé mientras Manuela me abría la chaqueta. Me aparté solo para dejar que la prenda resbalara por mis brazos.

Le bajé la cremallera del pantalón y la agarré por la cintura. Manuela se apoyó en el lavabo y levantó las caderas, dejando caer las zapatillas mientras yo le bajaba los pantalones junto con las bragas. Ya la había visto desnuda antes, pero me seguía sorprendiendo lo buena que estaba. Sus pechos estaban firmes, al igual que todo su cuerpo. Hacía ejercicio, como ya había visto, lo que la mantenía delgada y bien formada.

Manuela me quitó la camisa y luego yo me bajé los pantalones y los calzoncillos. Abrí más sus piernas y miré su sexo mojado, que estaba a la altura de mi cadera porque ella estaba sentada en el lavabo.

Sonreí burlonamente mientras sujetaba mi miembro y lo frotaba contra su entrada, pero sin penetrarla.

Quería penetrarla lo más rápido y fuerte posible, pero en ese momento quería que me suplicara tenerme dentro de ella. Iba a tener que admitir que tenerme dentro de ella me hacía sentir bien y me daba más sabor a victoria.

Me froté el glande, sintiendo lo húmedo que estaba, extrayendo aún más de su néctar y haciéndola revolcarse sobre el mármol.

—¿Qué haces? —me dijo ella, inclinando la cabeza hacia delante, haciendo que el pelo le colgara sobre los hombros.

—Jugando con la comida.

—¡Detente!

—¿Quieres que pare? —Le di unas palmaditas en la vulva con la verga.

—¡Te odio!

—Lo sé, lo sé. —Puse solo la cabeza de mi verga en su entrada, sacándola empapada, y

Manuela rugió.

—¿Qué crees que me estás haciendo?

Me reí al ver sus pupilas dilatadas y lo mucho que su cuerpo clamaba por el mío. Puede que solo hubiéramos tenido sexo una vez, pero ese deseo había nacido en nosotros y me había bastado para despertarlo en mi mujer.

—Seré bueno, solo por esta vez, si me dices que pare lo haré. —Aparté mi pene y ella volvió a chillar.

La verdad era que no quería salir de aquel baño sin comérmela y dudaba que Manuela quisiera algo diferente.

—¡Gruñe, pelea y mándame a la mierda!

—¡Cretino!

Le lamí el pezón y Manuela se retorció y se le pusieron los ojos en blanco.

—Mándame a la mierda. —Volví a balancearme, recorriendo mi glande de arriba abajo y me di cuenta de que su excitación ya se había filtrado en el mármol.

—¡Vete!

—¡De acuerdo! —Solté el fregadero, pero antes de que pudiera dar un paso, me agarró de la muñeca.

—¡Métemelo de una buena vez!

—Sí, ¿verdad?

—Has ganado. ¿Satisfecho ahora?

—Todavía no. —Me reí al darme cuenta de que había tomado completamente el control del juego—. Me quieres dentro, ¿verdad?

Manuela asintió y separó más los muslos, dándome libre acceso a su vagina. Iba a llegar hasta allí, pero podría tardar un poco más.

Me quité los zapatos y terminé de deshacerme de los pantalones.

Manuela se revolvió en el banco, ansiosa por tenerme dentro de ella, cuando deslicé la mano alrededor de mi miembro, atrayendo aún más su atención hacia él.

—Para tenerme, tendrás que hacer algo primero.

—No juegues más sucio conmigo. —Apretó los dientes.

—Gané, ¿recuerdas? Así que esas son mis condiciones.

—No voy a hacer nada más.

—No pasa nada. —Busqué mis bragas y ella gruñó.

—¿Qué es lo que quieres?

—Bájate. —Tiré de su cintura y la llevé al suelo—. Arrodíllate. —Levanté con el pie la alfombrilla que había cerca de la ducha y la coloqué más en el centro para que ella pudiera apoyar las rodillas en ella.

Manuela movió la cabeza negativamente, pero se detuvo cuando tomé su mano y la puse sobre mi miembro.

—Te voy a dar lo que quieres, pero primero vas a poner la boca aquí. —La hice tocar mi glande con su dedo índice.

—Eso es cosa de prostitutas.

—Yo no me preocuparía por esas etiquetas. Puedes hacer lo que quieras entre cuatro paredes conmigo.

Lo último por lo que la juzgaría sería por chupármela, más bien todo lo contrario. Me moría por tener esa boca suave, casi angelical, deslizándose sobre mi miembro.

—Entonces me darás lo que quiero. —Se pasó las manos por el pelo y se lo echó hacia atrás.

—Lo haré. —Era una promesa que estaba segura de cumplir, porque no era solo su deseo.

Manuela se arrodilló sobre la alfombra y me rodeó la verga con los dedos. Verla arrodillada con los pechos al aire y el culo perfectamente redondo me volvió loco. Ni siquiera había acercado la boca y mi verga palpitaba entre sus dedos.

Sentí su lengua, su aliento caliente y enredé la mano en su pelo, sujetándolo en una coleta. Tuve que contener las ganas de penetrar más profundamente en su boca mientras el calor y la humedad me envolvían. Sus labios ejercieron la presión perfecta y no pude contener el gemido. Podía pensar que tenía el control de la situación, pero Manuela tomó ese control para sí misma cuando empezó a chuparme. Mi verga era toda suya y su lengua me tenía secuestrado.

Estaba poniendo los ojos en blanco y acariciándole el pelo cuando ella se detuvo y se irguió con confianza, empujando sus pechos hacia mí.

—Ya sabes lo que quiero. —Se enfrentó a mí con autoridad y confianza, pero al mismo tiempo era tan sexy que me volvió aún más loco por ella.

—Lo sé.

Rodeé su cintura con los brazos y la apreté contra la pared del baño. Separé sus muslos y la hice saltar para abrazarme con sus piernas. Me deslicé en su entrada.

Manuela dejó escapar un sonoro gemido de satisfacción y su placer alimentó aún más mi ego. Mi mujer estaba tan lubricada por su propia excitación que me deslicé con facilidad. Sentí cómo sus pechos golpeaban mi pecho con cada impacto y ella puso los ojos en blanco.

Estaba tan excitado que tuve que contenerme para no correrme demasiado rápido. Quería que me sintiera y que toda esa excitación se aprovechara. No iba a parar hasta que sus gemidos me dijeran que había llegado al clímax.

Sin bajarme de ella ni dejarla en el suelo, me di la vuelta y la llevé de vuelta al fregadero. Manuela acercó las manos a la superficie para apoyarlas y acabó volcando un vaso del lavabo, pero a ninguno de los dos nos importó.

Seguí penetrándola, cada vez más deprisa y con más fuerza. Sus muslos me apretaban, al igual que las paredes de su canal. Sentía que su placer aumentaba a medida que sus contracciones se hacían más fuertes.

Estaba sudando mucho para no correrme antes que ella. Agarré uno de sus pechos y tiré de su cintura, acercándola más a mi cuerpo e intensificando el roce de su clítoris contra mí.

La oía gemir y revolcarse, y eso me decía que iba por buen camino. En cuanto mi mujer se desvaneció, perdiendo fuerzas y cayendo hacia atrás, me dejé llevar y me uní a ella.

Le derramé todo mi semen, abrazándola con fuerza mientras mi chorro la llenaba.

Mis ojos recorrieron su cuerpo, que estaba tan sudoroso como el mío, y esperé a que pasaran mis espasmos hasta que me aparté, tomando un poco de papel higiénico para absorber mi líquido.

—Tengo cosas que resolver.

—Quizá tenga suerte esta vez. —Se burló de mí, dejando claro que las armas entre nosotros seguían en alto.

—Si no, tenemos una cita esta noche. Una fiesta importante. Ponte bonita cuando llegue.

—Soy bonita.

Por lo visto, yo no era el único con un gran ego, pero ni siquiera podía discutir con ella, porque Manuela tenía razón, era increíblemente guapa.



Manuela

Capítulo veintiocho

Miré hacia la cama y me fijé en el vestido negro. Era ligero, a la vez que muy sofisticado y algo sensual. Lo había comprado en una tienda cuando salí con Fernanda. Junto con el vestido había una caja que contenía un juego de joyas, pendientes, un anillo y un collar de rubíes. Me habían encantado las piezas y pensé que me quedarían perfectas, pero seguía preocupada.

Era poco probable que mi miedo tuviera algo que ver con la ropa, sino más bien con el hecho de que era el primer evento al que Steven y yo asistiríamos como pareja. Por mucho que estuviéramos casados, seguía habiendo una sombra caótica sobre nuestra relación. Pasábamos la mayor parte del tiempo peleándonos, pero cuando teníamos relaciones sexuales yo había experimentado el éxtasis de una forma increíble.

No confiaba en él, pero aun así estaba dispuesta a entregar mi cuerpo de nuevo y sumergirme en todo aquel placer.

Sacudí la cabeza y dejé de pensar. Era mejor que mi cuerpo no volviera a ponerse caliente y húmedo.

Me puse el vestido bajo unas bragas finas de encaje para que no se viera y estaba intentando abrocharme el collar cuando oí que llamaban a la puerta.

—¿Quién es?

Steven la abrió sin esperar a que yo dijera nada más y sentí calor al ver sus ojos recorriéndome.

—¿Estás lista? Tenemos que irnos o llegaremos tarde.

Giré hacia él. Aquel idiota era más guapo de lo que me gustaba admitir y aquella noche lo

era aún más. Sus ojos azules resaltaban sobre su esmerada chaqueta negra. Llevaba unos gemelos de rubí a juego con mis joyas y un moño.

—Estoy terminando.

—¿Necesitas ayuda?

—¡No!

Hizo caso omiso de mi respuesta y entró en la habitación, tomando el collar de mi mano y colocándose detrás de mí para abrochármelo. Consiguió abrocharlo con facilidad y me ajusté la pieza al cuello. Esperé a que Steven se apartara, pero no lo hizo, sino que me olisqueó el cuello y me puso la piel de gallina.

—Me gusta el perfume. —Me abrazó por la cintura.

—Llegamos tarde —dije con firmeza, poniendo una excusa para que se fuera.

Acercó su boca a mi nuca y un escalofrío me recorrió, inundando mi mente con imágenes de nosotros dos en el baño aquella misma mañana. Habíamos tenido sexo como animales, pero lo peor era que yo quería más. Mi sangre hervía como lava pura y empezaron las palpitaciones entre mis muslos. Steven no tuvo que estar mucho tiempo cerca de mí para que me mojara.

—Recuerda comportarte hoy, esposa.

—Fui bien educada. —Esquivé a un lado y me aparté de él, encarándolo de frente.

—Entonces no lo olvides.

—No hay problema.

—Vámonos. —Me indicó el camino para que fuera adelante y seguí hasta bajar la

escalera.

Había una limusina esperándonos en el garaje y Steven esperó a que me acomodara antes de sentarse a mi lado.

—No solo el Gobernador, hay otras personas influyentes del Estado y del país que están implicadas en nuestras empresas y son cruciales para que todo siga funcionando.

—No te preocupes, sé sonreír y saludar.

—Perfecto.

Asentí con la cabeza y no dijo nada más.

En cuanto me di cuenta de que mi asunto con Steven había terminado, giré hacia la ventana, contemplando las calles de Manhattan y los altos edificios que conformaban la zona de Nueva York. El lugar era muy bonito y llamaba la atención allá por donde pasaba. Al igual que mi Roma, aquella ciudad tenía su magia y estaba aprendiendo a amarla, pues cada vez tenía más claro que sería mi hogar durante muchos, muchos años.

Nos detuvimos frente a un edificio y un hombre se acercó a la puerta, abriéndonos y haciéndome caer en la cuenta de que estaba ante una alfombra roja. Salí del coche y Steven se detuvo a mi lado, tendiéndome el brazo.

—Esposa.

Afirmé con la cabeza y me dejé llevar. No me lo había dicho directamente, pero sabía que quería que me comportara esa noche porque los demás no podían vernos peleándonos como perros y gatos.

Entramos en un salón bellamente decorado con flores naturales, arañas de cristal y velas. Había refinamiento por todas partes. Un camarero pasó junto a nosotros y Steven tomó una copa

de champán, me la dio a mí y otra a él.

—Saludemos al gobernador y busquemos nuestra mesa.

Asentí con la cabeza y di un sorbo a mi bebida.

Me dejé guiar entre la gente, algunos se pararon y saludaron a mi marido, yo me limité a sonreír. Luego llegamos a donde estaba el gobernador. Era un anciano, parecía varios años mayor que mi padre, su cara tenía arrugas y su pelo era blanco. Pero lo que más me sorprendió fue su mujer, que parecía de mi edad o incluso más joven. Tenía el aspecto y el cuerpo de una modelo.

—Gobernador. —Steven le tendió la mano.

—Señor Lansky, parece usted muchos años más joven —dijo el político en tono de broma.

—Es un honor tomar el relevo de mi padre.

—Espero que su familia y yo podamos seguir dirigiendo el negocio de la forma más beneficiosa para ambas partes.

—Se lo garantizo. —Steven se mostró firme, recordándole al hombre que ahora él era el jefe.

—¡Genial! ¿Y esta encantadora mujer? —El gobernador se inclinó hacia mí.

—Es mi mujer.

—Encantadora. —El viejo me tomó la mano y me besó el dorso.

—Gracias. —Traté de ser amable, aunque no podía decir lo mismo de él—. Es un placer

conocerlo.

—Lo mismo digo. —Me guiñó un ojo y fruncí el ceño, pero Steven pareció ignorar al gobernador.

Por extraña que fuera nuestra relación como marido y mujer, ese hombre no era una amenaza.

—Disfruta de la fiesta. —El político indicó la sala—. Hablaremos de ese porcentaje más tarde.

—De acuerdo. —Steven asintió y me rodeó la cintura con los brazos, arrastrándome con él hasta una mesa.

Estábamos ya muy lejos del gobernador y su esposa, cuando mi marido hizo un comentario sobre él.

—Dudo que ese viejo vago hubiera tenido una bella esposa si no hubiera sido rico.

—¿Dudas de la capacidad de conversación y seducción de un hombre?

—Lo digo en serio. —Steven se rió y acercó su boca a mi oreja, haciendo que mi corazón se acelerara y me agarré al bolso para disimular mi vergüenza—. No hay mejor habilidad que hacer que una mujer caliente se excite y dudo que él tenga la fuerza para hacerlo.

—¡Steven!

—Esa es nuestra mesa. —Colocó su mano en el centro de mi espalda y al tocar mi piel desnuda despertó aún más sensaciones en mí y me hizo estremecer aún más.

Me acomodé en la silla para mí y me contuve de abrazarlo. El acto delataría sin duda las sensaciones que había provocado en mí.

Estábamos en una mesa redonda con espacio para otras cuatro personas. Dos de ellas eran una pareja de inversores austriacos que pronto descubrí que se dedicaban al contrabando, y por último llegó un hombre no acompañado. A diferencia de los ancianos que había visto en la fiesta, no debía tener más de 35 años. Tenía los ojos color miel y el pelo castaño almendrado con un tinte rojizo. Llevaba traje, pero lo apretaba la musculatura y demostraba que estaba en buena forma.

Cuando me di cuenta de que el tipo me estaba mirando, giré la cara, avergonzada.

—Buenas noches. —Acercó una silla y se acomodó en ella—. Debería haber hecho un mayor esfuerzo por traer una cita para no sentirme tan solo rodeado de mujeres tan hermosas.

La señora de la mesa soltó una risita, pero era obvio que se refería a mí, porque no se molestó en ocultarlo.

—Lancelot Turner. —Me tendió la mano, esperando la mía.

Fruncí el ceño, pero antes de que mis dedos encontraran los del tipo, Steven fue más rápido y le tomó la mano, apretándome el muslo bajo la mesa con la otra.

—Steven Lansky.

—¡Ah, Lansky! No me es desconocido ese nombre.

—Es mejor por tu bien que lo sepas. —Mi marido lanzó a Lancelot una mirada amenazadora que debería haberle aterrorizado, pero no se dejó intimidar.

—Bueno, ¿dónde estábamos otra vez? —Se volvió hacia mí como si hubiera ignorado por completo a mi marido—. ¿Tu nombre?

—Manuela Bell...

—¡Lansky! —me corrigió Steven, recordándome que después de la boda no solo había perdido mi casa, sino también mi apellido—. Es mi mujer.

—Encantado. —Lancelot me sonrió.

Por muy valiente que fuera el hombre, yo empezaba a pensar que estaba loco. Yo no sabía mucho de seducción, pero estaba claro que estaba coqueteando conmigo delante de mi marido.

—¿En qué trabaja, señor Turner? —el hombre de la otra pareja desvió el tema para evitar una pelea, porque era evidente que Steven estaba irritado.

—Hace tres meses que soy presidente de un conglomerado farmacéutico que heredé de mi padre.

—Así que es un CEO.

—Trato mucho con clínicas y hospitales. Es una burocracia. —Extiende la mano para que un camarero se acerque a servirle.

—Pero debes ganar mucho dinero.

—Suficiente para hacer muy felices a algunas personas. —Volvió a guiñarme un ojo.

Steven no lo manejó bien, ya que golpeó con ambas manos la mesa e hizo sonar los vasos, perdiendo uno de ellos por poco.

—Más respeto antes de que te rompa la cara —amenazó mi marido.

—Lo que es bello debe ser apreciado, ¿no está de acuerdo conmigo, señor Lansky?

—Te recomiendo que quites los ojos de mi mujer, o los perderás.

—Es como una obra de arte. Única y sublime. Estoy extasiado.

Steven apretó los dientes y yo le sujeté la mano por debajo de la mesa, impidiéndole levantarse y atacar al otro tipo.

De todos los posibles sucesos de esa noche, nunca había pensado que alguien vendría, me intentaría seducir y pondría a Steven tan furioso. De hecho, ni siquiera había pensado que le importara tanto.

—Caballeros —intervino el señor—, no se puede negar que la señora Lansky es una belleza, pero también está comprometida. Mantengamos los nervios calmados, por favor.

—Me parece bien. —Lancelot se encogió de hombros, pero volvió a guiñarme un ojo, dándome a entender que no se había rendido.

Me acomodé en la mesa fingiendo que el ambiente tenso se había disipado, pero mis ojos se abrieron de par en par cuando me di cuenta de que el pie del tipo estaba metido en mi pierna. Tragué saliva y fingí que no pasaba nada. Hasta que empezó a meter su pie por la falda de mi vestido.

¿Ese hombre estaba loco?

—Necesito ir al baño. —Salté de la silla como excusa para alejarme de todo aquel bochorno.

En el fondo, en realidad me divertía que aquellos dos hombres jugaran conmigo, pero sabía muy bien el trágico final que podía tener aquella situación si Steven seguía dejándose provocar de aquella manera.

Salí tambaleándome y sin mirar atrás. Abracé mi bolso y seguí las señales hasta encontrar el baño de damas.

Me incliné sobre el lavabo de piedra y respiré hondo, arrancándome un mechón del pelo oscuro que me había tapado el ojo. No quería más desorden, pero quizá fuera más difícil deshacerme de él de lo que parecía.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Me sobresalté cuando vi la imagen de mi marido reflejada en el espejo que tenía delante. Estaba hinchando el pecho y resoplando como un toro. Su furia le rezumaba por los poros y yo no estaba preparada para ver aquella reacción.

—Acabo de venir al baño.

—¿Esperando a que ese imbécil te siga?

—¿Qué? ¡No! Solo huía de él.

—¿Crees que soy idiota? —Se acercó y me di la vuelta para que estuviéramos cara a cara.

—Yo no he dicho eso.

—Manuela Bellucci —dijo desdeñosamente—, ahora eres un Lansky.

—Era la fuerza de la costumbre.

—¿Costumbre? —Se rió, pero su expresión mostraba que no estaba nada contento.

—Steven, cálmate.

—¿Crees que voy a dejar que otro tipo mire así lo que es mío?

—¡Espera un momento! —Levanté la mano, pero me agarró la muñeca.

—Eres mía, Manuela.

—Desgraciadamente.

Eso fue lo último que pude decir, ya que no hizo más que avivar la ira de Steven. Empujó la puerta de uno de los cubículos y me arrastró al interior. Lo había visto fuera de control antes y sabía lo que significaba cuando el sentimiento se relacionaba conmigo.

Yo mismo cerré la puerta del compartimento, porque sabía que no escaparía de allí y no quería que nadie nos viera.

—No me estropees el vestido —le ordené cuando vi que sus manos se acercaban a mí.

Mentiría si dijera que no vislumbré un poco de miedo ante aquel feroz león, pero la excitación creció más deprisa y cuando su boca se apoderó de la mía, estaba dispuesta a ser su presa.

Steven me subió el vestido, pero mis bragas no se salvaron. Lo único que oí fue el sonido del encaje rasgándose y la prenda deslizándose hasta el suelo. Steven simplemente bajó la cremallera y sacó su pene, sin molestarse en desnudarse. Tiró de mí hacia delante y me penetró, mostrando su dominio y yo controlé mis gemidos para que mi placer no fuera evidente, ni siquiera ante el ardor, porque esta vez no me había mojado lo suficiente.

—Eres mía. —Gruñó antes de morderme la oreja.

—Podría ser lo que dice el papel —bromeé, aunque no fuera lo más prudente.

—Eres mía, Manuela Lansky.

—¿Y crees que me lo vas a demostrar penetrándome como un animal?

—Estamos casados.

—Como si te importara. —Apreté los dientes, pero mi cuerpo me traicionó, mis caderas rodando hacia él, frotándose contra su regazo.

Steven se calló, bajó la tapa y se sentó conmigo.

—Si no quieres, ¡levántate!

Me sentía demasiado cómoda con su verga dentro como para planteármelo. Podríamos haber estado en un baño público, en una fiesta que reunía a las personas más importantes de todo el estado de Nueva York, pero lo único en lo que podía pensar era en lo delicioso que era tenerlo dentro de mí.

—Cállate. —Le miré con seriedad mientras apoyaba las manos en sus hombros y volvía a rodar.

Steven me sujetaba por la cintura y me hacía botar, más rápido y más fuerte.

Apreté los labios para no gemir y me entregué al ritmo frenético de nuestros cuerpos. Cuanto más subía y bajaba sobre él, más lo deseaba.

Incliné la cabeza hacia un lado, jadeando, y Steven me mordió el cuello, poniéndome aún más cachonda. Sentí cómo acababa dentro de mí, pero no dejé de moverme hasta encontrar mi propio placer.

Me recosté en su hombro y me sorprendí cuando sus brazos me rodearon, pero no dije ni una palabra porque sabía que estropearían el momento.

Cuando me recuperé, saqué papel higiénico y me levanté de su regazo, limpiando el semen antes de que goteara.

—Volvamos a la mesa. —Hice caso omiso del hecho de que acabábamos de tener sexo y no llevaba bragas.

—No, vámonos.

—Pensé que este acontecimiento era importante.

—El gobernador ya nos ha visto.

—Pero...

—Vámonos, Manuela.

—De acuerdo. —Terminé aceptando, porque no tenía argumentos para continuar allí.

Fui la primera en salir del baño y Steven me siguió. En cuanto salimos, me rodeó la cintura con los brazos y me acercó a él. Yo estaba indecisa, sin saber si me gustaba o no esa posesividad.



Steven

Capítulo veintinueve

Si había algo que no me gustaba, era que intentaran quitarme lo que era mío. Fuera quien fuera ese tipo, casi pierde la vida. Iba a cortarle el cuello con el cuchillo de postre si seguía mirando a Manuela como si fuera un jugoso trozo de carne.

Yo era el jefe de Nueva York y no iba a permitir que se acercaran a mi mujer, pero mi rabia iba más allá, de una forma que no podía explicar y que me ponía aún más nervioso.

Abrí la puerta de la limusina y le indiqué el asiento a Manuela. Ni siquiera me miró, como si estuviera irritada por la situación, pero ¿qué esperaba que hiciera? Ya había matado a otros hombres por menos.

—Ni siquiera nos quedamos a cenar y tengo hambre.

—Tendrás comida en casa.

—No tenías que actuar así.

—¿No? —Sujeté su mentón y la hice mirarme.

—No. —Me dio una palmada en la mano, obligándome a soltarla—. Como si fuera a salir de allí y acostarme con el tipo.

—Ten mucho cuidado con lo que dices.

—¿Por qué?

—Soy el jefe y todos tienen que respetarme.

—Ah, ¿así que solo te enfadaste por eso? —Giró la cara y miró al exterior mientras la limusina se ponía en marcha.

—Nadie se atreve a desafiar al líder de Nueva York.

—¡Ah, claro! —Permaneció callada, pero visiblemente irritada.

Manuela tuvo suerte de que no matara a ese idiota delante de ella.

Como no dijo nada más, me callé mientras volvíamos a casa. No iba a dejarlo así. Iba a averiguar quién era ese tipo y darle una buena lección para que se lo pensara tres veces antes de volver a insinuarse a otra mujer casada.

Estaba distraído, alimentando aún mi ira, cuando sentí el impacto. Traqueteé dentro del coche cuando alguien golpeó el lateral de la limusina.

—¿Qué es eso? —le pregunté al conductor.

—Nos chocaron.

—Continúa.

—¿Algún enemigo? —Manuela se sobresaltó.

—Agáchate, el coche está blindado.

—Quiero un arma —dijo, en vez de obedecerme.

—Te protegeré.

—Me siento más segura si me das una pistola. Dejé la que me dio Fernanda en casa porque no me cabía en el bolso.

—¡De acuerdo! —resoplé mientras abría un compartimento bajo el coche, sacaba una pistola y se la entregaba a mi mujer—. ¿Sabes usarla?

—Sí, lo sé.

—Bien.

Nos estremecimos con otro choque. El conductor se esforzaba por evitar que el largo coche volcara. Me di cuenta del impacto de las balas en el cristal y Manuela dio un salto del susto. Puede que hubiera aprendido a disparar, pero dudaba que alguna vez se hubiera enfrentado a una situación así.

Oí un estruendo y me di cuenta de que la limusina empezaba a derrapar.

—El neumático reventó. —Me había dado cuenta antes de que el conductor me lo dijera.

Oía los disparos cada vez más fuertes. Los soldados que nos escoltaban estaban en un intercambio de disparos con los hombres que venían hacia nosotros.

Manuela tocó la manija de la puerta, pero la atraje hacia mí.

—¡No se abre!

—Tenemos que ayudarlos.

—El coche es lo que nos protege.

—¿Y los demás?

—Están aquí para cuidar de nosotros y yo voy a cuidar de ti.

—Puedo cuidarme sola —ella resopló.

—No necesitas ponerte dura ahora.

Manuela no discutió conmigo, pero se apartó de mis brazos y no llegó muy lejos mientras seguía oyendo los disparos.

—Nos van a matar.

—No lo harán. —Preparé el arma.

El coche era una burbuja, pero no duraría eternamente. Si seguían insistiendo, en algún momento el cristal o la carrocería se agrietarían.

Oímos más disparos y luego se detuvieron. Pensé que nuestros hombres habían salido victoriosos del enfrentamiento, pero pronto me di cuenta de que no era así cuando vi a un desconocido que se acercaba a la limusina.

Disparó varias veces a la cerradura. En lugar del cristal, parecía intentar romper la puerta. Tardó muchos minutos, pero lo consiguió.

Pateé la puerta, golpeándole antes de que pudiera abrirla y entrar en el coche. Salté y le di un puñetazo en la mano, haciendo que el arma cayera y rodara por el asfalto de la calle donde nos habían tendido la emboscada. De todas las calles, ésta era la que tenía menos tráfico, como si allí nos estuvieran esperando.

—¿Bajo las órdenes de quién estás? —Guardé el arma para vencerlo a mano e intentar sonsacarle información. Avancé hacia el hombre, que esquivó mi puñetazo dirigido al lado derecho de su cara.

—Creo que si te mato mi jefe estará muy contento.

—¿Quién es tu jefe? —Le golpeé en el estómago y el hombre retrocedió tambaleándose unos pasos.

No me contestó, sacó una pequeña navaja de bolsillo y se abalanzó sobre mí con ella, haciendo todo lo posible por golpearme. El tipo no era un mal luchador y no podía subestimarlo, lo supe con certeza cuando cortó un trozo de mi chaqueta con la afilada hoja.

Oí un disparo y me di cuenta de que otro hombre se había acercado a Manuela e intentaba sacarla de la limusina. Quise entrar para protegerla, pero mi distracción hizo que me alcanzaran y el corte en el brazo me causó dolor. Tuve que matar a aquel desgraciado antes de salvar a mi mujer.

Le di una patada en el estómago y le hice caer. Le di otro golpe en la cabeza.

—¿Para quién trabajas?

—Vas a tener que esforzarte más. —Se burló de mí mientras se levantaba.

No tenía tiempo, si quería proteger a Manuela, tenía que deshacerme de él lo antes posible.

Moví el cuerpo hacia un lado cuando el cuchillo pasó silbando por donde yo estaba. Le di un puñetazo en la espalda y volví a desarmarlo. Antes de que pudiera, agarré la navaja y lo apuñalé en el pecho, tirando para dar otro golpe en el corazón y asegurarme de que estuviera muerto.

Le di una patada mientras sacaba la navaja y me acerqué al tipo que se peleaba con Manuela. El tipo estaba distraído, esquivando los golpes de mi mujer, y no me vio llegar por detrás y acuchillarle el cuello.

—Oye, lo estaba manejando.

—De nada.

Ella resopló, pero en lugar de devolverle el gruñido, me acerqué a ella y le toqué la cara.

—¿Te encuentras bien?

Manuela me miró fijamente, pero antes de que pudiera contestar nos interrumpió el conductor.

—Señor, maté a los otros dos que estaban vivos.

—¿Y los cinco soldados que nos escoltaban? —Me volví hacia Bill, deteniendo el momento con mi mujer.

—Muertos.

—¡Oh, mierda! —rugí.

—Tenemos que salir de aquí antes de que llegue alguien más.

—Bill, llama a otros hombres para que nos recojan y vengan a limpiar el desastre. Quiero averiguar quién nos atacó.

—Sí, señor.

Pronto estábamos en un coche rumbo a casa.



Manuela

Capítulo treinta

Cuando llegamos a la mansión, nos recibieron Lucian, Fernanda y River, que corrieron hacia el coche donde estábamos.

Steven estaba sudoroso, enfadado y tenía una herida en el brazo. Yo, en cambio, estaba intacta. Quería decir que había sido gracias a mis habilidades de lucha, pero tenía la sensación de que el tipo con el que había peleado no tenía ninguna intención real de matarme. Sin embargo, como era una hipótesis descabellada, me la guardé para mí.

—¡Steven! —Fernanda le abrazó—. ¿Te encuentras bien?

—Si dejas de apretarme la herida.

—Lo siento. —Se alejó sin gracia.

—Dos ataques en dos días. Eso no es una buena señal.

—Cuando averigüe quién es ese cabrón, lo mataré muy despacio para dar ejemplo. —Steven seguía resoplando.

—Si es solo uno, podría ser el responsable de las píldoras de Marte —sugirió River.

—Si hay más de un culpable, podrías pensar que somos débiles.

—Saca el culo de Otto de la cama —ordenó Steven a su hermano—. Dile que investigue.

—También haré eso.

—Estupendo.

—Ten cuidado, hijo. —recalcó Fernanda.

River asintió antes de volver al interior de la casa, decidido en su misión.

—¿Por qué has vuelto tan pronto? —Lucian se acercó a su hijo y yo no quise formar parte de esa conversación.

La noche ya había sido bastante loca para mí y descansar parecía la mejor alternativa.

—Me voy a mi habitación. —Pasé junto a ellos y me dirigí al salón antes de que Steven empezara a explicarles la noche que había empezado con un idiota coqueteándome, progresando hacia una crisis de celos que me di cuenta que había sido causada por su propio ego.

Subí las escaleras a toda prisa y cerré la puerta, encerrándome en la habitación antes de tirar mi vestido sudado al suelo y entrar en mi cuarto de baño. Por supuesto que me preocupaba que hubieran intentado matarnos, pero todo quedaba fácilmente eclipsado por lo que Steven había dicho en la limusina.

Abrí la ducha e incliné la cabeza hacia atrás, dejando que el agua corriera de mi cara a todo mi cuerpo. Solo quería que se llevaran mi frustración y mi tristeza.

Por un momento pensé que los celos de Steven se debían a que sentía algo por mí, simplemente no decía nada. Eso estaría bien y pensaría que era menos idiota, pero pronto quedó claro que solo le preocupaba lo que pensaría la gente si veían a la mujer de su jefe coqueteando con alguien.

Siempre se trataba de él, ya ni siquiera debía decepcionarme. Ese matrimonio estaba condenado al fracaso por muy caliente que él hiciera mi cuerpo.



Steven

Capítulo treinta y uno

El traje me dio calor al entrar en la sala donde se encontraban los soldados encargados de la informática. Con todos los avances tecnológicos, era esencial contar con un equipo así, pero mi hermano y mi primo trataban con esos tipos más que yo. Sin embargo, aquel día quería respuestas y las quería rápido.

—¿Qué descubriste? —Aflojé el moño que me asfixiaba.

La adrenalina seguía tan caliente en mi sangre que el aire acondicionado no parecía ayudar en absoluto.

—Las matrículas de los coches que nos atacaron son falsas —comentó Otto, de pie junto al escritorio de un tipo que parecía muy concentrado en lo que tecleaba.

—En otras palabras, ¿aún no saben nada?

—Estamos investigando.

Un nombre fue susurrado por mis instintos y hablé sin pensar demasiado. Podían ser solo los celos que seguían actuando en mí, o el tipo era realmente alguien con quien debía tener más cuidado.

—Lancelot Turner. Quiero saber quién es y todo lo que puedas averiguar sobre él. ¡Rápido!

—¿Quién es este hombre? —Mi hermano se detuvo a mi lado.

—Alguien que espero que solo sea un idiota —murmuré, metiéndome las manos en los

bolsillos. No quería entrar en detalles sobre lo que había pasado ni mostrar toda mi perturbación que me había hecho abandonar la fiesta antes.

—Está por todo Internet —comentó una mujer y me acerqué para ver la pantalla de su ordenador.

Vi fotos suyas en coches de lujo y clubes nocturnos, derrochando todo lo que el dinero podía proporcionar.

—Es él.

—Tiene treinta y dos años. Acaba de hacerse cargo de la empresa tras la jubilación de su padre. Se dedican a los medicamentos y los cosméticos, y su fortuna se estima en más de dos mil millones de dólares.

—Aparte de ser idiota y rico, ¿qué más puedo saber de él?

—Le gusta coleccionar coches, es uno de los solteros más cotizados de Nueva York y presume de una mujer distinta en cada evento.

—¿Ninguna implicación con la delincuencia?

—Ni idea.

—¿Segura?

—Ni rumores, ni demandas, ni investigaciones abiertas. El tipo tiene un historial limpio. Puede que lo haya encubierto muy bien, pero creo que solo es un playboy.

—¿Debemos preocuparnos por él? —Otto alternó su mirada entre mí y la pantalla que mostraba la información que yo había solicitado.

—No ignoren que sea una posible amenaza.

—No hay problema.

—¿Crees que este tipo querría tener algo que ver con nosotros? —analizó River.

—Espero que no... —*Porque la próxima vez lo mato,* pensé. Me enfadé solo de recordar cómo se había insinuado a Manuela. Perder los dientes era el destino más feliz que le esperaba, pues aún no me había decidido a dejarlo ir.

—Reconocí a uno de los muertos —dijo otro hombre, atrayendo nuestra atención, y dejé de pensar en lo que me atormentaba.

—¿Quién es?

—¿Ves ese tatuaje? —El soldado señaló el dibujo de un dragón en la foto del cadáver de nuestros enemigos.

—Los RedDragons —refunfuñó River.

—¿Qué tendría que ver una banda de Queens con un atentado contra mi vida? —Me rasqué el mentón con la barba.

—Podría ser solo algún idiota pensando que somos débiles y que pueden hacerse con el poder de cualquier manera. —River cambió la mirada entre la imagen y yo.

—Tenemos que recordar a las bandas quién manda —dijo Otto y yo me limité a asentir.

Mis instintos seguían diciéndome que había algo mucho más peligroso que un ataque aislado de miembros de una banda. Eran muy fuertes y estaban bien armados, lo que solo podían conseguir con un apoyo que no era el mío.



Manuela

Capítulo treinta y dos

Di vueltas en la cama, girando de un lado a otro mientras mi mente se llenaba de imágenes de lo que había sucedido en lo que debería haber sido una simple cena con una influyente figura pública. Lancelot parecía el menor de nuestros problemas después de que nos hubieran atacado.

Cerré los ojos y vi a Steven luchando, a mí defendiéndome y el sonido de los disparos, el crujido del metal y los gemidos de dolor.

Me senté en el colchón y miré hacia la ventana, a través de los huecos de la cortina pude ver que el sol ya había salido. Habían pasado tres días desde el incidente y apenas veía a mi marido por la casa, ni a su hermano ni a su primo, seguramente estaban implicados en la investigación y yo odiaba estar allí encerrada sin hacer nada. Estaba cansada de que me hablaran de estar protegida.

Saqué el móvil de la mesilla de noche y me sorprendió un mensaje de mi abuela. En mi cara se dibujó una sonrisa, pero no duró mucho porque pronto fue sustituida por un sentimiento de añoranza.

Abuela:

Cariño, ¿cómo estás?

Manuela:

¡Hola, abuela! Te extraño.

Abuela:

Yo también, pequeña.

Manuela:

Ya no soy pequeña desde hace mucho, ja ja ja.

Abuela:

Para mí siempre serás pequeña.

Manuela:

Ja ja ja. ¿Cómo va todo por allí?

Abuela:

Nosotros también te extrañamos. La casa no es lo mismo sin mis nietas.

Manuela:

En algún momento nos íbamos a ir, pero me alegro de que mi padre y mis tíos sigan cerca de ti.

Abuela:

Pobre de ellos si desaparecen.

Manuela:

Ja ja ja.

Abuela:

Pero quiero saber de ti.

Manuela:

Estoy bien, abuela.

Abuela:

¿Segura?

Manuela:

¡Sí!

No tardé en contestar, porque no quería que me descubrieran en mi propia mentira. Menos mal que estábamos chateando por mensaje, porque habría sido difícil ocultar en mi tono de voz lo mucho que estaba luchando por no volverme loca con aquel matrimonio.

Abuela:

Rezo mucho para que Steven y tú sean felices.

Manuela:

Gracias.

Abuela:

Nos veremos pronto.

Manuela:

¿Vienes con mi padre?

Abuela:

Sí.

Manuela:

¡Qué bien! Estoy muy contenta con esta noticia, abuela.

Abuela:

Ahora me voy a la ONG con tu madre y tu tía.

Manuela:

Después seguimos hablando.

Abuela:

Hasta luego, nieta mía.

Manuela:

¡Nos vemos, abuela! Gracias por el mensaje.

Abuela:

Cuídate mucho.

Volví a dejar el móvil en la mesilla de noche y consideré la posibilidad de volver a hundirme en las almohadas, pero me alegró la noticia de que pronto vería a mi familia, incluida la abuela.

Decidí salir de la habitación, tenía hambre y se me revolvía un poco el estómago. Me cambié y salí al pasillo. La mansión parecía terriblemente vacía, no veía a Fernanda ni a ninguno de los Lansky, lo que me ponía más ansiosa.

Entré en la cocina y saludé a la cocinera, acercándome una silla alta y acomodándome junto a la barra.

—¿No prepararon la mesa del desayuno hoy?

—Eras la única aquí cuando llegué a trabajar por la mañana. Estaba esperando a que te despertaras para servirte el café.

—¿Sabes adónde fueron?

—Los soldados solo me dijeron que no estaban aquí.

—Comprendo. —Solté un suspiro agudo y me apoyé en la mano, cuyo codo descansaba sobre la mesada de piedra.

—¿Qué te gustaría comer?

—Podría ser una panqueca con mermelada de frutas y un jugo de naranja.

—Me ocuparé de ello.

—Gracias.

Me quedé mirando a la nada mientras esperaba a que la cocinera me preparara el desayuno.

Después de comer, podía volver a mi habitación y ver alguna de mis clases a distancia, entrenar o simplemente perder el tiempo frente al televisor o algunos vídeos en Internet. También había un libro que me había regalado mi abuela y que no había terminado de leer. Sin embargo, estaba tan angustiada que no podía concentrarme en nada. Cuando me sirvieron el desayuno, ni siquiera pude concentrarme en comer.

Yo había nacido en la mafia, mi familia había seguido ese camino generaciones antes que yo, no era nada nuevo que intentaran matarnos, pero aun así no podía evitar preocuparme. Steven y los demás estaban fuera mientras yo estaba sentada con los brazos cruzados. No es que mi marido se mereciera una mala noche de sueño por mi parte, se esforzaba por no hacer que me preocupara y la mayor parte del tiempo lo único que quería hacer era patearle el culo yo misma, pero en el fondo había una preocupación que no podía evitar.

—¿Desea algo más, señora?

—No, gracias. —Me levanté cuando oí el ruido de coches que se acercaban.

No debería haberlo hecho, pero fui al garaje. Salí por la puerta justo cuando aparcaban las camionetas negras. Primero salieron unos soldados, luego vi a River y Steven salió justo después de su hermano.

Cuando los ojos de mi marido se encontraron con los míos, apartó rápidamente la mirada, pero yo no hice lo mismo. En lugar de mirar en otra dirección, repasé su cuerpo e identifiqué algunas marcas de sangre. Se había enfrentado a alguien.

—¡Eh, Manu! —River pasó a mi lado y me saludó con una sonrisa.

—Hola.

—¿Ya estabas despierta? —Steven se detuvo frente a mí y nuestras miradas volvieron a cruzarse. Esta vez no apartó la mirada.

—No pensaba pasarme todo el día en la cama —le contesté bruscamente, aunque solo había hecho una pregunta.

—Como quieras. —Se encogió de hombros y me hizo apretar los dientes, ¿cómo después de todo el tiempo que habíamos vivido juntos podía seguir tratándome así?

—¿Dónde estaban?

—Tratando asuntos —era escurridizo.

—¿Averiguaste quién nos atacó?

—Todavía no.

—Tal vez cuando mi padre esté aquí pueda ayudar.

—No quiero que los Bellucci se metan en mis asuntos.

—Tal vez ya nos habríamos deshecho de los enemigos si no serías tan cabeza dura —resoplé, hinchando el pecho.

—No te he pedido tu opinión. —Steven me dio la espalda y subió las escaleras.

Oírle decir eso me hizo hervir la sangre, y no en el buen sentido. Quería arrancarle el cuero cabelludo con mis propias uñas.

Corrí tras él, impulsada por los murmullos de los soldados, y lo alcancé en el pasillo. Le tiré del hombro y le obligué a mirarme. Estaba furiosa y sus palabras habían sido la gota que colmó el vaso.

—¡No puedes hablarme así!

—¿Por qué eres una Bellucci? —dijo con desprecio el apellido de mi familia.

—Porque soy tu esposa. ¿No es eso lo que le dijiste a Lancelot Turner en esa fiesta? Si no quieres que coquetee con otras personas, será mejor que me trates bien.

—¿Estás diciendo que vas a traicionarme? —Steven apretó los puños y vi que se le salían unas cuantas venas de la frente, señal de que mis palabras habían despertado su ira.

—¿Crees que puedes hacerme lo que quieras y exigírmelo todo si ni siquiera eres capaz de respetarme?

—¿Vas a empezar a exigir? —Me agarró de la cintura y mi espalda chocó contra la pared, arrancándome un sollozo.

—Quiero que me trates como merezco.

—Mi mujer, ¿verdad? —Una de sus manos me soltó y se posó en mi pecho, lo que hizo que mis ojos se abrieran de par en par, pero no me moví ni me inmuté, me mantuve firme.

—Así es.

—Entonces mantente bien lejos de Turner o de cualquier otro idiota, porque eres mía.

Quise decir que así no funcionaba, pero Steven bajó la cabeza y me mordió el cuello. Cerré los párpados mientras mi cuerpo se hundía en una intensa oleada de deseo. Era muy peligroso que Steven me tocara así, porque no podía resistirme.

Me lamió desde la base de la garganta hasta el mentón y me estremecí entera, frotando mi cuerpo con más fuerza contra el suyo.

Me agarré a sus hombros y apreté las uñas contra su chaqueta cuando él subió la boca y estuvo a punto de rodear la mía.

—Sólo si tú también eres mío.

Steven no me contestó, se limitó a meterme la lengua en la boca con su habitual actitud mandona. Su otra mano también fue a mi pecho y me retorcí contra la pared mientras se apretaban.

La puerta más cercana era la de la habitación de Steven y él tiró de mí hacia ella, luego la cerró y me empujó sobre la cama, haciéndome caer de espaldas sobre el colchón.

Ojalá tuviera fuerzas para apartarlo y poder decir que cada célula de mi interior no estaba desesperada por más de esas caricias que rozaban el salvajismo, pero lo único que conseguí fue rodearle el cuello con los brazos y acercar su boca a la mía. Nunca me habían advertido de que el sexo podía ser tan peligroso y adictivo.

Steven bajó el elástico de mis shorts y deslizó su mano dentro de mis bragas sin ningún tipo de restricción. Abrí las piernas cuando su dedo se introdujo en mis labios mayores y tocó directamente mi clítoris.

—¿Es eso lo que quieres? —Empezó a estimularme, arrancándome varios gemidos mientras todo mi cuerpo se derretía bajo la deliciosa presión de su dedo.

Sabía cómo manipularme en el sexo, pero no iba a caer en la trampa, no esa vez.

Asentí y le puse la mano en el pecho, tomándolo por sorpresa.

—Levántate de encima de mí. No vamos a funcionar así.

—¿Estás segura? —Me penetró con el dedo, aumentando aún más mi excitación y haciéndome rodar sobre él.

Le quité la mano y giré sobre la cama, poniéndome encima. Debería haber aprovechado la oportunidad para irme, pero encajé perfectamente sobre su erección e incluso con la ropa puesta, pude sentirle y una oleada de lujuria aún mayor empezó a palpitar en mi interior.

No lo admití en voz alta, pero el tacto de su piel inflamó la mía más de lo que debía, o de lo que podía controlar.

—Levántate. —Steven me dio una palmada en el trasero.

—Cállate —gruñí, echándome el pelo hacia atrás mientras mis manos iban directas a la cremallera de su chaqueta.

Mi marido me sujetaba por la cintura y me hacía frotarme contra él, restregando frenéticamente mi sexo contra el suyo. La tela de mis shorts no era suficiente para contener mi humedad, porque la sentía cada vez más húmeda.

Me quité la blusa y la tiré al borde de la cama. Steven flexionó su cuerpo hacia delante, demostrando la fuerza de su abdomen y recorrió mi espalda con sus dedos, provocándome deliciosos efectos que me obligaron a cerrar los labios para no gemir. Me abrió el sujetador y lo tiró, sustituyendo la tela por su boca.

Me froté con más fuerza contra su miembro, revolcándome salvajemente mientras él me chupaba el pecho y jugaba con el pezón con la punta de la lengua.

Aproveché el momento hasta que me agarró por la cintura y nos hizo girar de nuevo sobre la cama, poniéndose encima de mí.

Dejé caer las zapatillas al suelo justo antes de que Steven me arrancara los shorts y las bragas y oí cómo cedía la tela, lo suficiente para suponer que había empezado a rasgarse. Se

deshizo de su propia ropa y volvió a inclinarse sobre mí.

Su lengua recorrió el valle entre mis pechos, dejando un rastro húmedo hasta mi oreja, y la brisa que entraba por la ventana fue suficiente para tocar la zona y hacerme estremecer y estar aún más sensible.

—¡Puta! —Me mordió la oreja y me recordó por qué a veces le odiaba tanto.

—Bastardo.

—Lo soy. —Frotó su duro pecho contra el mío, aumentando aún más la excitación que me carcomía y me dejaba completamente sin sentido.

Le agarré del pelo en la base del cuello y volví a acercar su boca a la mía, prefería que tuviera la lengua ocupada.

Sus manos recorrieron mis muslos, deslizándose desde mis rodillas hasta mis nalgas y me sentí muy sensible a cada una de sus caricias. No lo admitiría, pero quería que explorara cada parte de mi cuerpo, que apretara, besara y mordiera como Steven sabía hacerlo tan bien.

Movimos nuestras cabezas, buscando el mejor encaje para nuestras bocas, hasta que se acomodó entre mis piernas y sentí su miembro rozar mi entrada. Me moría por tenerlo dentro de mí, pero esta vez quería más de Steven.

Le agarré del pelo y tiré de él hacia atrás, rompiendo nuestro beso y haciendo que me mirara.

—Quiero que me devuelvas lo que te hice en el baño.

Steven me miró fijamente y movió los labios, pensé que iba a decir alguna estupidez, pero en lugar de eso empezó a mover la boca por mi cuerpo, recorriendo los pezones de mis pechos, mi vientre, hasta que alojó la cabeza entre mis muslos. Me mordió cerca de la ingle y

arqueé el cuerpo sobre la cama, hundiendo los dedos en la sábana.

Primero sentí su aliento, caliente y rápido, tocando la parte más sensible de mí hasta que llegó su lengua. Steven presionó mi clítoris mientras sus dedos se hundían en mi culo.

Intenté moverme, pero incluso rodar me resultó difícil y me encontré completamente rehén de su agarre y su boca.

Steven sabía cómo provocarme y alimentar sus deseos, y esta vez no fue diferente. Exploró todo mi sexo con su lengua, revelando sensaciones y lugares que yo desconocía. Yo quería que apretara más o que hiciera movimientos más ágiles con la lengua, pero él sabía cómo utilizar el estímulo adecuado para llevarme al borde de la locura.

Alternaba caricias y lamidas con sus labios chupándome el clítoris mientras sus manos recorrían mi culo, estimulándome los muslos y la zona inguinal. Pensé que iba a someterme a él, pero Steven jugó muy bien.

Gemí, hundiendo la cabeza en la almohada y clamando por más con cada caricia que recibía de él. Steven succionó mi punto más sensible con los labios mientras deslizaba uno de sus dedos en mi canal. Cuando empezó a penetrarme, me revolví sobre él, rendida a las sensaciones que se sumaban al movimiento de su boca y su dedo.

Cuando cerré los ojos, la sensación se hizo aún más intensa. No reprendí mis instintos y me dejé llevar por los movimientos de su lengua. Steven continuó un rato más, pero en cuanto se dio cuenta de que había llegado al clímax, dejó de provocarme y se arrodilló en la cama.

—¿Satisfecha?

Me limité a mover la cabeza afirmativamente, con la voz demasiado débil para hablar porque aún no me había recuperado del orgasmo.

—Pero yo no.

Me sorprendí cuando me dio la vuelta y me colocó boca abajo en la cama. Hundí la cara en la almohada justo cuando una bofetada estalló en mi trasero y lo dejó ardiendo ligeramente. Empujé por puro reflejo, pero no podía prever lo que estaba por venir.

—Quiero más de ti, Manuela.

Por el rabillo del ojo le vi abrir la mesilla de noche y sacar un tubo que no parecía de pomada ni de dentífrico.

—¿Qué vas a hacer? —Intenté alejarme.

—Quédate aquí. —Sujetó mi cintura para que no pudiera escapar.

—¡Steven!

—Voy a probar más de ti. Si te relajas, no te dolerá. —Su mano se deslizó por mi trasero y sentí cómo me abría las nalgas.

Intenté cerrarla por reflejo, esta es una zona prohibida y fue como si una advertencia parpadeara en rojo en mi mente.

—Creo que no...

—Relájate.

Me quedé muda cuando introdujo un dedo donde yo creía que nunca me penetraría. Steven seguía sujetándome contra la cama y pude esconder la cara en la almohada cuando añadió un segundo dedo al primero, preparándome para algo mucho más grueso que estaba por llegar.

Quería salir corriendo, pero mi curiosidad me llevó a quedarme y averiguar qué pasaría cuando me quitara otra virginidad. Me sentí un poco incómoda con la presencia de sus dedos, pero no había dolor.

Pronto me di cuenta de que estaba encima de mí. Steven sacó los dedos y volvió a darme una palmada en el culo. Me estremecí por reflejo y esto fue un incentivo para que continuara. Sus manos me agarraron por la cintura y bajaron hasta mis nalgas, abriéndolas de par en par. Me tapé la boca con la almohada cuando empezó a invadirme.

Los gemidos de Steven se hicieron aún más fuertes, lo que me hizo darme cuenta de que podía estar disfrutando de verdad. Tardé un rato en acostumbrarme a su presencia, pero a diferencia de nuestro primer polvo, no fue como si me estuviera destrozando. Una vez dentro de mí, sus manos volvieron a mi cintura y mi marido me atrajo hacia él. Pronto empezó a moverse y, antes de que me diera cuenta, tenía las rodillas sobre el colchón y el culo completamente al aire.

—Manuela... —Me sorprendí cuando me llamó por mi nombre entre gemidos de placer.

Me limité a devolverle el gemido y a frotar mi culo contra su pelvis mientras me metía y me sacaba de ella.

—Dame la mano.

—¿Eh?

—Así. —Se agachó para agarrarme la muñeca y me llevó los dedos a mi sexo—. ¡Tócate!

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Date placer. —Movió mi dedo hasta que empecé a hacerlo yo misma.

Empecé a sentir placer mientras me tocaba y la incomodidad que me producían sus movimientos desapareció por completo. Empujé más el culo, dándome acceso total mientras mis dedos me llevaban a una oleada de éxtasis. Podía rodar sobre él y sentirme tan delirante como si su verga estuviera en mi vagina.

—Eso es —gimió Steven mientras volvía a agarrarme por el culo.

La vergüenza quedó completamente a un lado y me dejé guiar exclusivamente por mis impulsos, que me indicaban la presión y la velocidad adecuadas.

Steven aumentó sus movimientos y pronto sentí que me llenaba con su líquido. No dejé de estimularme hasta que me uní a él. Sin fuerzas, me desplomé sobre la cama y mi marido se quedó encima de mí, aún empotrado. La presión de su cuerpo me empujaba contra el colchón y su aliento rozaba mi oreja.

Comenzó a deslizar su mano por mis contornos en una deliciosa y provocativa caricia. No me atreví a decir nada, porque no quería interrumpir el momento ni oír ninguna de las blasfemias que solía soltar.

Pasamos un buen rato así hasta que se levantó y fue al baño.

Fui detrás de él antes de que ensuciara la sábana.

Se metió en la ducha y se mojó el pelo. Tenía los ojos cerrados y el agua corría por su cara cuadrada, pero se dio la vuelta cuando me oyó entrar.

—¿Qué estás haciendo?

—Lavándome. Tengo semen en el culo —dije frunciendo el ceño, pero él se rió—. ¡Idiota! —Puse los ojos en blanco mientras agarraba el jabón.

Me lo quitó de la mano y bajó por mi vientre hasta tocar entre mis piernas.

—¿Prefieres mi semen en tu vagina?

—¿Has pensado que no lo preferiría en ningún sitio?

—Lo dudo mucho. —Empezó a jugar con mi clítoris, acariciándolo con la punta de los dedos.

—Detente. —Le agarré del brazo.

—¿Estás cansada?

—No.

—Te penetraría un poco más antes de volver a salir si eres amable.

—¿Has pensado alguna vez que tendrías que ser más amable?

—Bueno, es algo que definitivamente no es para mí.

—Quizás Lancelot podría ser mucho mejor y hacerme acabar más rápido.

Toqué un punto delicado que hizo rugir a Steven como una bestia y errar el tiro por poco.

—Ten mucho cuidado con lo que dices, esposa.

—Sólo tengo en cuenta algunos puntos según lo que tú mismo has dicho.

—Olvida ese nombre.

—¿Te sientes amenazado? —Lo único que quería oír era que estaba celoso y que le importaba al menos un poco nuestra relación.

—Nunca hará que te excites como yo lo hago.

—No tengo parámetros para comparar. —Me encogí de hombros.

—No los tendrás tampoco. —Me sujetó por el mentón y me obligó a mirarle.

—¿Crees que gruñirme te hace mejor en el sexo? —Me enfrenté a él con firmeza para que Steven tuviera la certeza de que necesitaría mucho más para intimidarme.

—No sabes de lo que hablas.

—Tal vez no. —Abrí la ducha—. Terminaré de ducharme en mi habitación.

Antes de que pudiera tomar una toalla del perchero, Steven tiró de mí y cerró la puerta de cristal casi rompiéndola.

—Te dije que no me provocaras. —Apretó los dientes.

—Ya te he dicho que no eres mi jefe.

—Eres mi esposa, Manuela Lansky.

—Sólo cuando acepte que eres mi marido.

—Lo soy.

Puso fin a la discusión besándome. Así es como siempre zanjábamos nuestras disputas, sin importar que acabáramos de practicar sexo, mi cuerpo volvía a encenderse con el roce de su piel húmeda sobre la mía. Steven me sujetó la cara con una mano, besándome ferozmente, mientras con la otra subía por mi muslo y lo rodeaba por la cintura.

Me preparé y solté un gritito cuando me la metió bien adentro. Aún estaba mojada y no sentí dolor por la fricción.

Le apreté los hombros y le devolví el beso mientras él se abalanzaba sobre mí, empujando cada vez más rápido y con más fuerza para que su cuerpo se amoldara al mío. Gemí

salvajemente porque no podía contenerme. Toda la rabia que me provocaba se transformaba en una erección con la misma intensidad. Quería matarlo tanto como anhelaba que conectáramos así.

Steven no dejó de dármela hasta que sentí que me acababa de nuevo. Parecía visiblemente cansado, pero insistió en sus movimientos hasta que me uní a él.

Me desplomé contra la pared, completamente impotente, y él se apartó, dejando que el semen corriera por mis muslos y fuera arrastrado por la ducha.

—Olvídate de Lancelot Turner.

Me encogí de hombros, pero no dije nada.

Esperé a que terminara de lavarse para meterme en la ducha y hacer lo mismo.

Steven se estaba secando fuera de la ducha sobre una mullida alfombra cuando volví a romper el silencio.

—Mi familia viene a visitarme.

—Lo sé.

—Quiero pedirte algo.

—¿Pedirme? —Se dio la vuelta para mirarme, sorprendido.

—Sí. Necesito que finjas que nuestro matrimonio no es un fracaso y que al menos puedes tener una conversación civilizada conmigo.

—¿Quieres fingir ante ellos que somos una pareja feliz?

—Así es. —Tragué saliva al sentir un sabor amargo en la boca.

Mentir nunca había sido la mejor alternativa, pero no sabía cómo reaccionaría mi familia si se enteraban de que Steven y yo casi nos matábamos todos los días. Tampoco quería admitir que había fracasado.

Siguió riéndose y provocó aún más mi ira.

—¿Sabes qué? No importa. Haz lo que quieras. —Salí de la ducha y le arrebaté la toalla de la mano.

—Negociemos.

—No es una negociación.

—¿Qué obtengo si colaboro?

—¿Encima quieres algo a cambio? —Fue mi turno de empezar a reír—. Te ahorrarás que mi padre te dispare.

—¿Crees que tengo miedo de Theo Bellucci?

—Eres un idiota. Eso es todo lo que pienso.

Estaba furiosa y me arrepentí completamente de haberlo planteado. Era obvio que Steven y yo no podíamos fingir ser una pareja feliz. Debería haberme tragado aquella estúpida idea en lugar de darle más munición a mi enemigo.

—Despreocúpate. —Me tocó la cara, atrayendo mi atención y haciéndome odiar aún más la facilidad con la que mi cuerpo se rendía al suyo.

—Te dije que lo olvidaras. —Me envolví en una toalla y salí de la habitación sin decir

una palabra más.

Fui a vestirme a mi habitación y solo quería evitar a Steven el resto de la semana para no acabar gimiendo debajo de él, en contra de toda mi racionalidad.



Steven

Capítulo treinta y tres

Gruñí cuando oí llamar a la puerta. Ella era mucho más difícil de controlar que todo un ejército y tenía la sensación de que estaba fallando en mi papel de líder por el simple hecho de no ser capaz de dominarla.

Salí del baño y tomé algo para vestirme. Llevaba tres días persiguiendo a un fantasma, desde el incidente después de la fiesta, no había parado de intentar encontrar al culpable, pero todas las pistas parecían callejones sin salida. El asqueroso responsable de todo era muy listo y sabía cubrir muy bien sus huellas.

Salí de mi habitación y vi a mi padre salir de la suya. Se detuvo delante de mí y su mirada captó la mía.

—¿Tú y Manuela se arreglaron? —Su pregunta fue directa y me agarró por sorpresa.

¿También él pensaba que teníamos que hacer un teatro para los Bellucci?

—¿Por qué lo preguntas?

—Estaban teniendo sexo. —No tuvo reparo en señalar algo que probablemente había escuchado.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Hijo...

—Papá, sé que estás aquí para ayudarme y que quieres que sea tan buen jefe como lo fuiste tú, pero Manuela no tiene nada que ver.

—Todo lo contrario. —Me sorprendió su tono enfático—. Es tu mujer, tu base. Ninguna lucha vale nada si estás solo.

—Te tengo a ti, a Fernanda, a River...

—¿Por qué eres tan reacio en aceptarla?

—Porque entonces aceptaría la ofensa de los Bellucci. —Apreté los dientes al admitir algo que me guardaba para mí.

Si me enamoraba de Manuela, estaría ignorando lo que me habían hecho y me parecía inaceptable.

—Hijo —mi padre resopló, moviendo la cabeza negativamente—, ¿vas a dejar que tu ego herido te impida ser feliz?

—Ella no va a hacerme feliz.

—Si realmente no lo permites, no lo hará. Cuando abras los ojos, te darás cuenta de que te estás castigando a ti mismo y a tu mujer.

Lo negué con la cabeza. No quería tener que bajar la guardia y admitir que al final me gustaba la mujer que me habían impuesto.

—No puedo abrirte los ojos, pero espero que cuando lo hagas no sea demasiado tarde.

—Vamos a seguir la pista del líder de los RedDragons. Otto me ha dicho que el departamento de tráfico envió unas imágenes de Xavier Igrejas tomando un tren hacia las afueras hace dos días. Ya debe saber que estamos tras su pista.

—Hay trabajo que hacer. —Mi padre no insistió cuando cambié de tema—. Voy a recostarme con Fernanda a descansar. Llámame si necesitas ayuda. Ten cuidado y protege a tu

hermano.

—Sin problemas. —Me metí las manos en los bolsillos y me dirigí al pasillo.

Manuela... En cuanto subí las escaleras, su nombre resonó en mi cabeza como el tañido de una campana. Me esforcé por alejarlo. No iba a admitir que la deseaba, ni siquiera ante mí mismo, por mucho que mis instintos me dijeran lo contrario.

—Levántate. —Le di un codazo a mi hermano, que estaba desmayado en el sofá.

—¡Ah, hola! —Se sentó frotándose los ojos como fuera de sí.

—¡Vamos!

—¿Cómo es que aún tienes aliento? —Soltó una risita.

—¿De qué estás hablando? —Furioso, fruncí el ceño para mostrarle a mi hermano menor que no estaba para bromas.

—Todos escucharon.

—Me alegro de que tu oído esté bien. La necesitarás para sobrevivir.

—Imagino que ella se habrá ido a dormir...

—¡Cállate, River! —Le di una palmada en el hombro a mi hermano y lo eché a andar.

La conversación con mi padre había sido suficiente por un día. No quería que mi hermano comentara mi actuación con mi mujer en la cama. De hecho, no quería que nadie hablara de ella, y mucho menos que me dijera cómo debía o no debía actuar.

Otto se unió a nosotros y nos dirigimos en un par de coches a la dirección que habíamos

encontrado en las afueras. Nuestra pista nos llevó casi una hora desde Manhattan. Esperaba que el jefe de la banda me diera algo más que salpicaduras de sangre en la ropa.

Recordé mi breve conversación con Manuela. Mi ego quería que Theo viera que su hija no me importaba, pero el resto de mi conciencia se empeñaba en ceder a su petición.

Quería encontrar una justificación. Ya me enfrentaba a una guerra en Nueva York y no necesitaba empeorarla teniendo que enfrentarme a los Bellucci. Por mucho que odiara su influencia, iba a lidiar con esa excusa poco convincente para no tener que decir que ella me importaba.

No me parecía factible dar un paso atrás y admitir que no tenía ni idea de cómo sería con Pietra, pero empezaba a sentir algo por Manuela y eso crecía cada día.

Quería su olor, su cuerpo, sus ojos fijos en mí incluso con expresión de enfado...

—Steven, hemos llegado. —La voz de mi hermano me sacó de mis pensamientos y me di cuenta de que el coche se había detenido delante de una casa de dos plantas.

Saqué la pistola de mi funda y la destrabé antes de salir del coche. River se había adelantado, pero contaba con la protección de Otto y de nuestros soldados. Bill y yo rodeamos la casa y esperé a que mi hombre derribara la puerta trasera antes de entrar. Oí el sonido de disparos y me di cuenta de que nos estaban esperando.

Atravesé la cocina y vi unas bolsas con montones de píldoras de Marte. Parecía que estábamos en el lugar adecuado y quería que alguien me diera respuestas.

Apunté con la pistola a un tipo que estaba embolsando droga detrás del mostrador y él levantó las manos, poniéndolas detrás de la cabeza al verse sorprendido por nuestra presencia.

—Entra ahí. —Le indiqué el dispensario con el cañón de mi pistola y el tipo hizo lo que le dije sin pensárselo dos veces.

En cuanto cerré la puerta, corrí a esconderme detrás de la nevera antes de que me dispararan.

—Tenga cuidado, jefe —advirtió Bill.

—Cúbreme.

Asintió con la cabeza y salí de la protección del refrigerador para alcanzar a un hombre escondido detrás de una pared. Mi disparo le dio en el hombro, pero fue suficiente para desarmarlo y que el siguiente fuera mortal.

Bill mató a un segundo que se acercó y nos reunimos con mi hermano en la habitación donde había otros tres cadáveres. Todos los cadáveres llevaban el tatuaje de la banda.

—Hay otras personas arriba. —Señaló mi primo.

—Quiero a Xavier vivo —les recordé. Tenía muchas preguntas que hacerle al líder y esperaba que alguna de ellas me condujera hasta el verdadero responsable de aquella droga.

Dudaba que una pobre banda de inmigrantes tuviera el apoyo necesario para fabricar y distribuir una droga como aquella. Había más peones en aquella partida, pero tenía que ser capaz de llegar a las piezas más importantes o sería yo quien recibiría el jaque mate.

—Yo iré primero —dijo Bill al subir las escaleras.

Indicó a otros hombres que fueran detrás para dar cobertura. Mi hermano, mi primo y yo les seguimos, de modo que los soldados eran nuestra primera línea. Estaban allí para matar y morir por nosotros.

Bill pateó una puerta.

—Vacía.

Pasamos a la siguiente.

Mi corazón se aceleraba de adrenalina con cada cerradura que rompíamos y solo encontrábamos habitaciones vacías. Hasta que entramos en un cuarto de baño y lo primero que vi fue una bañera blanca llena de un líquido rojo que estaba segura de que era sangre. Había un hombre latino en ella, con las muñecas acuchilladas, y en cuanto entramos en la habitación soltó la cuchilla.

—Hijo de puta. —Corrí hacia Xavier y le agarré del cuello, pero el hombre ya estaba expirando.

—¡Vete a la mierda, Lansky!

—¿Quién suministra las drogas?

Se rió de mí antes de que su cuerpo perdiera fuerza y me di cuenta de que no podía sacarle ninguna información a un cadáver.

O el cabrón que estaba detrás solo contrataba suicidas o era tan persuasivo que obligó a los hombres a suicidarse antes de que me dieran alguna información.

Me sentía como si estuviera cortando cabezas para que aparecieran dos en el acto. Eliminar peones seguía dejándome en desventaja.

—¡Mierda!

—Averiguaremos quién está haciendo esto, Steven —me aseguró mi primo, pero yo estaba seguro de que Otto no tenía autoridad para decir nada.

Les di la espalda y corrí escaleras abajo. Ni siquiera me molesté en abrir la puerta de la despensa que yo mismo había cerrado, la abrí de una patada y el hombre que había dentro se escondió aún más.

—¿Quién es el cabrón que está detrás de las pastillas?

—No lo sé.

—Dame una respuesta mejor si quieres vivir.

—La verdad es que no lo sé. Xavier solía venir aquí con las pastillas, pero nunca nos decía dónde ni cómo las conseguía, y nosotros tampoco hacíamos preguntas para no enfadar al jefe. Lo único que nos advirtió fue que tuviéramos cuidado con sus hombres.

—Quiero un nombre.

—Te juro que no sé.

Molesto, disparé al hombre en la cabeza y cayó hacia atrás, sin vida. Fue rápido y acabó sufriendo menos de lo que me hubiera gustado, pero parecía decir la verdad cuando dijo que no sabía nada. La jerarquía en aquella organización era mejor de lo que había imaginado y mantenía oculta la parte superior de la cadena. Para llegar hasta ellos, tendría que tirar de la cuerda y avanzar paso a paso hasta alcanzar mi objetivo.

Registramos el lugar, miramos ordenadores y teléfonos móviles, pero no encontramos nada.

—Steven, vámonos. —Mi hermano me tocó el hombro.

—Otro callejón sin salida —resoplé.

—Un día, quienquiera que sea, cometerá un error y lo agarraremos.

—Eso espero.

Volví al coche con los hombres y nos fuimos.

Mi búsqueda distaba mucho de haber terminado y no había renunciado a conseguir la cabeza del responsable de aquella trama en mi territorio.



Manuela

Capítulo treinta y cuatro

Bajamos de los coches en una pista privada antes de que llegara el avión con mi familia.

Debería haberme sentido inmensamente feliz de volver a verlos después de mi boda, pero lo único que sentía era que se me revolvía el estómago y una inquietud persistente. Tenía miedo. Quería mirarlos y sonreír, decirles que estaba estupenda y que no podían haber ido a ningún sitio mejor que Nueva York, pero mentir nunca había sido mi fuerte.

Steven estaba a mi lado, con el pecho hinchado y una postura firme. No era una sorpresa que no hubiéramos hablado mucho, pero los murmullos que oía por la casa y sus ausencias indicaban que seguían persiguiendo a un enemigo peligroso.

Dejé de pensar en ello cuando vi que un pequeño avión privado aterrizaba en la pista y reducía la velocidad hasta acercarse a nosotros. Ya venían. Me darían abrazos y mimos y me conformaría con eso.

Los operarios de tierra colocaron la escalera y se abrió la puerta. Estaba a punto de llevarme la mano al pecho cuando sentí una punzada, pero Steven entrelazó sus dedos con los míos y me quedé completamente desconcertada.

—No pongas esa cara.

—¿Qué estás haciendo?

—Accedí a su petición. —Me levantó la mano, con mis dedos aún entrelazados con los suyos, y me besó el dorso.

Me estremeció el primer gesto de afecto de Steven hacia mí en un momento en que no teníamos relaciones sexuales.

—¿Por qué?

—Ya tengo enemigos con los que lidiar.

Fruncí los labios. Debería haberme guardado esa pregunta, porque Steven siempre estropeaba el momento. ¿Qué esperaba que dijera? En el fondo, ni siquiera éramos cómplices.

Mi padre fue el primero en bajar del avión y se me humedecieron los ojos. No quería llorar, pero lo extrañaba mucho. Solté la mano de Steven sin pensármelo dos veces y corrí hacia los brazos que siempre me habían acogido.

—¡Papá!

—¡Hija! —Me abrazó y pude oler el perfume amaderado que mi padre llevaba desde que yo era niña.

Me acarició el pelo hasta que levanté la cabeza y vi a mi madre por encima de su hombro. Me solté de sus brazos para ir hacia ella.

—Mi pequeña.

Hundí la cabeza en el pecho de mi madre y sus lentos latidos me tranquilizaron. Estuvimos así un rato hasta que fui a saludar al resto de la familia.

—Parece que habías crecido unos centímetros —se burló Thiago.

—Qué gracioso. —Hice una mueca.

—Estás estupenda, hermana.

—Gracias, Lorenzo.

—¡Hola, Manu! —La señora canosa se acercó por detrás de mis hermanos.

—¡Abuela!

—Mi nieta. —Me tomó de las manos antes de abrazarme y solté un largo y profundo suspiro.

Su perfume de lavanda me envolvió y la apreté aún más, sintiendo cómo me relajaba. Como si pudiera encontrar la paz en cualquier parte, incluso casada con Steven.

—Estás preciosa.

—Gracias.

—Bienvenidos a Nueva York —dijo Steven con firmeza y calidez.

—Gracias, Steven. —Mi madre le sonrió.

—Nos vamos a casa, hay un almuerzo para darles la bienvenida. Mi familia también está esperando.

Todos asintieron y subieron a los coches que les habían indicado. Solos, Steven y yo fuimos al que nos había traído.

Justo cuando me acomodé en el asiento y volví la cabeza para mirar fuera, mi marido me llamó la atención con otra frase que me tomó por sorpresa.

—He pedido al personal que lleve tus cosas a mi habitación, tus padres se quedarán donde estabas.

—¿Dormiremos juntos?

—Sí.

—¡De acuerdo!

—¿Quieres algo más?

De hecho, quería varias cosas, pero preferí guardar silencio.

—No.

—Estupendo.

Estuvimos en completo silencio hasta que llegamos a la mansión. Seguí la ruta mirando hacia el East River, inventándome una excusa para no mirarlo. Era difícil controlar el torrente de sentimientos que la llegada de mis padres había despertado en mí.

Los coches entraron en el garaje y, nada más salir, vi a Lucian, Fernanda y a River. Junto a ellos estaban Lauren, Logan y sus hijos.

Diana me saludó y yo le devolví el saludo. Aparte de Fernanda, la prima de Steven era la que mejor me había recibido cuando llegué.

—¿Has tenido un buen vuelo? —le preguntó Lucian a mi padre.

—El tiempo era agradable, no había turbulencias.

—¡Qué bueno! —sonrió Fernanda—. Es un placer recibirlos en nuestra casa.

—Gracias por su hospitalidad y por cuidar de mi hija.

—Ahora es de la familia. —Lucian se llenó la boca para hablar y mi estómago se revolvió aún más.

Familia... Cómo echaba de menos pertenecer a un lugar como cuando estaba en casa. Estar lejos de todos los que más quería no era nada fácil.

—Entremos. —Fernanda indicó la puerta—. Imagino que tendrán hambre después de tan largo viaje.

—Pues sí. —respondió Thiago y la abuela soltó una risita.

Con ellos allí, me sentí por un momento trasladada a Italia y tuve la sensación de que todo iría bien.

Tomé la mano de la abuela y ella palmeó el dorso de la mía, como hacía cuando yo era niña.

Fuimos al comedor y, mientras mi padre charlaba con Lucian y Steven sobre asuntos de la mafia, yo me senté entre mi abuela y mi madre, turnándonos para abrazarnos una sobre los hombros de la otra. Cómo echaba de menos aquel calor y toda aquella bienvenida.

Después de comer pasamos al salón. Me quedé cerca de mis dos referentes femeninos mientras miraba e interactuaba con mi padre y mis hermanos.

Me aferré a ese momento con todas mis fuerzas, con la esperanza de que durara para siempre y no tuviera que volver a despedirme de ellos.



Steven

Capítulo treinta y cinco

Después de un día dedicado a los Bellucci, los acompañé para asegurarme de que estaban bien instalados en la habitación de invitados y volví a la mía, esperando encontrar allí a Manuela, pero mi mujer no estaba.

Recorrí el pasillo buscándola, hasta que una risa me guió hasta la habitación donde habían alojado a Lorenzo y Thiago, donde había dos camas individuales.

—¡Vamos, Manu! Tú puedes.

Me sorprendí cuando me detuve en la puerta y vi a Manuela arrodillada compitiendo en una pulseada con Thiago. Empujaba con fuerza y mantenía la igualdad, hasta que me vio y el susto le hizo perder.

—Has sido mejor, hermana.

—Tendremos una revancha. —Se echó el pelo hacia atrás.

—¿No has estado entrenando?

—No he tenido oportunidad.

Sonreía mucho, de una forma que no recordaba haber visto desde el principio de nuestro matrimonio.

—Vamos a enfrentarnos.

—Yo voy. —Lorenzo se subió la manga de la camisa, pero antes de que pudiera

acomodarse para luchar con su hermana, la llamé.

—Manuela —dije secamente.

—¿Qué te pasa? —Apretó los dientes mientras me miraba.

—Vamos a dormir.

—Puedes irte, yo no iré ahora.

Su respuesta me dejó un sabor amargo en la boca.

—¡Vamos, Lorenzo! Te he ganado muchas veces.

—No me hables de ventajas pasadas. He estado entrenando mucho desde que te fuiste.

—Ya lo veremos.

Seguí junto a la puerta, observando, y la vi empujar con fuerza, apretando los dientes. Parecía que su hermano iba a ganar la disputa, pero en el último momento, Manuela dio la vuelta a la tortilla.

—¿Qué haces aquí todavía? —Se giró hacia mí cuando se acordó de mi presencia.

—Esperándote.

—He dicho que te vayas, que tardaré un rato.

Contuve la respiración, no me gustaba nada la forma en que me hablaba y mucho menos que me dejara completamente ignorado en presencia de sus hermanos. Pero me tragué mi malestar y me fui a mi habitación.

No pasaría mucho tiempo antes de que ella dejara esa tontería y viniera a dormir.

Me quité los zapatos y la camisa y me tiré en la cama boca abajo. Estaba pesado y cansado de la carrera hacia ninguna parte. Odiaba pensar que alguien se burlaba de mí y sentía una gran necesidad de probarme a mí mismo todo el tiempo.

Oí otra carcajada de Manuela, que interrumpió mis pensamientos.

—¡Vieron, soy buena en esto!

Con su familia allí, me di cuenta de lo que era verla feliz. En cuanto llegaron los italianos, su expresión cambió y también su forma de tratarme. Estaba claro que no se lo pensaría dos veces en dejarme para quedarse con ellos.

¿Y si volvía a su casa?

Intenté alejar el pensamiento que me atormentaba.

Los divorcios no existían en nuestro mundo, los matrimonios eran hasta la muerte. Manuela no podía dejarme para volver con su familia, por mucho que lo deseara.

—Los echo mucho de menos...

Ella quería...

Me tapé con la almohada y la apreté, tenía que dormir, mañana sería otro día. Sin embargo, rodé hacia un lado y luego hacia el otro. Nada me hizo cerrar los ojos y dormirme.

Escuché la charla y las risas de Manuela con sus hermanos, poniéndome aún más alerta.

¿Tenían intención de pasar la noche así?

Eran más de las cuatro de la madrugada cuando cesaron las risas. No debí hacerlo, pero me levanté de la cama y fui al dormitorio. Sus hermanos estaban tumbados en la cama y Manuela estaba inclinada sobre uno de ellos, sentada en el suelo y se había quedado dormida así.

Me agaché y la tomé en brazos, apoyando su cabeza en mi pecho para llevarla a mi dormitorio. La estaba metiendo en la cama cuando mi mujer se despertó.

—¿Qué estás haciendo?

—Dormías en el suelo.

—Podrías haberme dejado allí. —Me apartó los brazos, empujándome hacia atrás.

—Despertarías con dolores en todo el cuerpo.

—Como si te importara.

Tragué saliva y necesité tiempo para pensar cómo iba a responder.

—¿Qué crees que pensaría tu padre si supiera que has dormido en el suelo ?

Entrecerró los ojos y apretó los dientes, estaba molesta, pero aceptó mi argumento, se movió hasta el borde de la cama y me dio la espalda.

—Buenas noches.

Ella no contestó y yo me quedé acostado, durmiéndome por fin. Sin embargo, me asaltaban pensamientos que me inquietaban. Todos me hacían pensar en cómo podría irse Manuela y eso no me gustaba nada.



Manuela

Capítulo treinta y seis

En cuanto me desperté, me sorprendió el brazo de Steven rodeándome la cintura y su aliento en mi nuca. Lo aparté de un empujón y no se despertó. Salté de la cama y pisé descalza el suelo. Recordaba vagamente que me había traído allí de madrugada y me había convencido con sus argumentos sobre mi padre.

Me alegré cuando recordé que mi familia estaba allí. Quería disfrutar de cada segundo con ellos hasta que me condenaran de nuevo a la soledad.

Me lavé los dientes y me cambié de ropa para salir de la habitación e ir a buscarlos. Mis hermanos seguían durmiendo, la puerta de mis padres estaba cerrada y bajé al pasillo para encontrar a mi abuela sentada en la cama rezando sus oraciones matutinas.

—¡Manu!

—¡Eh, abuela! —Me tomé la libertad de entrar en la habitación y me senté a su lado—. ¿Has dormido bien?

—Sí, ¿y tú? Pareces cansada.

—Debe ser solo tu impresión. —Me pasé la mano por el pelo, pero cuando me di cuenta de que esa excusa no había encajado, me apresuré a buscar otra—. Ayer también me quedé hasta tarde con mis hermanos.

—Tienes que dejar de esforzarte.

—¡Ah, abuela! Llevamos haciendo pulseadas desde que éramos niños, estoy acostumbrada, no tienes que preocuparte.

—¿Desde cuándo estás atrasada?

—¿Atrasada?

—¿No lo sabe Steven?

—¿Saber qué? —Estaba completamente confundida por la dirección que mi abuela había tomado la conversación.

—Que estás embarazada .

—¡¿Embarazada?! —Me sobresalté—. No estoy embarazada, abuela.

—¿Cuánto tiempo de retraso llevas? —insistió.

—No lo sé. —En estado de shock, hice cuentas mentales. Ante la llegada de mi familia, la menstruación era mi última preocupación.

—¿Y?

—Unos cinco días, tal vez más...

—Mira. He notado que estás un poco más hinchada que cuando te casaste.

—¿Ahora basta con mirar a las mujeres para saber que están embarazadas?

—La edad trae consigo el aprendizaje.

Permanecí en silencio mientras intentaba asimilar la información. No nos veía a Steven y a mí como una pareja de verdad, pero habíamos tenido suficiente sexo como para que se produjera un embarazo.

—A tu padre le alegrará saber que va a ser abuelo.

—Espera.

—¿Qué pasa? —Inclinó la cabeza para mirarme más de cerca.

—Todavía no digas nada. No estoy segura y...

—¿Quieres decírselo antes a tu marido? —habló más rápido de lo que podía pensar y acepté la excusa que me dio.

—Sí, por favor. —Intenté sonreírle lo mejor que pude, pero más bien fruncí el ceño, lo que debió de delatarme.

—¿Está todo bien, Manu?

—Sí, abuela. ¿Por qué no iba a estarlo? —Estaba metiendo la pata y lidiar con esa bola de nieve iba a ser mucho más difícil de lo que pensaba.

—Estás nerviosa y agitada.

—No me di cuenta de que estaba embarazada, ni imaginé que podría estarlo. Me agarraste por sorpresa y estoy un poco aterrorizada.

—No te preocupes. —La abuela me acarició las manos con su afecto y cuidado habituales—. Tu marido se alegrará inmensamente al saber que esperas tu primer hijo. Ya verás cómo esa noticia afecta a los hombres.

—Sí. —Seguí sonriendo.

—¿Quieres hablar de algo? —Doña Rosi se inclinó más hacia mí y temí que me sacara la verdad, pero por suerte me salvó la campana.

—¡Te encontré!

—¡Mamá! —Sonreí al ver su pelo ondulado colgando en la puerta.

Me levanté para abrazarla y el tema de mi abuela quedó cerrado por el momento, pero tuve la sensación de que si me apretaba más acabaría confesándome lo difícil que era tratar con mi marido.

—¡Ah, cómo te he extrañado, mi niña! —Me abrazó con fuerza y yo, por reflejo, aparté el estómago, retorciéndome para protegerla.

—Yo también te he extrañado mucho, mamá.

—Ustedes deberían venir a visitarnos. Si no aparecen ni siquiera en las fiestas de fin de año, aviso desde ya que me voy a poner muy triste.

—Allí estaré, mamá.

—Bien hecho. —Me apretó los hombros y por encima de los suyos vi a Steven caminar por el pasillo y detenerse junto a nosotros.

Sus ojos permanecieron fijos en los míos durante largo rato. Era como si tuviera mucho que decir, pero no se atrevió a abrir la boca hasta que lo saludó mi abuela.

—¡Steven!

—Doña Bellucci.

—Puedes llamarme Rosimeire, o simplemente Rosi, cariño.

—Claro, doña Rosi. —Volvió a mirarme hasta que susurró mi nombre—. Manuela.

—Hola.

Antes de que se instalara un ambiente tenso, mi padre apareció en el pasillo y saludó a todos con una sonora vitalidad.

—¡Buenos días!

—¡Papi! —Salí de los brazos de mi madre y entré en los suyos.

—Hola, jovencita.

—¿Has dormido bien? —Levanté la cabeza en busca de sus ojos verdes que solo Thiago había heredado.

—Suficiente.

—¡Qué bien!

—Vamos a desayunar. —Steven llamó a todos.

Asentimos y seguimos a mi marido al comedor, donde ya estaban sus padres.

Me alegré mucho de que mi familia estuviera allí. Con ellos allí, pude evitar parte de la tensión que surgía cuando Steven y yo nos enfrentábamos.

Embarazada...

Me froté las manos, intentando deshacerme del sudor frío cuando aquella palabra resonó dentro de mi cabeza. No sabía si estaba preparada para ello, sobre todo dadas las circunstancias en las que había sucedido. Quería ser madre, creía que la mayoría de las mujeres compartían ese deseo, pero las circunstancias en las que había sucedido me aterrorizaban.

Steven y yo nos gritábamos, nos ofendíamos y teníamos sexo como dos animales. ¿Cómo íbamos a cuidar de un niño si no podíamos cuidar de nuestro matrimonio? Sabía que yo tenía un carácter fuerte, pero Steven no cooperaba de ninguna manera, era como si intentara todo el tiempo que lo odiara, y lo conseguía.

—¿Manuela? ¡Manuela!

—Hola. —Parpadeé, tomando conciencia de todo lo que me rodeaba y dándome cuenta de que me había perdido en mis pensamientos.

—¿Me das el cuchillo? —Thiago me indicó un plato con cubiertos y yo asentí, entregándoselo.

Ni siquiera me había dado cuenta de que él y Lorenzo ya se habían unido al resto de la familia.

—Gracias.

—De nada.

Tomé una jarra de jugo de frutos rojos y me serví un vaso. Me dolía un poco la cabeza y aquel día tenía aún menos apetito que los anteriores, porque me molestaban las náuseas. Los síntomas cobraban más sentido con la sospecha del embarazo. Sin embargo, hice un esfuerzo por comer. Si realmente estaba esperando un bebé, tenía que preocuparme por otra vida además de la mía.

Durante el desayuno, me colé en la cocina con la excusa de recoger algo de fruta que no había servido y me encontré a la cocinera lavando unos cacharros.

—¡Hola!

—¡Señora Manuela! —Se llevó la mano al pecho, sobresaltada por mi inesperada

aparición.

—Lo siento.

—Estoy bien. ¿Necesitas algo? —Dejó la sartén y se secó las manos en el delantal blanco, prestándome toda su atención.

—En realidad, sí.

—Dímelo y lo prepararé.

—Bueno, lo que necesito es que me hagas un pequeño favor.

—Estoy a tu disposición. —Hinchó el pecho con una sonrisa y yo me encogí un poco incómoda.

Al mismo tiempo que tenía miedo de preguntar, veía a la mujer como mi única aliada para mantener esta información en secreto por el momento hasta que decidiera cómo iba a actuar.

—¿Señora? —insistió la criada.

—Lo siento. No sé por dónde empezar. —Me pasé la mano por el pelo.

—Desde el principio. —Se reía.

—Es una buena alternativa.

—Siempre lo es.

—Necesito que me hagas un favor, pero mantenlo en secreto. No quiero que nadie lo sepa todavía, especialmente mi marido.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par y frunció el ceño.

—Disculpe, señora, pero no quiero problemas con el jefe. Soy viuda con dos hijos que criar, y si algo les pasa a mis hijos...

—No te pasará nada. —Me apresuré a hablar antes de acabar alimentando un terror innecesario en la pobre—. Ni siquiera quiero que te arriesgues, pero no puedo salir sola. Solo quería pedirte que me compraras algo.

—¿Qué quieres que compre que tu marido no deba saber? —Arqueó una de sus gruesas cejas, analizándome a fondo.

—Un test de embarazo —susurré en voz tan baja que me pregunté si me habría oído.

—La señora está...

Hice un gesto con las manos, interrumpiéndola antes de que gritara esa información a los cuatro vientos.

—Aún no lo sé, así que necesito la prueba para averiguarlo. Es solo una sospecha.

Después de lo que había dicho mi abuela, era casi una certeza, pero no quería levantar pruebas contra mí demasiado pronto.

—¡Qué maravillosa noticia! El jefe se pondrá muy contento cuando sepa de su primer heredero.

No estaba tan segura de eso, pero era otro comentario que debía guardarme para mí. Steven y yo éramos complicados, por no decir otra cosa...

—¿Puedes ayudarme? Quiero estar seguro antes de decírselo.

—¡Claro que sí!

—Gracias.

—Voy a esperar a que todos terminen de desayunar y luego saldré a la farmacia a comprar eso para ti.

—Conseguiré el dinero y te lo daré.

—De acuerdo. —Me guiñó un ojo como si nos hubiéramos hecho confidentes.

—¿Manuela?

Me sorprendió oír mi nombre e inmediatamente me di la vuelta, viendo a Steven de pie en la puerta de la cocina mirándonos.



Steven

Capítulo treinta y siete

Con su familia allí, Manuela parecía más escurridiza que nunca. Tuve la sensación de que tal vez había cambiado de opinión respecto a fingir ante su padre que estábamos en armonía.

Me evitó aún más y me pareció extraño cuando huyó de la mesa del desayuno. Esperé una oportunidad para ir tras ella y la encontré en la cocina charlando con Jane como si fueran mejores amigas.

—¿Manuela? —La llamé y mi mujer giró hacia mí como si fuera el mayor fantasma que hubiera visto en su vida, lo que me incomodó aún más.

—Ah, hola...

—¿Ha pasado algo?

—No —se apresuró a responder, pero eso solo dejó aún más claro que me ocultaba algo.

¿Se fugará?

Ya empezaba a ponerme neurótico ante esa posibilidad, sobre todo porque sus actitudes se hacían más palpables por momentos.

—Tu familia está en la mesa preguntando por ti. —No me habían interrogado tanto, pero fue la mejor excusa que encontré.

—Ya voy.

Asentí con la cabeza, esperé a que pasara y la seguí como si la acompañara.

—¿Vamos a conocer Central Park? —oí decir a la madre de Manuela en cuanto volvimos a la sala donde estaban todos reunidos.

—Hay tantos lugares increíbles que visitar en un viaje a Nueva York. —Mi madrastra animó a mi suegra.

—¿Nos acompañas? —Tatiane se volvió hacia ella.

—¡Pero claro!

—¡Maravilloso!

—Tenemos que tener mucho cuidado con la seguridad de todos. Central Park es un lugar abierto y podríamos acabar convirtiéndonos en un blanco fácil. —Theo se cruzó de brazos mientras consideraba con cautela los deseos de su mujer.

—He apartado a una docena de hombres de mi confianza para que los acompañen y garanticen la seguridad —recalqué con autoridad.

—Gracias, Steven. —Mi suegro se giró hacia mí—. Vamos a sumar a los soldados que vinieron con nosotros.

—De acuerdo.

—¿Has estado alguna vez en Central Park? —Tatiane inclinó el cuerpo hacia mi mujer, que miraba feliz a su madre.

—Aún no he tenido la oportunidad.

—Estaba ocupado con asuntos de la mafia. —Me metí las manos en los bolsillos, tratando de justificar el no haber sacado a pasear a mi mujer, aunque en ese momento me parecía completamente insignificante.

—Hoy iremos allí con tu padre y tus hermanos. —Tatiane siguió haciendo planes.

—Los acompañaré —dije antes de dirigirme hacia mi hermano—. Puedes ocuparte de todo por hoy.

River se limitó a asentir.

—Estaré aquí para ayudarlo —me dijo mi padre, para asegurarse de que había tomado la decisión correcta.

Podía simplemente separar a más hombres y dejar que mi mujer se paseara por la ciudad con su familia a su antojo. No necesitaba perder el tiempo ni quedarme con ellos, pero en el fondo me corroía un terrible sentimiento. Si no iba, podía arriesgarme a no volver a verla.

Puede que fuera una sospecha infundada por mi parte, pero la sensación de que podía marcharse se hacía aún más intensa e inquietante con cada momento que su familia pasaba allí. Solo deseaba que regresaran a Italia lo antes posible y que la situación volviera a ser la que era antes de su llegada.

—Vamos a prepararnos. —La abuela de Manuela se levantó e hizo que el resto de la familia la siguiera hasta el segundo piso de la casa.

Theo Bellucci era el único que se quedó y sus ojos se dirigieron directamente a mí. El hombre, bien entrado en la cincuentena, tenía el pelo gris y se esforzaba por mantener su imagen de terror.

—¿Va todo bien? —me preguntó con tono firme.

—¿Por qué no iba a estarlo? —respondí en el mismo tono. Necesitaría mucho más para que me sintiera amenazado.

—Estamos lidiando con alguien que distribuye una droga sintética en Nueva York,

responsable del ochenta por ciento de las muertes por sobredosis más recientes, pero la situación está bajo control —dijo mi padre, hablando más de lo que debía, pero preferí callarme y dejar que interactuara con el hombre que tenía una edad similar.

—Parece que se interpone en los negocios.

—Como dijo mi padre, todo está bajo control. —Mantuve mi postura.

—Eso espero.

Podían ser líderes en Italia, pero estaban en Estados Unidos, en mi territorio, con mis reglas, y no iba a aceptar que se metieran en mis asuntos.

—Preparémonos para irnos. —Le indiqué el camino a Theo y di por terminada la conversación.

No discutió, se adelantó y se metió en la habitación donde se había quedado Manuela hasta que ellos llegaron y yo me metí en la mía.

Abrí la puerta sin llamar y sobresalté a mi mujer, que se estaba cambiando de blusa.

—Deberías haber esperado. —Apretó los dientes, gruñéndome.

—No hay nada ahí que no haya visto antes. —Esbocé una sonrisa pícara mientras me mordía el labio inferior, pero mi expresión no suavizó la suya.

—Lo que no significa que quiera que sigas buscando. —Recogió las prendas de vestir y entró en el baño, cerrándome la puerta en las narices.

—¡Manuela! —Fui tras ella, pero antes de que pudiera detenerla, escuché el sonido de la manija trabándose.

—Si quieres ir al baño, tendrás que esperar a que me cambie.

Golpeé la puerta con el puño, pero ella ignoró por completo mi reacción y la mantuvo cerrada.

Me quedé fuera, esperando, durante minutos que me parecieron interminables, hasta que oí el sonido de la cerradura que anticipaba su salida. Antes de que Manuela tuviera tiempo de reaccionar, tiré de ella por las muñecas y la inmovilicé contra la pared, esforzándome por recordarle quién mandaba.

—¡Suéltame!

—¿Crees que porque tu familia está aquí algo ha cambiado?

—Sigues siendo el mismo idiota.

—Soy tu marido. —Apreté los dientes.

—Desgraciadamente.

Solté su brazo para que una de mis manos pudiera ir a su sexo. Parecía más fácil cuando practicábamos sexo, sobre todo cuando las circunstancias me hacían sentir tan fuera de control.

—¡Detente! —gimió contradiciendo sus palabras.

—¿Detenerme? —Le mordisqueé la oreja y le pasé la lengua por la garganta, haciéndola estremecerse.

—Te dije que me soltaras. —Me empujó con una fuerza que me sorprendió y me hizo dar un paso atrás tambaleante.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Debería ser yo quien preguntara eso, pero como siempre eres tan idiota, ya ni me sorprende.

—Manuela...

—Quería que te comportaras al menos con mi familia aquí, pero tu estupidez es más fuerte que tú.

—¡Mira cómo me hablas!

—¿O qué? ¿Vas a pegarme?

—No te haría daño.

—Tengo mis dudas. —Siguió mirándome con fijeza y expresión amenazadora—. Y si crees que no me has hecho daño y que no me lastimas cada vez que abres la boca, plantéatelo nuevamente.

No me dio tiempo a replicar, salió dando un pisotón y cerró de golpe la puerta del dormitorio.

Me apoyé en la pared mientras sentía como si me hubiera pasado un tren por encima. Toda esta presión tenía un nombre y un rostro angelical. Pensaba que la presencia de su familia allí había puesto en peligro mi matrimonio, pero la situación pronto resultó ser mucho peor de lo que había imaginado.

Me cambié lo más rápido que pude y entré en el salón, donde encontré a todos reunidos, esperándome. Manuela sonreía, charlando con sus hermanos, pero su expresión cambió pronto cuando sus ojos me encontraron bajando las escaleras.

Ella ya me había menospreciado antes, pero todo se había intensificado, poniéndome en una posición que no podía manejar. Por rabia, ego herido y desafío, había hecho todo lo posible

para que me odiara, y parecía que lo había conseguido. Imaginaba que eso haría sufrir a todos los Bellucci en el proceso, pero empezaba a darme cuenta de que mi padre tenía razón y que el mayor perdedor sería yo.

—¿Vamos? —les llamé con aire indiferente.

No podía hacer frente a los sentimientos que llevaba dentro, así que parecía mejor ocultarlos e intentar procesarlos más tarde.

—Hijo. —Fernanda se acercó a mí con la mirada cariñosa que me dirigía desde que era niño y me hizo sonreírle—. ¿Qué te parece si los llevamos a la Isla de la Estatua después de tu paseo por el parque?

—Es una buena sugerencia.

—¿Te encuentras bien?

—Un poco preocupado por los negocios —mentí.

—Tu padre y River pueden encargarse de todo por un día o dos. Además, están Logan y Otto, todo irá bien.

—Sí.

—¿Podemos irnos?

—Sí, claro. —Le hice una señal y nos dirigimos al garaje.

Abrí la puerta de uno de los coches y esperé a que subiera Manuela, pero Fernanda iba en el mismo coche que nosotros, lo que nos impidió charlar durante el trayecto, si es que íbamos a poder hacerlo sin discutir de nuevo.

Llevábamos un tiempo casados y la situación seguía siendo tan delicada como un campo de minas. Me gustara admitirlo o no, yo tenía casi toda la culpa. Pensaba que estaba tomando la mejor decisión, pero ante la posibilidad de perderla, me sentí un poco extraño, por no decir otra cosa.

Durante el viaje al parque, nuestro almuerzo y la visita a la Isla de la Estatua, Manuela se mantuvo lo más alejada posible de mí y me habló lo menos posible. Sin embargo, para la familia, regaló animadas sonrisas e incluso jugó a la pelota con sus hermanos en el parque, como si todos fueran adolescentes.

Si no hubiera sido por la presencia de Fernanda, que me controlaba sutilmente, podría haber reaccionado peor y perder fácilmente el control que aún tenía.



Manuela

Capítulo treinta y ocho

En cuanto volvimos del paseo, la empleada me entregó el test y lo escondí detrás del inodoro de la habitación de Steven, esperando un momento para poder usarlo. Quería disfrutar de mi familia allí, pero el embarazo también me aterrorizaba y eso me hacía actuar aún con más dureza con Steven, se lo merecía, pero lo estaba culpando de la situación, en parte porque no quería ser madre mientras mi relación era un caos y una bomba constante.

Mis padres se querían, mis hermanos y yo habíamos crecido disfrutando de ese sentimiento e, independientemente de los asuntos familiares, estábamos unidos y podíamos contar los unos con los otros. Yo quería lo mismo para mis hijos, una relación sólida y un hogar seguro, pero parecía que no iba a poder ofrecérselo al bebé que crecía dentro de mí.

Steven había sido llamado por su padre para ocuparse de asuntos de la mafia y yo me dirigí al dormitorio, aprovechando el momento a solas para encerrarme en el cuarto de baño. Sentada en el retrete, abrí el test de embarazo y leí la información del prospecto, afortunadamente se podía hacer en cualquier momento después del primer día de retraso. Ya iba por el quinto y las posibilidades de estar embarazada parecían aún mayores.

Seguí las instrucciones y esperé el resultado. En cuanto aparecieron las dos rayitas, las palabras de la abuela se hicieron incuestionables. Había un bebé formándose en mí.

Lo tiré todo al fregadero y, por reflejo, me llevé las manos al estómago. Quería gritar, vibrar, llorar y sonreír, todo a la vez. La oleada de sentimientos que me embargó fue tan intensa que me dejó sin aliento.

Oí un ruido y me di cuenta de que Steven había entrado en la habitación. Lo recogí todo y lo tiré por el retrete, tirando de la cadena con todas mis fuerzas. Prefería correr el riesgo de atascar las cañerías que dejárselo ver tirándolo simplemente a la papelera.

No estaba preparada para decírselo. Me alejaría todo lo posible de sus comentarios y de lo mucho que me dolían. También tendría que ocultárselo a mi padre y al resto de la familia. Mi abuela era muy lista, pero sabía mantener las cosas en secreto y esperaba poder contar con su confidencialidad y discreción.

—¿Manuela? —Steven se paró frente a la puerta del baño.

—Voy a darme un baño. —Empecé a quitarme la ropa para meterme en la ducha.

—¿Puedo pasar?

—¡No!

—Prometo compensarte.

—Espera a que termine.

—Podemos ducharnos juntos.

—No quiero.

—¡Mierda! —Dio un golpe a la puerta que me hizo dar un respingo del susto—. Tú no eras el que quería que fingiéramos estar bien para tu padre, ¿por qué lo pones difícil?

—Estamos fingiendo.

—Entonces déjame entrar.

—¡No! No tenemos que tener sexo para fingir nada.

—Las parejas tienen sexo.

—Seguro que es un punto de nuestra relación en el que mi padre intenta no pensar.

Bufó y gruñó, pero los sonidos se calmaron e imaginé que se había alejado de la puerta.

Mentiría si dijera que no se me calienta todo el cuerpo solo de pensar en el sexo. La forma en que me abrazaba, lo que sentía cuando me penetraba, me tocaba y me besaba. Era bueno, adictivo, pero muy peligroso.

Me apoyé en la pared del baño, cerré los ojos y me agarré los pechos. Recordé su boca, su lengua y sus dientes mientras me tocaba los pezones. La intimidad entre mis muslos empezó a palpitar con más intensidad y apreté los labios para no emitir gemidos que me delataran en caso de que él estuviera escuchando.

Dejé caer una de mis manos y me toqué, mi dedo empezó a moverse en círculos y recordé la presión de la lengua de Steven y lo que sentía al revolcarme en su regazo mientras él estaba dentro de mí. Mis caderas empezaron a moverse como si él estuviera allí y me di placer para satisfacer ese impulso.

Por mucho que el deseo estuviera latente en mí, no iba a correr hacia él solo para saciar impulsos animales. Eso era lo que me había puesto en aquella situación y enterarme de que estaba embarazada me había dado un poco más de racionalidad.

Si no podía resolver la situación por mí misma, al menos necesitaba fuerzas para cuidar de mi bebé. Quería que tuviera el amor que yo tenía, y me aseguraría de ello al menos por mi parte.

Me rendí al éxtasis cuando explotaron mis venas y caí hacia delante jadeando.

Quizá la mejor alternativa era admitir ante mi familia que había fracasado en la misión que me habían encomendado y reconocer que no había otro lugar en el mundo en el que quisiera estar más que con ellos.



Steven

Capítulo treinta y nueve

¡Mierda!

Tiré mi cuerpo sobre la cama, fatigado, como si hubiera luchado contra veinte hombres yo solo. El problema era que la batalla no estaba desgastando mi cuerpo físico, sino el emocional. Antes parecía ser más simple, la provocaba y era suficiente para que Manuela estuviera en mi regazo, gimiendo.

Tenía el control y parecía que podía aguantar la situación así para siempre, pero me equivocaba.

Tardó una eternidad en salir del baño. Juraba que la ducha llevaba horas abierta y parecía decidida a alejarse de mí a toda costa.

Si no hubiera imaginado que la presencia de los Bellucci tendría tales consecuencias, no les habría dejado venir.

Molesto, me levanté de la cama y fui a la habitación de mi padre. Llamé a la puerta y Fernanda me abrió.

—¿Steven?

—¿Dónde está mi padre?

—Salió con Logan y Theo a jugar al póquer.

—No me dijo nada.

—Pensó que no querrías ir.

—Necesitaba hablar con él.

—Entra. —Ella dio un paso atrás.

—Seguramente tardará un rato. —Me encogí de hombros—. Lo dejamos para otra ocasión.

—Sé escuchar.

—Olvídalo. —Intenté irme, pero ella me tocó el hombro.

—¿Es un asunto de la mafia?

—No. —Tuve que admitirlo.

—¡Entra! —Me metió dentro y cerró la puerta de un portazo—. Puede que no tengas mi sangre, Steven, pero sabes que siempre estaré aquí para dar lo mejor de mí.

—No tienes que preocuparte, Fernanda.

—Sabes que es lo peor que le puedes decir a una madre.

—En serio, ¡no importa!

—¡Steven! —Me dirigió la mirada autoritaria que solía dirigirme cuando era solo un niño.

La miré fijamente, intentando esquivar, pero Fernanda estaba aún más decidida. Había caído en su telaraña y no iba a poder escapar tan fácilmente, así que no tuve más remedio que desahogarme.

Me senté en el borde de la cama y ella vino a mi lado, tirando de mí por el hombro y haciéndome recostar la cabeza sobre sus muslos, como no había hecho desde que era adolescente. Yo era el jefe de la mafia, pero en aquel momento estaba tan confuso que necesitaba el regazo de mi madre.

—Puedes empezar a hablar —exigió, haciendo hincapié en que ya no tenía escapatoria.

—Lo eché todo a perder. —Dejé salir el aire de mis pulmones al admitirlo.

—Manuela está enfadada.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo has estropeado todo. —Se rió y cerré los ojos.

—¡Mierda!

—La mayor preocupación de tu padre, y también la mía, era cómo ibas a afrontar este matrimonio, y no era la mejor manera posible.

—Me ofrecieron una esposa, cambiaron de opinión, me dieron otra y ahora parece que también me la van a quitar.

—¿Por qué piensas eso?

—Es mucho más feliz con ellos que conmigo.

—Tú tampoco cooperaste, hijo.

—¿Qué querías que hiciera? —exclamé con rabia.

—Sé más amable, más honesto, preocúpate más por sus necesidades... Puedo hacer una

lista si estás dispuesto a escuchar.

—¡Ah, Fernanda! —Intenté levantarme de su regazo, pero sus manos me empujaron hacia atrás. Todavía tenía mucha fuerza por los años de entrenamiento como agente y por haber estado activa en la mafia junto a mi padre.

—No hay “ah, Fernanda”.

—No puede gustarme ella después de todo lo que ha pasado.

—¿Por qué piensas eso?

—Me tomaron por tonto.

—Yo lo veo de otra manera. Has cambiado a una mujer que ya amaba a otro, por otra cuyo corazón era libre para enamorarse de ti. Sin embargo, todo lo que has hecho desde que Manuela llegó aquí ha sido meterte en problemas.

—No exageres.

—Te estoy diciendo la verdad y lo sabes. ¿Qué le pasó a mi gentil y cariñoso niño?

—Se convirtió en jefe de la mafia. —Me levanté y salí de la cama, volviendo a una postura rígida.

—Seguro que tu padre te enseñó que debes cuidar y proteger a tu familia por encima de todo. Manuela es tu familia, Steven.

—Si admito que la quiero, aceptaré todo lo que me han hecho. No quiero inclinar la cabeza ante los italianos y sus deseos.

—Un orgullo herido es mejor que un corazón dolorido.

—Tengo que ser fuerte. —Me crucé de brazos.

—Nadie dice que no lo seas. —Fernanda se mantuvo firme. Odiaba que me regañara y odiaba aún más darme cuenta de cuánta razón tenía—. Deja de pensar que tienes que llevar una carga. No importa cómo empezó este matrimonio, solo que tú y Manuela tienen todo el derecho a ser felices juntos.

—He dicho y hecho demasiadas cosas.

—Puedes empezar por disculparte.

—Yo no...

—Steven.

—Después de que los italianos se vayan.

—¿Y pasar más tiempo así? Deja tu orgullo por el bien de tu matrimonio, ¡por el amor de Dios! —Fernanda me levantó la voz, mostrando que había perdido la paciencia.

—No voy a arrastrarme.

—Haz lo que tengas que hacer para no perderla.

Me callé. No lo admití, pero Fernanda no necesitaba saber que tenía razón.

—Buenas noches, hijo. —Me abrió la puerta para que pasara mientras me dejaba a solas con todo lo que me había dicho.

Renunciar a mi orgullo fue probablemente mi mayor reto.

Volví a mi habitación y abrí la puerta. Manuela estaba acostada en un rincón cerca de la

pared, pero había utilizado sus almohadas para hacer una especie de barrera que me separaba de ella.

¿Hasta dónde había dejado llegar la situación?

Dejé caer los zapatos junto a la cama y me arrodillé sobre el colchón. Tomé una de las almohadas y le levanté la cabeza para que estuviera más cómoda. Manuela no se despertó ni abrió los ojos.

Me tumbé boca abajo y me quedé mirando al techo. Nuestra conversación tendría que esperar hasta el día siguiente, solo esperaba que aceptara mis disculpas.

Mi ego me había hecho actuar como un idiota y ahora estaba desesperado, temiendo perderla.



Manuela

Capítulo cuarenta

Había dormido sin almohada y me desperté sobre una. Miré rápidamente el tabique que había hecho en la cama y seguía intacto. Steven dormía y me di cuenta de que me había puesto sobre una de las suyas.

Se me revolvía el estómago y salí de la cama antes de que se despertara. Corrí al baño y me encerré para poder vomitar. No sabía cómo iba a ocultar mi embarazo si las náuseas se hacían más fuertes.

Me cepillé los dientes para quitarme el horrible sabor de boca y me peiné.

Cuando salí del baño, vi a Steven sentado en la cama y levantó la cabeza para mirarme.

—Buenos días, Manuela.

—Buenos días.

Fui a tomar algo de ropa para cambiarme en el armario y él se acercó por detrás, me tocó la cintura y yo la esquivé. Sus dedos desataban corrientes eléctricas en mí y sería demasiado difícil resistirse si seguían recorriéndome.

—¡No me toques!

—Manuela, quiero hablar contigo.

—Ahora no. —Salí del armario, pero él me sujetó la muñeca, impidiéndome ir demasiado lejos.

—¡Suéltame! No quiero oír lo que tienes que decir.

—Aún no he empezado.

—Ya he oído bastante.

—Manuela.

Me solté de él y me encerré en el baño para cambiarme.

Oí el sonido de él apoyándose en la puerta y su respiración pesada. Estaba enfadado, lo que me hizo temer aún más lo que tuviera que decirme.

—Escúchame. —Intentó atraerme hacia él cuando salí del baño, pero conseguí zafarme.

El embarazo me había vuelto más sensible y el corazón me dolía demasiado. Quería llorar, pero luché por contener las lágrimas.

—Le dije a mi abuela que me reuniría con ella por la mañana.

—¡Manuela!

Salí de la habitación y él no me siguió.

No había acordado nada con mi abuela, pero necesitaba una excusa. Corrí a su habitación y abrí la puerta sin llamar. Necesitaba atención y cariño, quizá no tuviera el valor de admitir ante mi padre que había fracasado, pero con mi abuela podría desahogarme.

—¿Manu? —Salía del baño cuando me vio y corrí a sus brazos, arrojándome en ellos—. ¿Qué te pasa? —Doña Rosi me abrazó.

—Fallé.

—¿Fallaste? —Me llevó a la cama, donde nos sentamos una frente a la otra.

—No pude hacerlo, no puedo hacerlo más.

—¿Qué te pasa? —Me pasó la mano por la cara, echándome el pelo hacia atrás y apartándome los mechones que se habían quedado pegados con las lágrimas.

—Sé que este matrimonio es importante para la familia, pero tengo muchas ganas de volver a casa, abuela.

—¿Qué hizo? —Adoptó una postura más defensiva ante lo que se le había pasado por la cabeza.

—Es un idiota. Lo estropea todo permanentemente.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—No quería que mi padre pensara que era débil.

—No eres débil, nieta mía.

Me incliné más hacia ella y dejé que todas las lágrimas que había reprimido rodaran por mis mejillas.

—Ayer me hice la prueba —dije entre sollozos—. Dio positivo.

—¿Se lo has dicho?

—Todavía no.

—¿No quieres?

—No.

—¿Crees que a Steven no le gustará?

—Siempre encuentra la manera de destruir los momentos felices.

—Si tu padre se entera...

—No quiero una guerra. —Me apresuré a interrumpirla—. Creí que podría encargarme de todo, abuela, pero es difícil.

—El matrimonio nunca es fácil, incluso cuando se elige por amor.

—Quería hacerlo, pero cada vez estoy más segura de que no es capaz de quererme y no sé cómo será para el bebé. —Me aparté para ponerme las manos en el estómago y la abuela puso las suyas sobre las mías.

—El bebé estará bien cuando tú estés bien.

—¿Podríamos salir? —Me froté los ojos para evitar las lágrimas—. Quería alejarme un rato de esta casa.

—Podemos arreglárnoslas. —Ella sonrió—. Vamos de compras, los hombres no nos acompañarán.

—Gracias. —Dejé escapar un suspiro de alivio.

—Tu madre probablemente vendrá con nosotras. ¿Se lo vas a decir?

—Todavía no.

—Es tu madre, Manuela.

—Lo sé, pero también es la mujer de Theo y no puede ocultarle cosas a mi padre. Las dos

sabemos cómo es y necesito un poco más de tiempo para asimilarlo todo.

—Depende de ti, cariño.

Volví a abrazarla y nos quedamos así un rato.

Después del desayuno, la abuela habló con mi padre y convenció a todos de que las tres tendríamos un momento para nosotras solas. Fernanda ni siquiera intentó acompañarme, sospeché que tal vez se había dado cuenta de que yo solo quería estar con mi familia.

Los hombres encontrarían algo que hacer mientras los soldados nos escoltaban hasta un enorme centro comercial. El tipo que andaba siempre con Steven y que parecía el secuaz en el que más confiaba, vino con nosotras. Eso no me ponía muy contenta, pero parecía ser una de las condiciones para que pudiéramos salir.

—Esta ciudad es increíble. —Mi madre estaba maravillada mirando las calles por la ventanilla del coche.

—Sí —solo murmuré.

—Pídele a Steven que te lleve a dar más paseos.

—Sí, lo haré. —Mis respuestas a mi madre eran automáticas, sobre todo porque se refería a mi marido.

—Tu padre me ha dicho que se enfrentan a un problema y por eso tu marido está más alerta.

—Ahá.

—Manuela. —Mi madre se dio la vuelta al notar mi desprecio.

—Mira ese edificio —intervino doña Rosi, señalando antes de que pudiera hacerse alguna pregunta y dejarme en un aprieto.

—¡Wow!

—Estoy seguro de que ninguno de ellos es más hermoso que el Coliseo. —Se encogió de hombros.

—Son de arquitecturas y épocas muy diferentes, abuela. —Me incorporé y el tema pronto se calmó.

—Aun así.

Noté cuando el conductor pasó por la barrera del estacionamiento y se dirigió a un lugar para estacionar.

Oí el chirrido de los neumáticos y mi atención se dirigió al exterior del vehículo, vi que otro coche se detenía delante del que íbamos y que había otros.

—¡Agáchense! —ordenó Bill.

El hombre de confianza de Steven salió del coche con una pistola y comenzó el tiroteo.

—¿Quiénes son? —mi madre se protegió la cabeza con las manos.

—No lo sé. —Intenté mirar a través del cristal, pero mi abuela me apartó, obligándome a encogerme.

—Deja que los soldados se ocupen de ellos. Recuerda tu condición.

—¿Condición? —repitió mi madre sin comprender.

Antes de que pudiera decir nada, los disparos se hicieron más fuertes. Los disparos resonaron en mis oídos e hicieron que mi corazón se acelerara aún más.

Miré alrededor del coche en busca de algún arma que pudiera utilizar, pero no encontré ninguna. El argumento de mi abuela de que me calmara fue lo que me impulsó a luchar, porque necesitaba protegerme a mí y a mi bebé.

Las balas impactaron en el cristal y la carrocería del coche se estremeció, pero ninguna munición logró atravesarlo debido a la estructura blindada del vehículo.

—Llamaré a tu padre. —Mi madre sacó el móvil del bolso, pero antes de que pudiera marcar, nos sorprendió alguien dando una patada en la puerta.

Dispararon contra la ventanilla del conductor, y esta vez la munición utilizada era perforante y los fragmentos volaron en todas direcciones. Un tipo destrabó y abrió el coche, aniquilando nuestra única defensa.

Abrieron la puerta a mi lado y alguien me agarró del brazo.

—¡Aléjate de mi nieta! —gritó mi abuela, pero antes de que pudiera reaccionar, le apuntaron a la cabeza con una pistola.

—¡Cállate, vieja!

Lo aparté de un empujón e intenté desarmarlo, pero él fue más rápido y me agarró del cuello, clavándome el cañón del revólver en la sien. Estaba helado y me hizo tragar saliva.

—Quédate quieta o te vuelo la cabeza.

Sabía luchar, podía defenderme, pero un movimiento en falso no solo me costaría la vida, sino también la de mi bebé.

Oí un disparo y me di la vuelta. Uno de los soldados cayó al suelo, lo que me aterrorizó aún más.

La persona que me tenía secuestrada me agarró con más fuerza del brazo y me metió en uno de los vehículos.

—¡Sube al coche!

Dudé al ver que mi madre y mi abuela seguían aterrorizadas. Quería ayudarlas, pero era difícil cuando ni siquiera podía ayudarme a mí misma.

—¡Entra de una puta vez!

Obedecí, me senté en el asiento trasero y el maldito cerró de golpe la puerta, esquivando por poco mi pierna y haciéndome daño.

Otros secuaces se le unieron y el coche arrancó arando neumáticos.

—Agarren su teléfono móvil.

Agarré mi bolso, pero tiraron de él con fuerza, rompiéndome la correa en los dedos y dejándome una roncha en la palma de la mano.

Vi al tipo que llevaba mi bolsa abrirla y tirar mi móvil por la ventanilla. Cayó al asfalto y fue golpeado por otro vehículo que circulaba a toda velocidad detrás de nosotros. Estaba aterrorizada y aún más preocupada por lo que pudiera haberles pasado a mi madre y a mi abuela. De momento, mi vida seguía intacta, pero no sabía por cuánto tiempo.



Theo

Capítulo cuarenta y uno

Golpeé con el taco la bola blanca, con la intención de golpear otras dos que estaban a mi alcance. Ambas entraron en la tronera y lo celebré con la mirada.

—Sigues siendo un buen tirador, Bellucci —dijo Lucian, preparado para hacer su movimiento.

—Algunas habilidades solo mejoran con los años.

—¿Por eso no has dejado que tus hijos se ocupen del negocio? —Golpeó la pelota, pero no lo hizo tan bien como yo.

—Mis hijos son más jóvenes que los tuyos. Les doy tiempo para que se preparen mejor. Mi sobrino solo tiene veintidós años y le queda mucho para llegar a ser el jefe.

—Entiendo.

Estaba a punto de decir algo más sobre la sucesión empresarial cuando mi móvil empezó a vibrar y lo saqué del bolsillo. Me sorprendió ver el número de mi mujer. No se me ocurría ningún motivo para que me llamara, a pesar de que también había puesto su número en un plan internacional.

—¿Tati?

—Se han llevado a nuestra hija... —Mi mujer sollozaba completamente desesperada al otro lado de la línea y me puso en alerta máxima—. Los soldados han muerto. Han secuestrado a Manuela.

—¿Dónde estás?

—En el aparcamiento del centro comercial.

—¿Mi madre?

—Está conmigo.

—Voy para allá.

—No te demores.

—Mantén la conexión.

—¿Qué pasó? —Lucian fue directo al grano cuando me vio soltar el taco y tocar el arma en mi cartuchera.

—Se llevaron a mi hija.

—¡Vamos! Se lo haré saber a Steven.

Oí los jadeos y el llanto de mi mujer al otro lado de la línea y eso avivó aún más mi adrenalina. Debí oponerme a su marcha, media docena de hombres no bastaban para protegerlas. Si hubiera estado allí, no lo habría permitido.

Salimos corriendo de la sala de juegos y pasé por delante de la piscina, llamando a mis hijos. Estaban mojados y no iba a esperarlos.

Oí el chirrido de los neumáticos antes de llegar al garaje y me encontré con Lucian mirando la puerta mientras se cerraba.

—¿Quién se ha ido?

—Steven.

—Debería haberme esperado.

—No pude detenerlo después de que le dije que se habían llevado a Manuela.

—Necesito ir a buscarlas.

—Vamos con los soldados. —Lucian indicó el otro coche que estaba aparcado.

Me subí sin pensármelo dos veces y condujimos con otros tres hombres hasta la dirección. Detrás de nosotros venía otro coche y finalmente uno más con mis hijos.

—¿Tati? —llamé a mi mujer, preocupado.

—Aquí estoy.

—¿Estás herida?

—No.

—¿Y mi madre?

—Estamos bien, ¡pero ven pronto! —gritó mi madre y reconocí a la vieja Rosimeire Bellucci.

Parecía que tardábamos una eternidad hasta que aparcamos y salí del coche. Cuando abrí la puerta, vi cuerpos y luego oí el grito de mi mujer. Vino corriendo hacia mí y dejé caer el móvil mientras la tomaba en brazos.

—¡Theo!

—Estoy aquí, amor. —Le acaricié el pelo.

—Nuestra pequeña...

—Voy a rescatarla.

—Todo es culpa tuya —oí gritar a mi madre y mis ojos la buscaron.

Sus manos golpearon con fuerza a Steven en el pecho y él no se movió.

—Deberías haber sido mejor marido, deberías haberla protegido mejor. Si tus enemigos se han llevado a mi nieta, es porque no hiciste tu trabajo. Ahora Manuela y el bebé están en peligro por tu culpa. —Mi madre siguió golpeando a mi yerno en el pecho y él permaneció inmóvil, recibiendo los golpes como si se los mereciera.

Bebé...

¿Qué estaba pasando que yo no sabía?

—Quédate aquí. —Dejé a Tatiane y me acerqué a ellos.

Mi madre solo dejó de pegarle cuando la aparté y agarré el cuello de Steven. Era musculoso y pesaba lo suficiente como para que no pudiera levantarlo, también era unos centímetros más alto que yo, pero gruñí con la misma furia con la que lo haría con cualquiera. Había matado a hombres mucho más amenazadores que aquel chico.

—¿Dónde está mi hija?

—¿Crees que si lo hubiera sabido no habría acudido a ella?

—¿Qué has hecho con ella?

—Fue un pésimo marido —la respuesta vino de mi madre—. Manuela estaba destrozada, quería volver a casa. Tenemos que encontrar a mi nieta y llevarla con nosotros a Roma.

—¡Cállate, vieja! —él le gritó a mi madre—. No vas a llevar a mi mujer a ningún sitio.

—El bebé tiene que nacer sano y salvo.

—¡Mi mujer y mi hijo se quedan conmigo!

—No tienes derecho a exigir nada si no has tratado a mi hija como se merece. —Lo empujé y el muchacho insolente me devolvió el empujón.

—Me la entregaron.

—Fue la peor decisión que tomé en mi vida. —Estaba furioso por la situación y me sentía aún más culpable por haberme dejado convencer por mi hermano de que regalar a mi niña era la única alternativa que teníamos.

—Manuela se queda conmigo, es mi mujer.

—Va a volver a Roma como viuda. —Tomé mi pistola, pero antes de que pudiera apuntar, Lucian me agarró del brazo.

—Ni se te ocurra apuntar con eso a mi hijo —me gruñó.

—Si sigues intentando impedirlo, morirás junto a él.

Él tiró de mi brazo hacia abajo y disparé al suelo.

Le empujé el hombro, pero antes de que pudiéramos empezar a pelear, Fernanda y Tatiane gritaron juntas:

—¡Basta ya!

—Manuela es importante para todos nosotros. Así que dejen sus locuras y vamos a buscar a mi nuera —Fernanda se impuso.

—Vamos a buscar a Manu, cariño. —Tatiane me tocó el brazo y me guió para que guardara la pistola.

—¿Quién se llevó a mi hija?



Manuela

Capítulo cuarenta y dos

La puerta del ascensor se abrió y el hombre que me arrastraba me empujó el hombro, haciendo que diera un paso tambaleante hacia adelante, deteniéndome en la luminosa sala de mármol con amplios sofás blancos.

—Matt, ésa no es forma de tratar a una dama. —El hombre que estaba de espaldas a la ventana, observando el horizonte de Manhattan, se volvió para mirarme y me sorprendió ver de quién se trataba.

—¿Lancelot?

—Encantadora Manuela, me disculpo por los malos modales de mis hombres. No deberían haberte tratado así. Siéntate, por favor. —Me indicó uno de los sofás—. Imagino que ha sido un viaje turbulento.

—¿Por qué estoy aquí?

—Para quedarte conmigo.

—¿Me secuestraste porque querías mi compañía? Podrías haberme enviado un mensaje invitándome a un café.

—¿Habrías venido si lo hubiera hecho así? —Se acercó a mí y me tocó la cara, levantándome el mentón para que pudiera mirarle.

—Probablemente no.

—Lo supuse. —Me rozó la mejilla con la punta de los dedos mientras inspeccionaba mi cuerpo con la mirada—. ¿Todo bien?

—Mataron a mis guardias de seguridad, me pusieron una pistola en la cabeza y me arrastraron hasta aquí. ¿Todavía tienes el valor de preguntarme si todo va bien?

—Olvidemos esos pequeños detalles. Lo importante es que estás aquí.

—¿Por qué?

—Te quiero para mí y siempre consigo lo que quiero.

—¡Te has vuelto loco! —Le empujé, haciendo que me quitara las manos de encima—. ¿Sabes quién es mi marido?

—He oído rumores de que es el jefe de la mafia de Nueva York.

—No son rumores.

—¿Crees que tengo miedo? —Se rió de una manera que me hizo sentir aún más miedo de estar allí—. La mafia no es la única organización con poder en esta ciudad.

—¡Estás loco!

—Te libré de morir junto a él y te elegí para estar en el bando ganador. Deberías agradecérmelo.

Me limité a negar con la cabeza. Estaba escuchando las mayores locuras posibles.

—Estuve investigando a tu marido cuando se casó. Eres la mujer más hermosa que he visto nunca y me bastó una foto para decidir tenerte para mí. Cuando nos conocimos en la fiesta del gobernador, esa certeza se hizo aún mayor.

—No secuestras a alguien solo porque te parece hermosa.

—Te vas a enamorar de mí, Manuela —dijo con firmeza, y si no hubiera sido tan absurdo, habría creído sus palabras.

—¿Cómo?

—Ya habrá tiempo para ello.

—Estoy casada.

—Una mera formalidad. —Giró la cara hacia mí, pero antes de que pudiera rozar mis labios con los suyos, giré la cabeza y empujé su pecho.

—No me toques.

Apretó los dientes, pero dio un paso atrás, se recompuso y volvió a sonreírme.

—Imagino que tienes hambre.

—No quiero nada. —Me crucé de brazos.

—Ayunar no te ayudará. Además, quiero que sigas tan hermosa como ahora. Y aún no he tenido la oportunidad de verla desnuda, aunque lo he imaginado muchas veces.

Mis mejillas se sonrojaron y me quedé completamente sorprendida por las palabras de Lancelot. En mi educación había mucho pudor, no solíamos hablar abiertamente de sexo porque era algo dirigido a las mujeres casadas. Aun así, no había visto a ningún marido dirigirse así a una esposa, ni siquiera a Steven en los momentos en los que se mostraba más idiota.

Steven.

Su nombre resonó en mi mente y sentí rabia, anhelo, furia y todo mezclado a la vez, pero un terrible deseo de arrojarme a sus brazos.

—La cocinera ya está preparando nuestro almuerzo. Mientras tanto, déjame enseñarte algunos regalos que he comprado para ti.

—¿Por qué me compraste regalos?

—Para que tu estancia aquí sea más cómoda durante este periodo de transición. —Lancelot se acercó a mí y yo lo esquivé, pero no pude evitar que me pusiera la mano en la espalda y me condujera.

—¿Transición?

—Pronto terminará el reinado que tu marido cree tener y comenzaremos una nueva era en Nueva York. Tú, querida, estarás a mi lado y tu posición como reina será aún más incuestionable.

Quería pensar que el hombre que me había capturado no era más que un playboy loco, pero a cada momento me daba cuenta de que tenía más recursos de lo que parecía.

El piso en el que estábamos era muy lujoso y espacioso, como una mansión. Debía de ocupar toda la planta. Nos detuvimos ante la puerta de un dormitorio y él la abrió, dejándome ver la cama llena de bolsas de las marcas más diversas, no solo americanas, sino de todo el mundo.

—Supongo que tienes una talla treinta y ocho, pero si es necesario podemos cambiar algunas piezas más tarde.

—Tengo ropa en casa.

—Tu hogar está aquí ahora —dijo con firmeza y dureza, y luego su tono se suavizó de nuevo, acercándose a la dulzura.

—Me gustan los lugares más bajos.

—Con el tiempo te acostumbrarás a vivir en un ático. También es más seguro que una casa.

—¿Y si ponen una bomba en los cimientos del edificio?

—Vigilo muy de cerca el perímetro.

Intenté disimular mi nerviosismo mientras pensaba en formas de escapar. Mi familia estaba en Nueva York, mi madre y mi abuela habían visto cómo me llevaban, era posible que ya estuvieran trabajando para encontrarme, pero no sabía lo difícil que lo pondría Lancelot.

—¡Vamos! —Bajó la mano y me dio una palmada en el culo, haciéndome gruñir.

—No me toques así.

—Cariño, estoy siendo amable. Ve a probarte la ropa que he comprado, quiero ver cómo te queda.

—No voy a probarme nada.

Lancelot apretó los dientes y me agarró por el cuello. Sus dedos se cerraron en torno a la unión con mi cabeza y empezaron a estrangularme. Con una mano me giré, apartándole el brazo, y con la otra le golpeé el pecho, haciéndole volar hacia atrás. Todo mi entrenamiento con mis hermanos no había sido en vano.

—Eres más fuerte de lo que pensaba. —Se enderezó la chaqueta y se recompuso.

—Yo que tú no me pondría a prueba.

—Tu valentía no te ayudará ahora.

—Soy una Bellucci y una Lansky —me apresuré a añadir.

—Ve a probarte la ropa. —Me empujó al dormitorio—. Mientras tanto, piensa en las decisiones que tienes que tomar, Manuela. Ser una Lansky no valdrá nada cuando le quite el poder a tu marido.

Golpeé con las manos la madera desde afuera, rugiendo de rabia por estar encerrada. Lancelot tenía una forma terrible de intentar conquistarme.

Me senté en la cama y aparté las bolsas para hacer más sitio. Me dolía el estómago, realmente tenía hambre. Sin embargo, mi mente no dejaba de pensar en una forma de escapar.

De repente los puntos se conectaron como dos más dos. Sumé mucho de lo que había oído a Steven y a los soldados. Lancelot era el heredero de una empresa farmacéutica y todo tenía sentido. El hijo de puta era el responsable de la nueva droga y por eso estaba tan interesado en acabar con mi marido y el resto de la familia. Por eso acudió a mí. Solo que no había nada más descabellado que en vez de matarme, quisiera poseerme.

Enamorarse de mí no era algo que esperara de un enemigo, pero podría ser mi ventaja para mantenerme a salvo hasta que pudiera escapar.



Steven

Capítulo cuarenta y tres

Todo es culpa tuya...

Por muy enfadado que estuviera, la anciana tenía razón. Era completamente culpa mía. Podría haber sido un mejor marido para Manuela, pero estaba ciego. Debería haberla protegido, eso era lo de menos. Bill y otros dos soldados fueron al hospital cuando llegaron la policía y las ambulancias, estaban entre la vida y la muerte. No podía echar sobre sus hombros una carga que era completamente mía.

En cuanto la policía y los investigadores se hicieron cargo del lugar, me marché, dejé marchar a todo el mundo y subí a mi coche, en dirección a las marcas de neumáticos, pero no fue una pista que durara mucho.

Me detuve a orillas del East River, a medio camino de casa, porque no sabía adónde ir. Estaba furioso y rugí mientras golpeaba el volante. Debería haber hablado con ella, admitir lo idiota que había sido antes de que me la arrebataran y no tuviera oportunidad de hablar.

No recordaba la última vez que había llorado, algo que no había hecho desde que era una niño. La mafia me había demostrado muchas veces lo fuerte que tenía que ser, pero toda esta frialdad me había puesto en esa situación.

Lejos de mi mujer, de mi hijo...

Manuela estaba embarazada, incluso en medio del caos nuestro matrimonio había dado sus frutos y esto no hacía más que reforzar lo que yo sentía, pero había hecho todo lo posible por ignorarlo. Enterarme de que iba a ser padre de aquella manera había sido la peor posible. No podía tocarla ni decirle lo emocionado que estaba por ver a ese niño. Sin embargo, aumentó mi motivación para traerla a casa.

Mi mujer y mi hijo debían permanecer a mi lado. Este era su lugar, ningún enemigo ni siquiera su familia cambiarían eso.

Tomé mi teléfono móvil, cuyas llamadas había ignorado, y marqué el número del director del FBI. Por muy grandes que fueran los recursos de la mafia, seguía contando con un apoyo indispensable para ayudarme en aquel momento.

—¿Jefe? —El director contestó al segundo timbrazo.

—Quiero que todos tus agentes busquen a mi esposa en cada piedra de Nueva York. También quiero que me mantengas informado cada segundo.

—Probablemente por eso Fernanda me está llamando ahora.

—Imagino que sí. Habla con el jefe de policía.

—¿Dónde ocurrió el incidente? Pediré todas las grabaciones de tráfico.

—En el centro comercial de Manhattan. No tenemos mucho tiempo.

—La encontraremos, jefe.

—Has valer los millones que te pagamos cada año.

—Puedes estar tranquilo. No escatimaré esfuerzos.

—De acuerdo.

Colgué la llamada y me pasé la mano por el pelo, echándolo hacia atrás. Mi enfado no hacía más que empeorar, pero no iba a ayudarme en ese momento.

Puse el coche en marcha mientras enumeraba mentalmente todos mis recursos para poder

encontrar a Manuela lo antes posible. No me perdonaría que le pasara algo más a mi mujer. Ya la había hecho sufrir bastante, no necesitaba que le hicieran más daño.



Manuela

Capítulo cuarenta y cuatro

Revisé en las bolsas hasta que encontré un vestido blanco con una abertura en la espalda. Era muy bonito y combinaría bien con las joyas que había sacado de otra bolsa. No quería complacer a Lancelot ni ser un juguete en sus manos. En otro momento, probablemente sería mucho más rebelde, tirándole todas las bolsas en la cara, pero la situación era más delicada. Puede que aquel maníaco no quisiera matarme, pero después de casi ahorcarme, estaba claro que iba a hacerme daño. Estaba embarazada y no quería recibir ningún golpe en el vientre que pusiera en peligro a mi bebé.

Sentí que tenía que ocultar muy bien esa información, porque Lancelot no parecía el tipo de hombre que criaría voluntariamente al hijo de otro hombre.

Cuando abrió la puerta, yo estaba junto a la ventana con lo que me había comprado y eso le hizo sonreír.

—Maravillosa.

—Gracias. —Crucé los brazos delante de mí.

—Vamos a comer.

Asentí con la cabeza y seguí su gesto para entrar en el pasillo. Pronto entramos en un enorme comedor con una hermosa araña de cristal y una mesa con espacio para diez personas. Había un banquete, suficiente para servir a un pequeño ejército, pero no imaginé que se nos uniría más gente para comer.

Lancelot me acercó una silla y me acomodé sin decir palabra. Se inclinó para olisquearme el cuello y me contuve para no mostrar una expresión de náuseas. El toque era desagradable, pero probablemente era el fuerte olor de la comida lo que me revolvía el estómago.

—¿Todo bien, cariño? —Intentó besarme de nuevo, pero giré la cara y sus labios tocaron mi mejilla.

—Sí.

—Probablemente estés preocupada por Steven, pero no te preocupes, tengo un plan para él.

—¿Qué vas a hacer?

—Te dije que no te preocuparas. —Indicó la comida—. Vamos, sírvete.

—Tomaré jugo. —Tomé el vaso e indiqué la botella.

—¿No prefieres el vino?

—Nada de bebidas alcohólicas.

—Te enseñaré a beber buen vino.

—Jugo, por favor.

El alcohol no era bueno durante el embarazo y tendría que evitarlo. También tenía que contener las náuseas. Si llegaba a pensar que estaba embarazada, podía dañar a mi bebé e incluso hacerme perderlo.

—¿Cuál es tu comida favorita? —Terminó sirviéndome un vaso de jugo.

—Jugo de naranja.

—Hablo de comida.

—Pizza.

—Como una buena italiana.

—Sí. —Forcé una sonrisa.

—Entonces comeremos pizza más tarde. —Volvió a su silla y yo forcé una sonrisa.

Mientras lidiaba con la presencia de Lancelot, me preguntaba cuánto tardaría mi familia en venir a rescatarme.



Steven

Capítulo cuarenta y cinco

Entré en el edificio donde se concentraban nuestros hombres de inteligencia y a la primera persona que vi fue a mi hermano.

—La encontraremos. —Me dedicó una sonrisa solitaria y moví la cabeza afirmativamente. No podía aceptar otro resultado que no fuera tener a Manuela de vuelta para mí.

—Voy a ser padre —susurré, aún asimilando la noticia.

Quería estar con ella, quería celebrarlo y eso solo empeoraba mi terrible angustia por no tener a Manuela allí.

—¡Felicidades!

—Gracias.

—Los Bellucci se equivocan, no fue culpa tuya que se la llevaran.

—Sí, lo fue.

Los ojos de River se abrieron de par en par ante mi respuesta. Era una responsabilidad que no podía eludir ni de la que podía eximirme.

—Fernanda y nuestro padre tienen razón, me he equivocado con Manuela desde el principio del matrimonio.

—Puedes disculparte.

—Tengo que hacerlo. —Di un paso hacia los que estaban manipulando los ordenadores —. ¿Tuvieron acceso a la información del FBI y de la policía?

—Están rastreando los coches que salieron del centro comercial con tu mujer. Estamos esperando información.

—Esto está tardando demasiado —dije enfadado.

—Son muchas cámaras para analizar, jefe.

—Cuanto más tiempo pase, más posibilidades hay de que le pase algo a mi mujer.

—Hacemos lo que podemos.

—Trabajen mejor. —Golpeé la mesa con la mano, sobresaltando a todos—. ¡Trabajen más rápido!

—Gritarles no lo resolverá, Steven. —Mi hermano intentó controlarme.

—Haré mucho más que eso si lastiman a Manuela.

—¿Dónde está mi hija?

Me di la vuelta cuando vi a Theo y al resto de la familia Bellucci entrar en la habitación junto con Fernanda y mi padre.

—¿Qué hace él aquí? —Le enseñé los dientes.

—Hijo, todos estamos del mismo lado. —Mi padre trató de apaciguarme.

—Mi hermano y su equipo piden acceso a los archivos de la cámara... —Theo empezó, pero lo interrumpí.

—Ya estamos trabajando con el FBI —dije secamente.

—Mateo es el mejor.

Después el arrogante soy yo. Resoplé al pensarlo.

—Jefe —uno de los técnicos me llamó—. La encontramos.

—¿Adónde? —Salté cerca de él.

—Parece que cambiaron de coche en un garaje, pero fueron a un galpón en Brooklyn.

—Envíame la dirección a mi móvil. —Le di un golpecito en el hombro y me di la vuelta, corriendo hacia la salida.

—Hijo, no puedes ir solo. —Mi padre trató de detenerme, pero lo aparté del camino.

—Reúne tantos soldados como puedas y dirígelos allí.

—¡Steven!

Necesitaba salvar a Manuela y enmendar todo lo que había hecho, cada segundo parecía valer y corrí hacia mi coche lo más rápido posible. Sabía que mi padre estaría justo detrás para cubrirme.

En cuanto subí al coche, la dirección apareció en la pantalla del móvil y la introduje en el GPS, arranqué con los neumáticos chirriando y pisé el acelerador con más fuerza, zigzagueando por las calles hasta llegar al otro distrito de la ciudad.

Un coche de policía encendió su sirena y decidió venir tras de mí, pero aceleré aún más, moviéndome a casi doscientos por hora y dejándolos atrás al cruzar una vía férrea, atravesando la barrera y pasando segundo antes que la locomotora.

No me detuve hasta que estuve frente al galpón. Antes incluso de aparcar el coche, los disparos empezaron a impactar en la estructura metálica. Las balas provocaron chispas al chocar contra el metal blindado, pero no entraron, lo que me dio tiempo suficiente para enderezarme la chaqueta y tomar otra pistola de la guantera.

Abrí una de las puertas para usarla como escudo y me incliné, apuntando a uno de los tipos que estaban encima del cobertizo y cayó. Disparé a los dos que estaban cerca de la puerta y recorrí la zona en busca de otros.

Cuando decidí seguir adelante, me fijé en más vehículos y se detuvieron junto al mío.

Mi familia, la familia Bellucci y unos veinte soldados más estaban allí para cubrirme. Fuertemente armados, íbamos a invadir el lugar para sacar a mi mujer.

Con las dos pistolas en la mano, pateé la puerta del almacén. El lugar parecía extrañamente frío y vacío. El sonido de un goteo hizo que el ambiente fuera aún más incómodo, pero seguí caminando hasta que destacó el olor a óxido, justo antes de ver a una mujer acostada al fondo del galpón.

—¡Manuela! —grité, pero mi mujer no respondió.

Sin pensármelo dos veces, corrí hacia ella hasta que vi el enorme charco de sangre que se había formado alrededor de su cabeza.

Caí de rodillas y dejé que las armas resbalaran de mi mano. Las lágrimas cayeron con el peso del mundo mientras sentía una mezcla de ira, desesperación, culpa y una tristeza tan grande que me devastó hasta el punto de sentirme muerto también.

—¡Manuela! —Tiré de ella por el hombro para traerla a mi regazo.

No me arrepentí lo suficiente como para decírselo en ese momento. También era demasiado tarde para admitir que me había enamorado. Había odiado a los Bellucci, pero ese

sentimiento volvió diez veces más fuerte contra mí.

Todo fue culpa mía.

Cuando su cabeza golpeó mi pecho y luego cayó hacia atrás. La mujer que tenía en mis brazos había recibido un disparo justo en medio de la frente, tenía la misma altura, el mismo peso, incluso el mismo tipo de pelo, pero su cara no era la de Manuela.

—¡Es una trampa! —grité mientras dejaba caer al suelo el cuerpo sin vida.

—¡Corran!

Tomó una fracción de segundo para que todo estallara.



Manuela

Capítulo cuarenta y seis

Metí la cuchara en el pudin y me lo metí lentamente en la boca. Ya no podía comer más e intentaba por todos los medios no correr al baño más cercano para expulsarlo todo. El reflujo del vómito que subía y bajaba por mi garganta me provocó un ligero hipo.

Lancelot se paró frente a mí y me observó mientras comía. Mentir nunca ha sido mi fuerte y controlar esta situación estaba resultando un gran reto.

—¿Todo bien, amor?

Balanceé la cabeza asintiendo.

Su teléfono empezó a sonar y Lancelot dejó la cuchara de postre para contestar. No pude oír quién estaba al otro lado, pero la sonrisa de aquel maníaco no me animó lo más mínimo.

—¿Qué ha pasado?

—Eres oficialmente viuda —dijo sonriendo, pero sentí como si me hubieran arrancado el suelo de debajo de los pies.

—¿Qué has hecho con Steven? —No pude evitar preguntar.

—Cayó en la trampa.

Varias veces le había dicho a Steven que quería que muriera. No fue hasta ese momento que me di cuenta de lo mucho que había dicho de la boca para afuera. No debería llorar delante de Lancelot, pero no podía.

Mis manos empezaron a temblar y mi cara se inundó de lágrimas. La mayor parte del

tiempo pensaba que no funcionábamos juntos, que le odiaba, que quería estrangularlo con mis propias manos, pero en el fondo, quizá solo odiaba el hecho de no poder decir que lo quería.

—¡Maniático! —Me levanté y me acerqué a Lancelot—. No deberías haber hecho eso.

Le golpeaba los hombros mientras lloraba descontroladamente.

—Te liberé para que pudieras quedarte conmigo. —Agarró mis muñecas para que dejara de retorcerme—. La era de la mafia en Nueva York ha terminado, mi amor... —Me soltó una de las muñecas para acariciarme la cara y me secó las lágrimas—. Dominaremos juntos esta ciudad.

Lancelot me llevó de nuevo a la silla y me quedé mirando a la nada. Me dolía y no podía asimilarlo.



Steven

Capítulo cuarenta y siete

Podría haber muerto por unos instantes, porque todo estaba muy oscuro y el fuego me hacía imaginar que estaba en el infierno. Me dolía todo el cuerpo y, cuando abrí los ojos, me di cuenta de que me habían caído encima varios escombros.

A lo lejos pude ver las llamas provocadas por la explosión que aún consumían el lugar. Me dolía la cabeza y tardé un rato en procesar bien lo que había ocurrido.

Estaba en el centro del almacén y, de no haber sido tan ágil y bien entrenado, seguro que no habría podido escapar. Quienquiera que hubiera capturado a mi mujer me había atraído hasta allí con el objetivo de matarme. Quería decir que había fracasado, pero seguía en un estado mental tan suspendido que me resultaba difícil decir nada.

—¡Steven! —Oí la voz de mi padre y me obligué a abrir los ojos antes de verlo acercarse con mi hermano y mi primo.

No podía contestar, me costaba mantenerme despierto.

—¡Hijo!

—Parece que está vivo. —Otto me sacudió y gemí de dolor.

—¿Puedes ponerte de pie? —me preguntó River.

—No lo sé. —Finalmente logré decir algo inteligible.

—Levántate. —Mi padre me tendió la mano e hice todo lo posible por levantarme.

Ni siquiera podía identificar qué parte de mi cuerpo me dolía más.

—¿Alguien más resultó herido? —oí que mi padre le preguntaba a Logan, mientras mi tío se detenía a nuestro lado.

—Unos cuatro soldados resultaron heridos y Thiago Bellucci fue alcanzado por un fragmento en el brazo, pero nadie quedó peor que Steven.

—Estaba más cerca de la explosión —comentó mi padre.

—Querían matarlo.

—Casi lo consiguen. —River me miraba con expresión atónita, señal de que no estaba nada bien.

—Esa no era Manuela —murmuré para mis adentros.

—Te llevaremos al hospital.

—No —aparté las manos de mi padre y sentí que me dolía el brazo con el movimiento—. Quiero encontrar a mi mujer.

—Realmente te lastimaste, Steven.

—No será la primera ni la última vez que sobreviva a una bomba. Un maníaco se llevó a mi mujer embarazada y no descansaré hasta recuperarla.

—¡Steven!

—Manuela me necesita, papá.

—Está bien —asintió—. Vamos a buscarla.



Manuela

Capítulo cuarenta y ocho

—¡Toma! —Lancelot me dio un pañuelo cuando se dio cuenta de que no podía dejar de llorar.

Se lo quité de la mano y empecé a frotarme los ojos. Estaba destrozada y pensar que de algún modo mi bebé crecería sin su padre me entristecía aún más. Theo Bellucci era temido, sanguinario, pero había sido mi fortaleza y mi refugio. Algo que quería para mi hijo o hija.

Mientras aún me dolía y sentía el corazón más apretado que nunca, vi a Lancelot levantarse para hablar por el móvil y volví la vista a la mesa. Miré los cubiertos que tenía a mi disposición. Tomé un pequeño cuchillo y lo escondí en mi cuerpo, metiéndolo en un lateral de mis bragas. Steven podía estar muerto, pero si había algo que no quería era involucrarme con el responsable de aquello, que además me había secuestrado.

—¿Por qué no te cambias de ropa?

—Acabo de ponérmela. —Fruncí el ceño sin comprender.

—Tengo una piscina estupenda que seguro disfrutarás.

—Acabamos de comer.

—Eso es una leyenda.

—Mi abuela siempre me decía que esperara un poco para hacer la digestión. No quiero sentirme mal.

Quizá era la excusa que necesitaba para vomitar, pero no me parecía una buena alternativa estar en bikini delante de aquel tipo que ya me miraba como si fuera un trozo de

carne.

—¿Por qué no vemos la tele?

—¿Televisión?

—Seguro que tienes una plataforma de streaming favorita. Mientras tanto, hago la digestión y tú también. Comimos mucho.

—De acuerdo. —No discutí—. Vamos. —Me tendió la mano y fue muy difícil tomarla.

Por muy guapo que fuera Lancelot, cada minuto que pasaba a su lado aumentaba la repulsión que albergaba.

Pasamos al salón y nos acomodamos en uno de los cómodos sofás. Sentía el frío metal del cuchillo en la pierna y esperaba el momento oportuno para usarlo.

Lancelot sacó su teléfono móvil y su cartera y los dejó a un lado sobre una mesa redonda, luego tomó el mando a distancia y encendió el enorme televisor de la pared de enfrente.

—Qué hermosa eres. —Volvió a mirarme así y definitivamente no parecía dispuesto a mirar otra cosa que no fuera a mí.

—Gracias. —Me acomodé un mechón de pelo detrás de la oreja y esbocé una sonrisa que más bien parecía una mueca.

Miré el móvil y luego a él. Intenté pensar rápido y articular alguna salida a la situación.

—¿Por qué estás tan interesado en mí?

—¿No debería?

—Es extraño.

—Una belleza como la tuya es tan intensa que debe ser admirada.

—Hay mujeres más bonitas que yo. —Me encogí de hombros.

—Pero no tanto como para llamar mi atención. —Se inclinó hacia mí y su mano tocó mi muslo.

Inmediatamente se me revolvió el estómago. Esta vez pensé que las náuseas no tenían nada que ver con mi embarazo. Sin embargo, vi la oportunidad de al menos pedir ayuda.

Me incliné y moví mi cuerpo hacia el suyo. Lancelot se sorprendió cuando me senté en su regazo.

—Atrevida, eso me gusta. —Sus manos recorrieron mi espalda desnuda.

Nunca había besado a otro hombre aparte de Steven, ni había imaginado hacerlo, pero si mi marido estaba muerto, no podía culparme por intentar sobrevivir.

Me agaché y toqué los labios de Lancelot. Volví a sentir el reflujo y luché contra las ganas de vomitar. Me apretó la espalda y bajó las manos hasta mi muslo. Cuando me di cuenta de que había cerrado los ojos, alargué la mano y toqué su teléfono móvil, llamando al número de emergencias y poniéndolo boca abajo para que no pudiera ver la pantalla.

Le empujé la lengua hacia atrás y salí de su regazo tan rápido como había subido y me alejé de un salto antes de que encontrara el cuchillo que escondía.

—¿Qué pasa? —No entendió mi reacción.

—No debería hacerlo.

—Sí, deberías.

—Mataste a mi marido.

—Steven Lansky era una roca en nuestros zapatos y solo me deshice de él para liberarnos. Podrías agradecérmelo.

—Sí, tal vez...

—Ya no tienes que pensar en él. —Me tocó la pierna y me aparté.

—¿Podría darme una ducha? —Me levanté del sofá de un salto.

—Podemos ir juntos a la piscina.

—Quiero una ducha normal.

—Es una alternativa. —Se acercó de nuevo.

—Iré sola. —Di un paso a un lado antes de involucrarme—. Luego iremos a la piscina.

—¿Lo prometes?

Afirmé con la cabeza y corrí al dormitorio. Cerré la puerta con llave.

En cuanto me apoyé en la superficie de madera, las lágrimas empezaron a rodar de nuevo.

Steven.



Steven

Capítulo cuarenta y nueve

La ropa antibalas que llevaba me había protegido, pero no había evitado que me chamuscara en algunas partes y quedara lleno de moratones. Sin embargo, cualquier dolor que pudiera haber sentido fue completamente ignorado ante mi deseo de encontrar a mi esposa.

Ver el cadáver de otra mujer me dio esperanza. Podían haber matado a mi mujer, pero decidieron perdonarla y eso me dio la esperanza de que estaba viva.

Mi padre tomó el volante de mi coche y yo me lancé al asiento del conductor mientras íbamos a la sala de inteligencia para reagruparnos. Había seguido una pista que había resultado ser una trampa, pero la siguiente tenía que llevarme hasta Manuela.

En cuanto entré en la sala, Fernanda me vio y vino corriendo hacia mí. Ni siquiera me había cambiado de ropa, así que mis pantalones y mi chaqueta seguían estropeados por varios sitios.

—¡Steven! —Me abrazó y solté unos gruñidos de dolor.

—Estoy bien, mamá.

No tenía por costumbre llamarla así, aunque en realidad había sido mi madre durante los últimos veinte años. Sin embargo, mis palabras hicieron que se calmara y me sonriera.

—¿Dónde está mi hija? —Tatiane se levantó de una silla y se acercó a nosotros.

—Era una trampa —le respondió Theo.

—¿Y Manuela?

—No lo sabemos. —Sacudió la cabeza.

Tatiane empezó a jadear, pero dejé de prestarle atención cuando Fernanda respondió a una llamada. Estaba angustiado mientras ella hablaba.

—¿Quién era? —pregunté en cuanto colgó.

—El jefe de policía. Parece que Manuela consiguió llamar a los servicios de emergencia desde un teléfono de Lancelot Turner. La operadora oyó a un hombre decir que te había matado. Rastrearon la llamada hasta un ático que le pertenece.

—¡Esa es mi chica lista! —oí celebrar a Theo mientras apretaba los puños.

—Ese bastardo secuestró a mi esposa. ¡Salgamos de aquí!

—La policía y el FBI están en camino —advirtió Fernanda.

—Un movimiento brusco podría hacerle reaccionar de un modo que no deseamos —dijo mi padre con cautela.

—Voy a rescatar a mi hija —le aseguró Theo—. No necesito a Swat.

—Traeré a mi mujer de vuelta.

—Ya es suficiente con las disputas de egos. —Fernanda agitó la mano—. Vamos a elaborar un plan.

La miré y asentí. Solo quería que Manuela estuviera a salvo.



Manuela

Capítulo cincuenta

Salí del baño en bragas y sujetador y miré la ropa que había en las bolsas sobre la cama, buscando una excusa para quedarme más tiempo en la habitación. Si había algo que no quería era meterme en una piscina con aquel hombre.

Aquel beso aún me molestaba y no sabía cómo iba a sobrevivir a su anhelo por mí. Cada vez me aterrorizaba más y detestaba la idea de que me tocara.

Me sobresalté y se me cayó la blusa que llevaba en la mano cuando patearon la puerta.

—¿Te lo ofrezco todo y así me lo pagas?

—¿De qué estás hablando? —apenas alcancé a preguntar cuando Lancelot me rodeó el cuello con los dedos y me apretó contra la pared.

—Si crees que tu marido era el único peligroso, me estás subestimando.

—¡Suéltame! —Le agarré del brazo, intentando apartarle.

—Me besaste solo para llamar a la policía.

—No.

—¡Mentirosa! —Me golpeó la cabeza contra la pared y me mareé.

—Me haces daño.

—Podrías haber sido amable conmigo, pero decidiste no cooperar. ¿Qué crees que pasará? ¿Media docena de policías viniendo a rescatarte? Ahora eres mía, Manuela.

—No —me atraganté, pero alargué la mano y saqué el cuchillo de debajo del vestido que me había quitado—. Soy de Steven.

Con los dientes apretados y toda la fuerza que tenía en mí, clavé el cubierto en la yugular del hombre. No esperaba mi golpe y no pudo evitarlo. Golpeé la arteria y saqué el cuchillo, haciendo que la sangre salpicara en todas direcciones, principalmente sobre mí, bañándome.

Oí el sonido de muchos disparos y otros ruidos mientras Lancelot caía a mis pies. Primero tocó el suelo con las rodillas mientras me maldecía hasta que cayó hacia atrás, muerto.

Dejé caer la hoja, aún conmocionada por lo que acababa de hacer. Era la primera vez que le quitaba la vida a alguien, pero no me arrepentía.

Un estruendo en la puerta de la sala llamó mi atención y me agaché, tomando la pistola que llevaba Lancelot en la cintura y destrabándola. Apunté en dirección a la puerta, preparándome para matar a quien amenazara mi vida.

Me temblaba el dedo del gatillo cuando oí el ruido de unos pasos que se acercaban. Entonces vi otro cañón de pistola, seguido de unos brazos fuertes y unos ojos azules que me desconcertaron.

—¡Steven!

—Dispárame, me lo merezco. —Dejó caer la pistola y abrió los brazos.

—Estás vivo. —Trabé la pistola y la dejé caer al suelo, corriendo a sus brazos.

Steven me rodeó con sus brazos y yo lloré y sollocé mientras le apretaba el pecho con tanta fuerza que pensé que podría fundirse conmigo.

—Necesitarán más bombas si quieren derribarme. —Me pasó la mano por la cara—. ¿Está llena de sangre?

—No es mía. —Indiqué el cuerpo de Lancelot.

Steven se apartó y cayó de rodillas delante de mí. Me di cuenta de que estaba sucio y lleno de hollín, pero no tuve tiempo de preguntarle nada antes de que me besara la barriga. No tuve que pensar mucho para deducir que mi abuela se lo había contado.

Le toqué el pelo cuando me di cuenta de que lloraba con la cabeza hundida en mi vientre.

—Cometí un error contigo, Manuela. Fui un pésimo marido.

—No pensé que lo admitirías.

—Pensé que amarte me debilitaría, pero estaba demasiado ciego para darme cuenta de lo estúpido que era.

—¡Eres un idiota!

—Lo sé, pero si me perdonas te prometo que seré el marido que te mereces. —Agachó la cabeza y su postura bastó para demostrarme que por fin había abandonado su ego por mí—. Te amo, Manuela.

—Creí que habías muerto. —Tiré de su cabeza para que pudiera mirarme—. No te doy permiso para morir, engreído.

—Lo recordaré la próxima vez.

Lo levanté por los hombros y atraje a Steven hacia mí. Me besó y el sabor de su boca fue como un bálsamo. Le pasé los dedos por la nuca y tiré aún más fuerte de su pelo mientras él me rodeaba con sus fuertes brazos.

Antes de que nuestros instintos ignoraran el lugar para ceder a la tentación, alguien carraspeó.

Me aparté del beso y me escondí detrás de mi marido, ya que aún estaba en ropa interior.

—¿Hija?

—Papá.

Lo vi mirarme desde la puerta del dormitorio mientras Steven se erguía como una pared.

—¿Te encuentras bien?

Afirmé con la cabeza.

—Yo lo maté.

—¡Felicidades!

—Gracias.

—Vámonos. Ahora estás a salvo. Volverás a Roma con nosotros.

—¿De vuelta a casa? —Me sorprendió lo que dijo.

—Sí.

—No lo hará. —Steven gruñó y avanzó hacia mi padre.

—Deberías haber muerto hoy, chico. —Mi padre apuntó el arma a mi marido.

—Papá, no.

Oí un disparo y vi a Steven desarmar a mi padre con tanta rapidez que me sorprendí. Theo se tambaleó hacia atrás, pero recibió un golpe que le hizo caer de rodillas. Nunca había

visto a nadie ganar una pelea contra mi padre, era la primera vez.

—Steven. —Toqué el hombro de mi marido antes de que pudiera hacer algo.

—Este es mi territorio, yo soy el jefe. No dejaré que nadie me quite a mi mujer.

Mi padre se levantó, resoplando, pero antes de que pudiera llegar hasta Steven, me puse entre los dos. Ni siquiera me importaba si ellos o el resto de los chicos que habían entrado me veían en lencería.

—¡No van a pelear! Los amo a los dos, no tienen por qué gruñirse después de todo lo que hemos pasado hoy.

—Tu madre dijo que...

—Papá, el principio de nuestro matrimonio fue complicado, pero no solo lo pasé yo, ¿verdad?

Miró a Steven, luego volvió a mirarme y finalmente asintió.

—Quiero irme a casa. —Me volví hacia mi marido y él sacó un vestido que estaba sobre la cama, entregándomelo.

Steven me arropó y me sacó del piso. Por el camino, vi a los hombres de su familia y a mis hermanos. Thiago y Lorenzo me sonrieron y yo les devolví la sonrisa. Caminamos por la calle y vi algunos coches y vehículos del FBI, lo que me hizo imaginar todo el lío que habían hecho para encontrarme.

En cuanto llegamos a la mansión, apenas salí del coche, mi madre y mi abuela corrieron hacia mí.

—¡Querida! —Me envolvieron los brazos cariñosos y suaves que me habían acunado

desde la infancia.

—Estoy bien.

—Tremendo susto nos hemos llevado.

—¿Les hicieron daño? —Me aparté para observarlas.

—No.

—Estaba preocupada.

—Somos nosotros los que estamos preocupados por ti.

—Ahora todo va a salir bien. —Moví la cabeza para encontrarme con la mirada de Steven y él me sonrió.

—Cuando lleguemos a Roma... —Empezó mi madre, pero la interrumpí.

—Pertenezco a esta casa.

—¿Segura? —Ella abrió los ojos, sorprendida.

—Totalmente.

—Está bien.

Oí a mi padre resoplar, pero mi madre sonrió.

—Sabes que siempre nos tendrás. —Me besó cariñosamente en la frente y cerré los ojos para abrazarla.

—Lo sé, pero ahora es el momento de ocuparme de mi propia familia. —Me aparté de ellos y me acerqué a Steven, que me abrazó por detrás.

—Te amo —dijo en voz baja.

Oír eso me dejó extasiada.

—Yo también te amo.



Steven

Capítulo cincuenta y uno

Un mes después...

Bajé de la moto antes de que mis soldados aparcaran y entré en casa. Siempre había sido un guerrero, había luchado por todo y no aceptaba enemigos, pero no tenía mayor motivación para volver entero después de ocuparme del negocio que mi familia.

Pasé por delante del salón y me di cuenta de que estaba vacío, así que subí al dormitorio y vi a Manuela viendo una lección en la pantalla de la computadora portátil.

—¡Ey! —dije, llamando su atención mientras me apoyaba en el marco de la puerta.

—Hola —me dijo sonriendo—. ¿Has vuelto entero hoy? —Me inspeccionó.

—Mi mujer dijo que no estoy autorizado a morir.

—Buen chico. —Se rió entre dientes—. ¿Y las píldoras de Marte?

Entré en el dormitorio y cerré la puerta.

—Hemos sacado a casi todas de las calles, pero ahora que Lancelot Turner está muerto y hemos cortado su fuente de suministro, pronto desaparecerán por completo.

—Bien hecho, jefe.

—Fue un esfuerzo conjunto, ya que tú lo mataste.

—Formamos un buen equipo.

—De eso no me cabe la menor duda. —Me acerqué a ella, la saqué de la silla, me senté en la cama y la subí a mi regazo de cara a mí.

—Cuidado con mi barriga. —Me advirtió.

—¡Hola, hijo! —Me incliné para besarle el vientre mientras le quitaba la blusa.

—O hija —corrigió.

—Pronto lo sabremos. —La giré en el aire y la acosté en la cama.

Le bajé la cremallera de los shorts y se los quité junto con las bragas de un tirón.

—¡Steven! —gimió mi nombre antes incluso de que acercara mi boca a la unión de sus muslos.

Pasé mi lengua por su vulva, agarrando sus nalgas suaves y firmes. Disfruté de su sabor, haciendo que Manuela se retorciera en la cama y amasara la sábana mientras yo la lamía, la penetraba y la chupaba. Después de un día ajetreado, era un lugar en el que me encantaba dejar mi boca.

Introduje un dedo en su canal, dejando que su humedad lo envolviera, y añadí los movimientos a los que estaba haciendo con mi lengua. Se retorcía por todas partes, hasta los dedos de los pies, y no paré hasta llevarla al orgasmo.

—Eso está bien... —Jadeó mientras su pecho subía y bajaba rápidamente.

—No hay nada que me guste más que mirarte después de haberte hecho acabar—. Me lamí los labios, aún saboreándola.

—Entonces, ¿me haces llegar de nuevo? —Me agarró de la solapa de la chaqueta y tiró de mí hacia ella.

Tiré los zapatos al suelo junto a la cama y me deshice de mi ropa. Luego me tumbé de lado en la cama y tiré de ella hacia mí. Le quité el sujetador y agarré uno de sus pechos, tirando de su cintura para penetrarla suavemente. De ese modo no presioné su vientre y la dejé en una posición cómoda, pero también pude dársela con gusto y disfrutar de su culo abofeteándolo con cada movimiento.

Le pasé la mano por las nalgas y le di una bofetada, haciéndola soltar un gritito.

—¡Steven!

—¿Sí? —Le mordisqueé la oreja y ella giró la mano, clavándome las uñas en el brazo—. Di que no te gusta.

—Sigue siendo un idiota.

—Sabes que pararé si me lo pides. —La agarré de la cintura y dejé de moverme.

—Cállate y dámela toda. —Empujó su culo hacia mí para que pudiera seguir moviéndome.

Esta vez no me detuve, simplemente deslicé una de mis manos hacia abajo y la coloqué entre sus muslos. Ella gimió y frotó aún más su cuerpo contra mí mientras la estimulaba con el dedo. Sus espasmos apretaban cada vez más mi verga mientras su placer aumentaba y yo disfrutaba de su calor y su humedad.

Continuamos sincronizados hasta que me di cuenta de que ella se había acabado de nuevo y me permití eyacular yo también.

Manuela se acurrucó contra mí y la giré sobre su estómago para ponerla sobre mi pecho.

—Amor... —Deslizó sus dedos por los músculos de mi abdomen.

—¿Qué pasa? —La besé en la parte superior de la cabeza.

—Mi madre quiere organizar un baby shower.

—¿Ellos aquí otra vez? —Puse los ojos en blanco y resoplé.

—Son mi familia.

—Yo soy tu familia.

Hizo pucheros y lo único que yo quería era verla feliz. Ya le había hecho demasiado daño a Manuela y no volvería a hacerlo.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Dentro de unos meses. Después de que sepamos el sexo del bebé.

—¿Es eso lo que quieres? —Acaricié su vientre, pensando en mi hijo que crecía allí.

—Sí.

—De acuerdo. —La besé.

—¿Tú y mi papá van a dejar de gruñirse el uno al otro?

—Ahora estás pidiendo demasiado.

—Los dos me aman —le tocó a ella resoplar.

—Haré un esfuerzo.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo. —Toqué su cara y la acerqué a la mía—. Haré cualquier cosa por ti.

—¿Me dejarás bautizar al niño en Roma?

—¡Manuela!

—Cualquier cosa, amor —dijo socarronamente.

—Ya hablaremos de ello.

—Cuando nazca, decidiremos la fecha. —Me besó.

—¡Muy bien! —La abracé cerca de mí.

Ese matrimonio podría haber empezado con la corrección de un acuerdo, pero bastó con que me permitiera convertirme en el hombre más feliz del mundo.



Manuela

Epílogo

Dos meses después...

Entré en la sala de la clínica y Steven me ayudó a subir a la camilla. Me tomó de la mano mientras el médico entraba en la sala y nos sonreía.

—¡Buenos días!

—Buenos días, doctor. —Sonreí con la mayor sonrisa del mundo. Estaba tan emocionada por la ecografía—. ¿Podremos saber hoy el sexo?

—Eso esperemos.

Encendió el aparato y deslizó el gel por mi vientre, que ya había tomado forma, señal de que mi bebé estaba al llegar.

—Está frío. —Me encogí de hombros, apreté la mano de mi marido y él se rió.

Observamos la imagen del niño a través de la pantalla. No era la primera vez que realizábamos este tipo de examen, pero cada vez me sentía más conmovida.

El médico nos puso el latido del corazón para que lo oyéramos y Steven me besó la frente y se inclinó más hacia mí. Nos quedamos así un momento, arrullados por el sonido de los latidos, hasta que el médico volvió a llamar nuestra atención.

—Tendrán una niña.

—¿Niña? —Steven reaccionó como si le hubieran disparado del susto.

—Sí —dijo el médico.

—¿Te disgusta que no sea el heredero que querías? —Lo miré, un poco dolida.

—No es eso. —Steven se rió.

—Entonces, ¿qué es?

—Porque si se parece a ti, estoy jodido. Será otra mujer para mandarme.

No pude contener la risa y el médico acabó riéndose conmigo.

—En realidad, serán tres, porque Fernanda ya se encargaba de ti.

—Creo que será mejor que nos vayamos de esa casa.

—Me encanta estar allí y me encantan tus padres.

Steven asintió con la cabeza y yo tiré de su mano para colocarla sobre mi estómago.

—¿La amarás?

—Tanto como te amo a ti. —Se agachó y me dio un beso.

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 28 años, es brasileña y figura con menos de 30 años en Forbes Brasil, la lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte, Minas Gerais. Desde su piso, en compañía de su marido y sus tres gatos, produce una serie de libros de fantasía, novelas de época y contemporáneas y, sobre todo, obras de literatura *picante*, un verdadero fenómeno editorial entre el público femenino, que se venden a un ritmo intenso en las plataformas digitales.

Autora superventas de Amazon, comenzó su experiencia en el mundo de la escritura a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con la publicación de su primer libro "El valle de las sombras". Con más de 100 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas "Eternamente Minha" a un largometraje estrenado en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Más información sobre otros libros de la autora en las redes sociales.
https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/

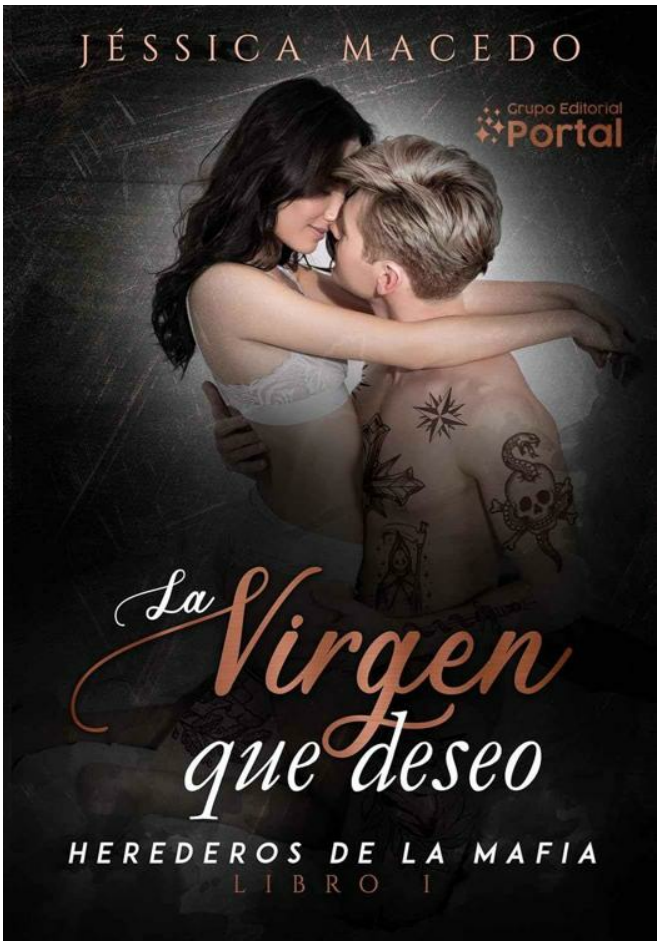
Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — https://www.amazon.es/jessicamacedo

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.



Link => https://amzn.eu/d/4n0ICry

Tras convertirse en el jefe de la mafia rusa, Mikhail Orlov aprendió que, para conseguir lo que quería, tenía que mancharse las manos de sangre. Como capo, quiere tener todo lo que desea, incluida una mujer prohibida que vio en una misión hace cuatro años, y no puede quitársela de la cabeza.

Pietra es la hija de Marco Bellucci y la princesa de los italianos. Creció en una burbuja para protegerse de los enemigos de su padre y aprendió que no hay nada más importante que la familia. Sin embargo, una visión del pasado está a punto de regresar y situarla en una delgada línea entre el deseo y la razón.

Ella conoce las reglas. Su padre es quien elegirá a su marido y ella debe permanecer casta, pero el corazón nos hace cometer locuras. Rusos e italianos son enemigos. Este romance está condenado a la tragedia. A Mikhail no le importan las demás personas y hará lo que sea para conseguir lo que quiere.



Link => https://amzn.eu/d/iCsTkSD

Casarme era algo que nunca había imaginado hacer. La soltería me ofrecía muchas ventajas y las disfrutaba mucho.
Nací en el seno de una familia influyente que poseía una compañía aérea y siempre lo tuve todo, pero la política me dio el poder. Sin embargo, siempre he sido un hombre muy ambicioso.

Quería más, quería la presidencia del país.

Yo creía que era la mejor opción, no sólo por mi ego, sino por mis logros políticos. Sin embargo, muchos miembros del partido parecían no estar de acuerdo con mi candidatura.

No era el hombre perfecto a sus ojos, incluso con todo su dinero e influencia. Habrían preferido otro candidato, alguien que favoreciera los valores tradicionales, un hombre comprometido con su familia.
Tenía que casarme.

Pero el dinero podía solucionarlo todo, sin que yo tuviera que cambiar mi estilo de vida. Un matrimonio por contrato era lo que necesitaba.
Penélope es doce años más joven que yo, ingenua, pobre y fácil de moldear. A mi lado, sería la decoración perfecta. Nunca tuvo nada y se comportaría para mantener el mundo que yo le ofrecía.

Lo controlaría todo, como siempre he hecho. Pero no podía prever que ella sería capaz de infiltrarse en las barreras de mi corazón.



https://www.amazon.es/gp/product/B0CLKXFHCK



https://amzn.eu/d/bFC4gyn